EL BLUES DE LA CIUDAD INVEROSÍMIL

Andreu Martín

Lectulandia

Tercera entrega de la interesante serie juvenil de crímenes y *jazz*, del consagrado autor Andreu Martín, en la que seguimos las andanzas del saxofonista Óscar Bruch y sus devaneos con el crimen. En esta ocasión, el grupo de Óscar se trasladará a Venecia para tocar en la Mostra de Cine. Sin embargo, un oscuro amor del pasado de la pianista del grupo reaparece, y trae consigo un montón de problemas que van más allá de lo ilegal.

Andreu Martín

El blues de la ciudad inverosímil

Asesinatos en clave de jazz - 03

ePub r1.0
Café mañanero 08-07-2023

Título original: *El blues de la ciudad inverosímil*
Andreu Martín, 2009

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 07/2023
ePub base r2.1

EL BLUES DE LA CIUDAD INVEROSÍMIL

Andreu Martín

1

LA ÚLTIMA AVENTURA DE O ZABALA

sol fa / mi fa mi / mi re do si re do si…

La viva imagen del *blues*.

Cabizbaja y ensimismada, un dedo de *whisky* sobre el piano manchado de círculos y quemaduras, la boca arqueada para quitar importancia a los malos pensamientos, el cigarrillo encendido entre los dedos manchados de nicotina, la otra mano olvidada sobre las teclas, pulsando esas pocas notas de manera obsesiva, como una música de fondo, un discurso paralelo, un mensaje subliminal. *Fa si re fa sol fa / mi fa mi / mi re do si re do si*. La viva imagen del *blues*. Ésa era O Zabala mientras me contaba su última aventura de traición y muerte.

Camisa masculina, vaqueros anchos, zapatillas deportivas, cabello recogido en cola de caballo, sin maquillaje que le disimulase la edad. Se me ocurrió que de pronto se había cansado de vestirse para gustar, y de tocar para entretener a los cuatro gatos charlatanes que nos vendrían a ver.

Yo me temía el desastre desde que nos había transmitido la fabulosa noticia, aquel mediodía.

Acabábamos de cantar a coro, ella y yo, los últimos versos de *Jimmy Jazz*, el último tema que habíamos incorporado al repertorio, *Sattamassagana for Jimmy dread / Cut off his ears and chop off his head / Police came looking for Jimmy Jazz*, y lo dábamos por bueno y lo celebrábamos con risas y gestos de aprobación. «¡Es buena!». Aún lo estábamos comentando, muy

satisfechos de nosotros mismos, cuando O Zabala conectó el móvil y le entró un mensaje.

Frunció el ceño, como si presintiese malas noticias. Frunció el ceño de tal manera que yo le pregunté con un gesto «¿qué pasa?», y ella, con una mueca y un movimiento de hombros: «No lo sé, ahora veremos».

Entonces oyó una voz que le paralizó la respiración, y se volvió de espaldas, púdicamente, para que yo no pudiese presenciar sus emociones. En ese momento no entendí lo que decía, pero el tono de su voz era de sorpresa. Enseguida comprendí que hablaba en italiano: *«Ma dove sei…?» y «Guarda…»*. Después: *Sí, sí! Ma come…? Sí.* Alguien le contaba algo muy largo, y ella callaba y escuchaba, encorvada y quieta. De pronto, se volvió hacia nosotros y levantó el brazo y lo movió para atraer nuestra atención. Le chispeaban los ojos y con una sonrisa quería adelantarnos las buenas noticias.

Pero había algo en aquella sonrisa. Algo.

Había algo doloroso en aquella sonrisa.

Pepín Orango, abrazado al contrabajo, interrumpió la charla que sostenía con Ovidi Aliaga, que aún no había abandonado el asiento delante de la batería, y ambos quedaron pendientes de la pianista, igual que Jordi Cerdaña, que ya estaba guardando la guitarra en el estuche.

Los gestos de O nos decían «esperad, esperad, que tengo una noticia bomba», y se volvió a poner de cara a la pared para terminar la conversación.

—*Come?*

Silencio.

—*Bene. Bene. Ma come…? Bene, Marcantonio, bene*.

Final de la comunicación. Se giró y volvió a forzar una sonrisa.

—Me avisan —dijo, con cautela—. No es definitivo. Puede ser que nos llamen para actuar en la Mostra de Cine de Venecia.

Gran noticia. Noticia increíble, de tan buena.

—¿Cómo?

—¿Pero quién te lo ha dicho?

—¿En Venecia? ¿En la Mostra de Cine?

—¿Pero puede ser que nos llamen o ya nos han llamado?

—¿Quién ha llamado?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un amigo —nos hizo callar.

Sonreía, todos sonreíamos de excitación. La sonrisa de O, sin embargo, tenía esa especie de cosa que no sé cómo definir.

—Un amigo, un amigo mío.

—¡Un antiguo amante! —exclamó Ovidi Aliaga, travieso.

—Un viejo amigo —puntualizó O—. Por pura casualidad se ha enterado de que existimos. ¿Sabéis quién le habló de nosotros? Donna Leon.

—¿Donna Leon? ¿La escritora de novelas policíacas?

—Sí, la que vive en Venecia y ambienta en Venecia todas las tramas. Estuvo invitada a la última Semana Negra de Gijón y asistió a alguna de nuestras actuaciones, y le gustamos. De vuelta a casa, lo comentó con amigos y conocidos, y nos puso por las nubes, y los elogios llegaron a oídos de un tío, un catalán que tiene un *pub* en Venecia, o un bar musical, o dile como quieras, uno que se llama Paco Batalla y que a lo mejor, pero sólo a lo mejor, nos llamará para contratarnos y que toquemos… ¡en el Hotel des Bains!

—¿El Hotel des Bains?

—El hotel donde Visconti rodó *Muerte en Venecia*, con Dirk Bogarde. Un hotel modernista de superlujo, de cuatro o cinco estrellas, precioso, muy cerca de donde se celebra la Mostra. Dice que este año estrenarán una superproducción norteamericana de temática policíaca y, entre los actos de promoción, habrá una retrospectiva de cine negro de los años cuarenta y una serie de conciertos de *jazz* y *blues*. Les ha gustado el nombre de nuestro grupo, El Signo de los Cuatro, inspirado por Conan Doyle y Sherlock Holmes, y como vamos bien recomendados, nos tienen en cuenta.

Demasiado bonito para ser verdad. Aquella sonrisa torcida nos advertía «no os hagáis ilusiones», pero ¿cómo quería que no nos hiciéramos ilusiones?

—¿Pero quién te ha llamado?

—No te ha llamado ese Batalla, ¿verdad?

—No: te ha llamado uno que se llamaba Marcantonio…

—¿Qué sabe ese Marcantonio?

—¿Es muy fiable? ¿O es un fantasma?

—No nos podemos hacer ilusiones —insistía O.

—Pero sería fantástico.

—Pero no nos debemos hacer ilusiones.

—Entonces, ¿por qué nos lo dices?

—¿Y qué te han dicho exactamente? ¿Qué debemos esperar ahora?

Casi no tuvimos que esperar nada. Salíamos del invernadero de la mansión de los Aliaga donde ensayábamos, ya nos habíamos despedido y estábamos en la acera, a punto de separarnos, cada uno por su lado, «hasta la noche, hasta la noche», porque era lunes y nos tocaba actuación en el Suspicious, cuando volvió a sonar el móvil de O.

—¡Esperad, esperad!

Callamos y, con el corazón en un puño, esperamos a que respondiera.

—¿Sí? —sí: era la llamada que esperábamos—. ¡Sí, soy yo! Paco Batalla, sí…

Sí, sí, sí, se cumplían las mejores expectativas, «sí, oh, qué sorpresa, ¿pero qué dice?», como si le viniera de nuevo, «¿la Mostra de Cine de Venecia?, ¡pero qué me dice!». ¿Y quién le había hablado de nosotros?… «¡Donna Leon! Es formidable. ¿Y cuándo sería eso? ¿Y en qué condiciones?»… Bien, pues claro que nos parecía bien. Inmediatamente… Podía vernos en un par de vídeos colgados en Youtube y oír lo que hacíamos si entraba en nuestra página web, El Signo de los Cuatro. De todas formas, le haríamos llegar el
DVD
de una de nuestras actuaciones en la Biblioteca La Bóbila de Hospitalet y un
CD
con el nuevo repertorio (grabaciones y ediciones amablemente financiadas por el padre de Ovidi Aliaga, que es muy rico y nos ha apadrinado desde el primer día). Y, para firmar el contrato, convendría que hablara con el señor Aliaga, que también era nuestro mánager.

O dictó y yo tomé nota de los datos necesarios para contactar con el señor Paco Batalla, propietario de un local de Venecia llamado Cipango.

—¿Está hecho, pues? —preguntó Pepín Orango, a punto de empezar a pegar saltos y gritos.

—Es un hecho —dijo O—. El último sábado de agosto. ¡En el famosísimo, lujosísimo y *glamourosísimo* Hotel des Bains!

Saltos y gritos y abrazos en mitad de la calle. Nos volvimos locos. Unos más locos que otros. O, por ejemplo, aunque disimulaba, mantuvo la cordura de una manera inquietante.

Fuimos a un bar para celebrarlo, por supuesto, después de la noticia no podíamos separarnos tranquilamente como si nada. Tenía que explicarnos los detalles. En el bar, donde ya nos conocían, empezamos con un aperitivo de cervecitas y acabamos con paella.

O nos ponía al corriente de todo.

—Viajes pagados. Nos enviarán billetes de avión para que hagamos el viaje Barcelona-Roma-Venecia en clase *business*…

—¡Clase *business*!

—… Alojamiento en hotel de cinco estrellas…

—¡Cinco estrellas!

—… Actuación en el Hotel des Bains…

—… El de *Visconti* y *Muerte en Venecia!*

—Está muy cerca de donde se celebra la Mostra…

—¡Pisaremos la alfombra roja, junto a Kevin Costner y Diana Krall, que seguro que vendrán a escucharnos!

—Venecia tiene mucho más *glamour* que Hollywood, dónde vas a parar —comentó Pepín Orango.

—¿Y pagan? —preguntó Jordi Cerdaña, el más impasible y distante del grupo.

—Pagan, sí, claro que pagan… Una retribución simbólica, por supuesto, cien euros por persona y día, pero no nos tenemos que preocupar por eso, seguro que merece la pena por la promoción que significará.

2

HISTORIA DE TRAICIÓN Y MUERTE

¿Cómo íbamos a decir que no?

Diríamos que sí, el padre de Ovidi aceptaría las condiciones del contrato, fuesen cuales fuesen, y buscaríamos nuevos temas para nuestro repertorio. Teníamos que hacer estreno mundial.

Fa sol fa / mi fa mi / mi re do si re do si…

Aquellas notas. Yo todavía no lo sabía, aquella noche, cuando hablaba con O, pero aquellas notas pertenecían a uno de los temas que añadiríamos a nuestros *hits*.

Después de los cafés, nos separamos. Pepín y Ovidi estaban dispuestos a continuar la celebración. «¡Cuidadito, que esta noche os quiero sobrios!», les gritó O con aquella sonrisa. Jordi Cerdaña se despidió con un gesto desganado, él siempre igual. O me dijo:

—Bueno, hasta esta noche…

Yo le dije:

—¿Qué pasa, O? ¿Quién es ese Marcantonio?

Parpadeó. A mí no me podía engañar.

—Un amigo.

—O.

—Dame tiempo para digerirlo. Esta noche te lo cuento.

Y ya había llegado la noche. Me presenté en el Suspicious antes de hora y vi que O ya había llegado.

No se había arreglado para la actuación. Vestía igual que aquella mañana en el ensayo y parecía melancólica y cansada. Quizá había

tomado algunos *whiskies* más durante la tarde. Y allí tenía el chupito, al alcance de la mano, sobre el piano.

Subí al escenario. No había nadie más a la vista. Estábamos rodeados de oscuridad, bajo un cono de luz cenital encendido al azar.

La viva imagen del *blues*.

—¿Me lo cuentas? —le pregunté.

—No te lo vas a creer —dijo.

—Prueba.

Me senté delante de ella. Trataba de mirarla a los ojos y ella me esquivaba.

—Un día, hace tiempo… Tres o cuatro años… Cuatro… Cuando… —le costaba empezar. Se interrumpió para encender el cigarrillo, conmovida por recuerdos y sentimientos que la amordazaban, oteaba hacia la puerta, al fondo del local, comprobando que no entrase nadie. O tal vez deseando que la interrumpieran. Por fin, expulsó el humo por la nariz, dio un cabezazo y se decidió a soltar lastre, como quien escupe una flema —: Hace cuatro años. En la cárcel… —palabra gruesa y desagradable. Cárcel. No quería que yo recordara que había estado en la cárcel—. Conocí a una mujer. Lola. Lola Volko, la llamaban — en este momento empezó a teclear con la mano derecha. *Fa sol fa / mi fa mi*. La melodía no me sonaba de nada, pero para ella tenía un significado trascendental—. Lola Volko, porque se llamaba Volkovich. Lola Yakuza. La Yaku. Éramos compañeras de celda. Nos hicimos amigas. Por cuestiones que ahora no vienen al caso, a mí me protegía el tío Reyes y yo la protegía a ella. Por aquel entonces, Lola estaba enganchada a la heroína y luchaba por desengancharse. Lo habría pasado muy mal… Bueno, lo pasó muy mal y lo habría pasado mucho peor, si yo no la hubiese ayudado. Ella me hablaba de su hombre. Su gran hombre, Marcantonio, tan guapo, tan inteligente, tan brillante, un intelectual. Historiador, coleccionista de antigüedades, periodista, parapsicólogo, vidente, espiritista, fantasma, excéntrico, enamorado y cicerone de Venecia. Más tarde me contó que el maravilloso Marcantonio se había quedado con un dinero que no era suyo, y todo el mundo creyó que se lo había quedado Lola, Lola Volkovich, pobre Lola Yakuza, y ella había ido a la cárcel, y Marcantonio no. Y, como Lola estaba tan enamorada de

Marcantonio, no dijo nada y se estaba comiendo el marrón de su hombre, tan generosamente. Pasando el mono de caballo tan calladita, tan estoica. Yo salí primero de la cárcel. Entonces, Lola ya se había desenganchado, ya no necesitaba tanta protección. Y cuando… Cuando salí de la cárcel… Cuando…, cuando sales, vas muy despistada, perdida, atolondrada. Es difícil administrar la libertad después de tanto tiempo de no tenerla, y es muy fácil que los primeros días la administres mal. Bueno… —me rehuía la mirada y ya no sabía dónde mirar. No quería decir nada de lo que había dicho—. Lola me pidió que fuera a ver a Marcantonio, que le dijese que ella aún le quería. Fui a verle y, sí, era guapo, era brillante y seductor. Un italiano expansivo, risueño, ingenioso. Y nos liamos.

En aquel momento, experimenté el desasosiego de los celos. Ese tropiezo en la respiración, esas ganas de aparentar indiferencia. Ella suspiró, avergonzada, como para disculparse.

—Él era un demonio y yo, bueno, yo acababa de salir de la cárcel. No eres buena persona cuando acabas de salir de la cárcel. Aquello es un baño de inmersión en el odio, el rencor, la agresividad, la mala fe. De allí no puede salir nada bueno. Y yo no salí nada buena. Una etapa muy complicada de mi vida. Después, soltaron a Lola y vino a reunirse con nosotros, y Marcantonio y yo disimulamos y ella fingió que no se percataba de nada, y cinco días después nos distraíamos de los conflictos personales planeando un negocio que tenía que solucionarnos la subsistencia. Marcantonio disponía de un velero de doce metros en Tarifa y de un contacto con un traficante magrebí llamado Ashraf, uno al que le llamaban el Pequeño, famoso porque salió mucho en los periódicos. Atravesaba el estrecho en lanchas planeadoras cargadas de droga, lo grababa con el móvil y lo colgaba en internet, tan contento. Marcantonio quería comprarle un cargamento de hachís, ya había contactado con él a través de uno de sus hombres, llamado Muzzammil. Iríamos a Tánger como turistas, con nuestro velero de doce metros y podríamos regresar a la Península con un buen cargamento de mierda, no sé de cuántos kilos hablábamos. Sólo necesitábamos cincuenta mil euros. Podíamos multiplicarlos por cinco en cuestión de días. Había que invertir cincuenta mil euros para ganar doscientos cincuenta mil. El problema era que ninguno de nosotros

tres tenía esos cincuenta mil euros. De manera que se los pedí al tío Reyes.

Yo conocía al tío Reyes. O Zabala me lo había presentado en un par de ocasiones y, en su presencia, siempre se me había puesto la carne de gallina. Por su fama, porque yo sabía que su familia controlaba casi todo el tráfico de cocaína de la ciudad, pero también por su aspecto de campesino ignorante y desaliñado, que sólo le faltaba la boina, y por su mirar ausente, indiferente a todo. Me daba miedo el tío Reyes. No me gustaba que O Zabala fuera su protegida, ni siquiera que le conociese, que hablase con él y de él con tanta familiaridad. No me gustaba que un día le hubiera pedido cincuenta mil euros a aquel hombre, y que aquel hombre se los hubiese prestado como si nada.

Ya había empezado a entrar gente en la sala del Suspicious. O Zabala se veía ansiosa, con ganas de terminar, aceleraba la pulsación de la melodía insistente: *fa si re fa sol fa / mi fa mi*.

—En principio, todo fue bien. Marcantonio lo tenía todo pensado, todos los contactos hechos. Un viaje de placer de Tarifa a Tánger, una bolsa llena de billetes de euro, setecientos billetes de cincuenta, quinientos de veinte y quinientos de diez, todos usados. Marcantonio hizo cuatro llamadas de teléfono y una noche nos encontramos con Ashraf el Pequeño y Muzzammil y dos hombres más, en lo alto de un acantilado, a la luz y el calor de una hoguera. Ellos traían su cargamento, nosotros la bolsa con los cincuenta mil. Había mal ambiente. El Pequeño era apenas un adolescente, insolente y engreído, que no acababa de entender ni aprobar aquella transacción. Él tenía lanchas planeadoras que corrían más que las de la policía, él había transportado toneladas y toneladas de mierda a la Península sin necesidad de nuestra ayuda, ¿por qué tendría que hacer de repente un negocio con nosotros? ¿Quiénes éramos nosotros? Le recriminaba a Muzzammil que le hubiera metido en aquel lío. Nos insultó y Lola, que no tenía pelos en la lengua, le replicó, lo envió a tomar viento. Le levantó la voz y al Pequeño le ofendió especialmente que le contestara una mujer. Se dirigió a Marcantonio para decirle que era un calzonazos desgraciado y que no pensaba venderle nada. Entonces, llegó uno de sus hombres gritando en árabe. Decía que venía la policía. La policía, la policía. El Pequeño se puso muy nervioso, se indignó,

dijo que le habíamos tendido una trampa, apuntó a Lola con el dedo y gritó que la mataría. Entonces, Lola sacó una pistola y le mató.

En este punto, O Zabala dejó de teclear el *fa si re fa sol fa*. Hizo un silencio que me transportó fuera del mundo. Suspiró. Pensé que la favorecía mucho aquella insólita angustia.

—Aún la veo, a través de las llamas. La hoguera se interponía entre nosotras y ella, más allá, me pareció un demonio flotando en su infierno, un alma condenada sacando la rabia, vomitando fuego y muerte y destrucción por siempre jamás. El Pequeño Ashraf recibió los tiros en el pecho y cayó de espaldas con un estremecimiento que me hizo pensar que ya estaba muerto cuando impactó contra el suelo. Y… Enseguida, automáticamente, se prolongó el tiroteo. Yo ya tenía los ojos llenos de lágrimas y, por lo tanto, no vi bien cómo disparaba Muzzammil. Él también estaba disparando. Contra Lola. Lola hizo un gesto de contrariedad, miró a Muzzammil con altanería y tiró la pistola como si considerase que ya no la iba a necesitar más. No vi cómo caía porque Marcantonio ya me tiraba de la mano y ya me arrastraba cuesta abajo, entre unas chabolas ruinosas, hacia donde habíamos dejado el coche alquilado. Oímos las sirenas de la policía. Yo tenía un ataque de pánico, y lloraba, iba enloquecida y me dejaba manipular sin voluntad ni capacidad de resistencia. Me encontré dentro del coche y, después, dentro del *ferry* que hace el trayecto Tánger-Tarifa. ¿Y el velero? No podíamos huir con el velero, la policía podía tenerlo controlado. ¿Y el cargamento de droga? ¿Y el dinero? Todo había salido mal. Todo había salido mal.

La viva imagen del *blues*. Ésta era O Zabala mientras terminaba de contarme su última aventura de traición y muerte.

Fa si re fa sol fa / mi fa mi / mi re do si re do si…

Obsesivamente.

Me miró a los ojos para contar que se recordaba al día siguiente en una habitación de un hotel de Zahara de los Atunes, junto a Marcantonio, los dos paralizados y mudos, catatónicos, incapaces de asimilar aún la muerte de Lola. Aquel día se separaron y ya no se volvieron a ver. Ella corrió a Barcelona, a pedir protección al tío Reyes. En el tren, los periódicos la informaron de la muerte del peligroso y famoso traficante magrebí Ashraf no sé qué, alias el Pequeño. Su banda había quedado definitivamente neutralizada. La

sociedad podía descansar tranquila. Él era la noticia. Las primeras crónicas mencionaban que había habido más muertos, consecuencia de una escaramuza entre bandas rivales. Pasaron dos días antes de que se divulgara que, junto a Ashraf sólo había aparecido un cadáver, el de una mujer llamada Dolores Volkovich, alias Lola Volko, alias Yakuza, alias la Yaku, delincuente habitual.

Marcantonio le había dicho a O antes de separarse:

—No te preocupes. La policía hablará conmigo, porque saben que he tenido relación con Lola, pero no permitiré que lleguen hasta ti.

De todas formas, O, muerta de miedo, corrió en busca del tío Reyes.

—Éste no es tu negocio, O —le dijo el narcotraficante, ya me imagino la situación, el tono de su voz, aquella especie de fatiga cósmica que hace pensar en los límites de la paciencia de este hombre tan contenido—. No te vuelvas a mezclar en estas cosas. No es tu mundo.

Fue entonces cuando le alquiló un local en el Raval, un bar donde O Zabala servía bebidas y tocaba el piano, aquel Oz Blues Bar donde empezamos a conocernos. Así acababa la última aventura de O Zabala fuera de la ley.

—Y ahora —concluí sin dejar de mirarla a los ojos huidizos—, tres años después, te vuelve a llamar Marcantonio.

—Y me dice —subrayó O Zabala, porque tal vez era aquello lo que más la desconcertaba— que, en Venecia, no mencione a nadie su nombre, que no diga que lo conozco, que él se pondrá en contacto conmigo cuando lo crea conveniente. Que me necesita.

Estuve a punto de preguntarle para qué creía que podía necesitarla, pero me callé porque era evidente que ella no conocía tampoco la respuesta.

El Suspicious se iba llenando, y llegaron Ovidi Aliaga, y Pepín Orango y Jordi Cerdaña, y nos pusimos a tocar.

3

IT'S

ALL RIGHT WITH ME

Un, dos, un-dos-tres y…

Y, de pronto, ya nos encontrábamos en un gran salón del Hotel des Bains, los cuatro chicos de esmoquin y O Zabala de traje largo negro, con escote y collar de perlas.

Arrancamos con *That's a plenty*.

Los espectadores nos contemplaban de reojo, con sonrisa de media boca, dispuestos a continuar sus conversaciones dedicándonos sólo una parte de su atención, como si nos considerasen una mera banda sonora de sus vidas. Música de ascensor. Había incluso quienes se mantenían de pie, junto a las puertas, dispuestos a salir disparados en cuanto hubiéramos tocado un par o tres de notas.

Pero se quedaron. Cuando tienes un público perdonavidas, es como echarle un pulso y, como sucede con los pulsos, enseguida ves si ganarás o no. Es el primer tema, las primeras notas, la primera sintonía entre el emisor y el receptor. La chispa que encenderá o no encenderá la hojarasca que hemos puesto bajo los troncos. Si la madera está mojada o el encendedor no tira, con mucho optimismo puedes llegar a profetizar que la proeza será difícil. Si le añadimos el desánimo que provoca en los músicos el pinchazo, la catástrofe

está asegurada desde ese primer tema. Pero, cuando sólo tienes que hacer clic para que salte llama, el entusiasmo te sacude las vísceras y puedes estar seguro de que cada vez irás tocando mejor y mejor. Y aquel día la llama saltó. Estuvo ahí desde el primer momento. Un fulgor diabólico en las pupilas de todos los presentes que, de repente, perdieron el hilo de las conversaciones, abducidos por la música y la voz de O Zabala. El ambiente enseguida se calentó tanto que las mujeres dejaron de abanicarse y todo el mundo se olvidó del calor que hacía. Y, cuando ya estábamos terminando la canción, todos empezaron a aplaudir con entusiasmo.

Iniciamos el segundo tema con un público entregado. Los que estaban de pie junto a las puertas buscaron un asiento. Para terminar de atraparlos, estrenamos el tema *all right with me*
It's
de Cole Porter.

No había sido fácil convencer a O Zabala para que incluyéramos un tema de ese compositor en el repertorio. Nuestra pianista, cantante y líder opinaba que Porter era demasiado rico, demasiado elegante y finolis para componer *jazz* o *blues* de calidad. Decía que la admiración que yo sentía por él era reminiscencia de mi época inocente, *light*, ingenua y boba, cuando iba con una sonrisa perenne en los labios y una lucecita en los ojos, tocando *On the sunny side of the street* literalmente por la acera soleada de la calle. Ahora, figuraba que habíamos bajado a los subterráneos más oscuros y habíamos fruncido los ojos con expresión más amargada y torturada. Y figuraba que así éramos mejores.

—¿Sabes qué significa *blues*? —me endiñaba durante la discusión—. *Blues* es azul, pero no azul cielo sino azul oscuro, azul marino del mar profundo y del cielo tormentoso, azul tristeza, azul melancolía, azul oscuridad, azul suciedad.

Yo argumentaba que Cole Porter había llevado una de las vidas más oscuras y canallas que conocía, tal como queda reflejado en las letras de sus composiciones, versos cínicos y amargados, y que la buena música es buena música aquí y en todas partes y admite tantas interpretaciones, acentos, tonos, intenciones y ritmos como le quieras poner.

Pero nuestras discusiones eran veniales, como lo demuestra el hecho de que la convenciese enseguida sólo con decirle que Porter

había estado una vez en Venecia. Ah, si Porter había estado una vez en Venecia, eso lo cambiaba todo, entonces sí que era imprescindible versionar uno de sus temas para estrenarlo en Venecia. Nos pasamos algunos días escuchando la discografía completa de Porter. Acaso abducidos por el espíritu pijo de Cole «Dandy» Porter, decidimos incluso vestirnos de esmoquin nosotros y nuestra dama del piano con traje negro escotado y largo y collar de perlas. Por fin, dimos con aquella canción que nos gustó tanto y que después resultó que describía tan exactamente nuestra situación.

Yo me había imaginado tomando la palabra y diciendo, en mi italiano macarrónico, que estrenábamos aquella canción para recordar que Cole Porter había estado en Venecia alguna vez, pero no lo hice. Aún estábamos demasiado nerviosos para perder el tiempo con filigranas.

Un, dos, un-dos-tres y…

Unos compases introductorios de la batería de Ovidi Aliaga y, enseguida, entro yo con el saxo y arrastro a los otros, el contrabajo de Pepín Orango, la guitarra de Jordi Cerdaña, una caricia de piano y la voz de O Zabala, muy formal, muy consciente del traje largo y el collar de perlas, tan profundamente Cole Porter:

—*It's the wrong time* —tan profética: es el momento equivocado —, *and the wrong place* —el lugar equivocado—, *though your face is charming, the wrong face…*
it's

El instante equivocado, el lugar equivocado, el rostro equivocado, el juego equivocado, los labios equivocados…

Como si presintiéramos lo que se nos estaba viniendo encima.

Pero, de momento, a nosotros ya nos parecía bien:

That it's all right with me.
That it's all right with me??

Bueno, digamos que nos conformábamos. Hasta entonces, habíamos sido capaces de encajar las adversidades que nos habían salido al paso y nada debía hacernos pensar que aflojaríamos a partir de entonces. Sobre todo, si obteníamos el favor del público.

Aquel último sábado de agosto, a primera hora de la mañana, en el aeropuerto, ya comprobamos que las cosas no iban exactamente

como nos habían prometido. Los billetes de avión eran de clase turista y no *business*, y no de ida y vuelta sino sólo de ida. Bueno, eso no nos pareció tan grave. Ninguno de nosotros había volado nunca en *business* y nos veíamos con ánimo de continuar viviendo sin la experiencia. Y, una vez en Venecia, ya conseguiríamos que nos pagaran la vuelta. Lo peor era que únicamente había cinco billetes. Uno a nombre de María de la O Zabala, otro a mi nombre, y los otros para Pepín Orango, para Ovidi Aliaga y Jordi Cerdaña. Faltaba un billete para el contrabajo de Pepín. Nuestro hombre en Venecia no había previsto que ningún músico confía su instrumento a la bodega del avión y que el contrabajista necesita un asiento extra para su herramienta de trabajo.

Ese descuido nos desbarató la perspectiva de un viaje apacible.

El teléfono móvil de Paco Batalla no respondía, de manera que tuvimos que asumir el gasto del sexto billete con la esperanza de que nos sería abonado cuando llegáramos a nuestro destino.

Pero no había asientos libres en aquel vuelo y eso nos obligó a apuntarnos a la lista de espera y tomar el vuelo siguiente, lo que envió al cuerno la conexión a Roma y convirtió el trayecto en un calambre de nervios y carreras enloquecidas por los pasillos de Fiumicino.

La ansiedad no desapareció cuando nos encontramos ocupando los asientos del avión de Roma a Venecia porque habíamos perdido mucho tiempo y, teniendo en cuenta que, desde el aeropuerto de llegada todavía teníamos que hacer un largo trayecto hasta la isla de Lido, no sabíamos si llegaríamos a tiempo para el concierto.

Para evadirme de tanto estrés, mientras mis colegas se mordían las uñas o protestaban, y O Zabala cerraba los ojos para fingir que dormía, en cuanto despegamos de Roma me refugié en el libro que me había comprado el día antes pensando en aquel viaje. Una novela policíaca que me parece que se titulaba «Éxito de ventas: 500 000 ejemplares vendidos», protagonizada por un famoso comisario de policía muy humano, típico y clásico, con problemas familiares y sociales muy comunes, para llegar a todo el mundo, incluso a aquellos a quienes no les gusta la novela negra.

En las primeras páginas, me encontré con unos policías normales en ambientes normales que debían resolver el asesinato normal de una prostituta normal. La novela se leía con facilidad y transmitía la

curiosa sensación de que podías entenderla perfectamente mientras pensabas en otra cosa. Concretamente, puedo decir que, mientras el autor me demostraba que dominaba de manera magistral el medio en que se movía utilizando con solvencia palabras como *operativo, correctivo, afirmativo, negativo, imputado* y demás argot policial, yo pensaba que la prostituta probablemente había sido asesinada por un político importante, que buscaría un desgraciado cabeza de turco para que cargara con el muerto y que pondría trabas a la investigación del comisario, quien, no obstante, al final conseguiría desenmascarar al malo. La historia podía terminar con la destitución, la dimisión o incluso la muerte del bueno o, muy al contrario, con el triunfo de la ley y la justicia y la destitución, la dimisión o incluso la muerte del político importante. Como el comisario era protagonista de una serie que ya venía de lejos y sin duda tenía pretensiones de futuro, supuse que el autor habría elegido la segunda opción.

Pero (me dije) no nos adelantemos a los acontecimientos y dejémonos sorprender. Y pasé la hoja. Capítulo segundo. No empecé a leerlo porque el avión ya estaba aterrizando.

Con el corazón en la garganta, abandonamos el aparato. Saltando alternativamente sobre una pierna y sobre la otra, como quien se hace pipí, esperamos el equipaje ante aquella cinta transportadora disfrazada de ruleta, con grandes números negros y rojos pintados que sugerían que recibirías un premio según donde cayera tu maleta.

Después, la maratón hacia el mundo exterior y las ojeadas desesperadas en busca del rótulo con nuestros nombres o con el de O Zabala o con el nombre del grupo: El Signo de los Cuatro.

Buscábamos el logotipo de la Mostra de Cine de Venecia o del famosísimo Hotel des Bains. Y no había ninguno. Más problemas: nadie nos había ido a buscar. «¿Y ahora qué hacemos, y ahora qué hacemos?».

No le dedicamos ni un nanosegundo de atención al cero escrito con rotulador en una hoja de papel arrugado que sujetaba un hombre muy sonriente. El portador del reclamo venía hacia nosotros. Era un hombre grueso, que tenía más de cincuenta años, pero conservaba una apariencia adolescente, con gafas de pasta, corbata estrecha, camisa azul y traje crema, muy años sesenta, un

poco Blues Brothers. Cuando le teníamos al alcance de la mano, entendí que aquello no era un cero sino una «o». ¡La O de O Zabala!

Le pregunté:

—¿Usted es el taxista?

—¿Sois los músicos? —replicó él en castellano.

—¿Paco Batalla?

—¡Sí! Sois El Signo de los Cuatro, ¿verdad?

Con una sonrisa esplendorosa, se apoderó de la mano de O Zabala por sorpresa y se la besó con reverencia fanática.

—Encantado de saludaros. Un admirador. ¿Todo bien?

Pepín Orango intervino:

—Faltaba un billete de avión para mi contrabajo.

Nuestro anfitrión sólo torció un poco la cabeza y se dirigió a O Zabala, para él la única protagonista de la historia:

—No se me ocurrió. ¿Vamos? Se nos hace tarde.

A paso vivo pero sin precipitaciones, nos llevó hasta un embarcadero donde esperaban canoas taxi. Nos esperaba una. Cargamos el equipaje con la precaución obsesiva que caracteriza a los músicos cuando se trata de nuestros instrumentos, e iniciamos una vertiginosa regata contrarreloj hacia la isla del Lido.

Saltábamos olas que, de vez en cuando, nos salpicaban generosamente y, como nuestro guía nos aseguró que llegaríamos a tiempo, nos relajamos y aprovechamos para abordar los temas realmente interesantes.

Cuando le hicimos notar a Paco Batalla que los billetes de avión no eran de clase *business*, nos miró como miraría yo a alguien que se me quejara de eso mismo. Hizo un gesto que quería significar que no se puede tener todo y que es un error buscar la perfección en este mundo imperfecto. Con pocas palabras e iluminado por aquella sonrisa impertérrita acabó diciendo que todavía teníamos tiempo de sobra para comprar los billetes de vuelta.

4

¿Y SI NO ACTUAMOS?

El camino desde el aeropuerto al Lido no era el más favorable para la contemplación de Venecia. Navegábamos entre muelles de carga y descarga y grandes barcos mercantes que ponían barreras de hierro gris y oxidado al paisaje. Las fachadas antiguas de los *palazzi* que, ocasionalmente, nos ofrecía aquella zona de la ciudad se veían desconchadas y frágiles y flotaban sobre las aguas como haciendo un gran esfuerzo, como el nadador sin fuerzas que está a punto de resignarse a morir ahogado.

Pasamos junto a la isla de Murano y nos pareció que salíamos por un momento a mar abierto pero, enseguida nos metimos por un canal estrecho y llegamos al suntuoso embarcadero del Hotel des Bains, donde nos esperaba un portero de uniforme.

Mientras Ovidi, Jordi y yo descargábamos mochilas, bolsas, maletas e instrumentos musicales, entre los cuales se encontraba el aparatoso contrabajo, Paco Batalla pagó al conductor de la canoa, que nos había ayudado con el equipaje, y O Zabala, con divina actitud de diva, encabezó la comitiva hacia el interior del hotel.

—Ahora, llévenos a nuestras habitaciones, que tenemos que cambiarnos de ropa.

Paco Batalla corrió a su lado con pasos cortos y rápidos:

—¿Sus habitaciones? —dijo en tono agónico.

Los recién llegados nos quedamos en foto fija.

—Nuestras habitaciones —repitió O inexpresiva.

El anfitrión quiso fingir que había alguna clase de malentendido.

—Ah, bueno, se refiere a una habitación para cambiarse de ropa, claro. Me temo que tendremos que hacerlo… No lo sé, ya les encontraré alguna… Es que el hotel está completamente lleno.

—Ah. —O evidenciaba con la expresión y las pausas que estaba muy desconcertada—, ¿no tenemos habitaciones reservadas en el hotel?

El hombre se mostró desconsolado, casi avergonzado.

—No: con esto de la Mostra de Cine, no encontramos ni una habitación en este hotel. Les hemos reservado unas en el Hotel dei Cavalletti, en Cannaregio. Muy céntrico.

—Ah, bueno.

—¡Pero no se preocupen! —exclamó el organizador, muy colorado—. Encontraremos algún lugar para que se cambien. Pasen, pasen, por favor, que es tarde.

Aturdido, se fue corriendo y tropezando hacia el interior del hotel para solucionar nuestros problemas, y nos dejó en medio del vestíbulo, centro de admiración de los huéspedes del establecimiento.

Colgado de un atril, había un cartel de más de metro y medio de alto que mostraba la fotografía de O Zabala con que ilustrábamos nuestra página web, un dibujo de batería y contrabajo un tanto *decó* y las letras amarillas sobre negro: *María de la O Zabala*
(sic) &
El Signo de los Cuatro. The best blues singer!
Europe's

Pepín Orango no mostró ninguna clase de complacencia. Se dirigió a O Zabala con vehemencia agresiva:

—¡No nos va a pagar el billete extra! ¡No nos va a pagar nada! ¡No nos va a pagar los billetes de vuelta! ¡Seguro que no tenemos ni hotel para dormir!

—Vamos, vamos, no demos la nota —suplicaba yo, que no sabía cómo defender a O Zabala y buscaba algún recurso por los alrededores.

—No cobraremos nada —insistía Pepín que enseguida derivaba la queja hacia el lamento y las decisiones precipitadas—. ¿Sabéis qué? No actuamos.

No actuamos, dijo.

Sin querer, había puesto en juego una sentencia capital. No actuamos. Nos miramos los unos a los otros.

¿Seríamos capaces de no actuar?

¿Ahora que teníamos al selecto público del Hotel des Bains esperándonos, con la posibilidad de que entre los asistentes hubiese actores y directores de cine de todo el mundo? De pronto se nos planteaba, de manera tácita, cuál era el motivo que nos impulsaba a actuar, a hacer música. Y, de rebote, cuál es el motivo que impulsa a alguien a actuar, a cantar, a tocar algún instrumento musical, o a exhibir cualquier tipo de actividad artística ante un público. En parte, lo hacemos para ganar dinero, es evidente. Pero en aquel momento y en aquel lugar no era ése el motivo más importante. Haces música porque te proporciona placer, pero también, y sobre todo, haces música porque proporciona placer al público, porque te gusta demostrar a los otros lo que sabes hacer, porque es fantástico transmitir a los demás todo el entusiasmo que llevas dentro. Es el placer de la seducción. Literalmente: el placer de hacer bailar a los otros al son que tú tocas. Y, si la parroquia es de categoría, tu capacidad de subyugarla también gana puntos, incluso se despega por encima de la categoría de quienes te aplauden. No habíamos viajado a Venecia por los supuestos cien euros diarios por persona que Paco Batalla ya había dicho que eran simbólicos. Lo habíamos aceptado por la gloria, por currículo, por el privilegio de tocar en un hotel como aquél, ante un público semejante, además de poder patearnos una ciudad mágica como Venecia. Si lo echábamos todo a perder, nos quedaríamos sin nada, sin los cien euros diarios y sin el privilegio de actuar en aquellas condiciones.

Por eso replicamos a Pepín todos al unísono:

—¡No, no! ¡Hay que actuar, hay que actuar! ¡No podemos dejar perder esta ocasión!

En ese momento volvía Batalla, expansivo y exultante, acompañado de una mujer mayor, delgada, de cabello blanco y gafas, que enseguida identificamos como la famosa escritora norteamericana Donna Leon. La recordábamos perfectamente de haberla visto entre el público de la Semana Negra de Gijón. Venía acompañada de un hombre de aspecto distinguido, alto, delgado y de ojos azules, muy discreto.

—Ésta es la escritora Donna Leon, ¿la conocéis?

—Y éste es el magistrado Gianrico Carofiglio. También escribe novela policíaca. ¿Le conocéis?

No, no teníamos el gusto.

—Ella, ella es quien nos ha hablado tan bien de vosotros —decía Paco Batalla.

Nos estrechamos las manos e intercambiamos besos de aquella manera como lo hacen los norteamericanos, que parece que estén pensando en las colonias de bacterias que los invaden.

—Me gustasteis mucho en la Semana Negra de Gijón —nos dijo en inglés.

Ja, ja, y nosotros felices de oírlo, y «gracias, gracias», pero con la cabeza en otra parte.

Los dos famosos escritores manifestaron un gran placer en saludarme. Alguien les había hablado de mí y les hacía mucha gracia que hubiese conocido a Pepe Orvallo, el detective privado que había servido como modelo y asesor de las novelas de Sánchez Bolín; y a la inspectora de policía Paula Pulido, inspiradora de la Petra Delicado de la escritora Alicia Giménez-Bartlett.

—Parece —me dijo Donna Leon— que siempre te las compones para ver a tus héroes de *thriller* en acción.

—Es que mis héroes siempre están en acción —respondí.

El magistrado Carofiglio se limitó a estrecharme la mano con calidez. Me dijo:

—Tengo en el hotel un ejemplar de una novela mía traducida al español. Me gustaría regalártela.

—La aceptaré con mucho gusto —dije.

—Sí, pero luego, porque ahora, *via, via*, que es tarde —nos acuciaba el organizador—. Ya os he encontrado una habitación donde os podréis cambiar.

Mientras nos poníamos en movimiento, O Zabala, coqueta, se colgó del brazo del anfitrión y le preguntó:

—¿Cuántas actuaciones se supone que tenemos que hacer aquí, en el Hotel des Bains?

Él la miró sorprendido. ¿No lo habían aclarado ya?

—Una —dijo.

—Ah —hizo O Zabala.

No, no lo habían aclarado. Me dirigió una mirada neutra.

—… Y ésta es gratuita —añadió Paco Batalla, como si nada—.

De promoción. Como reclamo. Las otras serán en mi local, el Cipango. Una semana, desde mañana domingo hasta el próximo sábado.

—Ah —repitió O.

—Está bien, ¿no?

—Bueno. Sí.

—Mañana por la mañana firmaremos el contrato, en el Cipango, cuando vayáis a ensayar. ¿Te parece bien?

—Sí, sí.

Nos abrieron una habitación de la planta baja, que estaba ocupada por alguien, sin duda uno de los empleados importantes del hotel. Allí pudimos cambiarnos, los chicos en el dormitorio y O Zabala en el cuarto de baño.

—No tendríamos que actuar —repetía Pepín sin convicción, sólo para mantener una opinión propia.

—Cómo somos los mediterráneos —Jordi Cerdaña lo atribuía todo a la desorganización que se supone inherente a los países latinos—. Ahora decimos una cosa, luego decimos otra. Así no se puede ir a ninguna parte.

—No nos pagarán el billete de mi contrabajo —auguraba Pepín —. Y, si no, ya lo veréis.

Yo, a pesar de todo, procuraba poner la nota optimista:

—Pero habremos tocado en el Hotel des Bains del Lido de Venecia. Eso no nos lo va a quitar nadie.

—Ya veremos —murmuraba Ovidi—. Aún no estamos tocando. Todavía pueden pasar muchas cosas.

No teníamos tiempo que perder discutiendo. Corrimos a realizar las pruebas de sonido.

Era un espacio con capacidad para no más de cien personas, madera oscura en las paredes y molduras y una araña majestuosa en el techo. La tarima, con los micros, los altavoces, el piano y la batería, resultaba un añadido monstruoso en medio de aquel decorado. Pero nos prometieron que habría efectos de iluminación, un par de focos aportarían ambiente y belleza a la puesta en escena. Nos dijeron que no nos preocupásemos por eso, que nosotros sólo debíamos procurar que los instrumentos sonaran perfectamente.

Después nos fuimos al bar, muy elegantes los cinco, disfrazados nosotros con esmóquines y O Zabala con traje negro, para dar al

público la oportunidad de que accediera a la sala en nuestra ausencia.

Pepín y Ovidi pidieron unos *whiskies* y los pagaron a precio de uranio enriquecido.

Yo aproveché para hacer un aparte con O:

—¿Por qué no le has preguntado a Paco Batalla si conocía a Marcantonio?

Me miró muy seria.

—Porque Marcantonio me dijo que no lo mencionara y hay cosas con las que más vale no jugar.

Nos llamaron enseguida.

5

DESPUÉS DE LA ACTUACIÓN

Raco Batalla, dinámico y elegante, nos pidió que hiciéramos nuestra esperada aparición, nos subiéramos a la tarima y nos enfrentásemos con el público, que estaba sentado, expectante, sonriendo para demostrarnos su buena disposición, abanicándose las mujeres con unos programas que nosotros ni siquiera habíamos leído. Se trataba de un centenar de entendidos y entendidas de mediana edad que estaban allí porque no tenían nada mejor que hacer. Después nos enteramos de que la entrada era gratuita.

Mientras el entusiasta organizador nos presentaba hablando muy deprisa en un italiano incomprensible, nosotros sólo nos mirábamos, rígidos, y nos infundíamos ánimos con rictus tímidos y movimientos de cejas. Cuando terminó el discurso con el grito triunfal, en castellano, «¡El Signo de los Cuatro!», el presentador saltó de la tarima y nos dejó solos.

Había llegado el momento tan esperado. Con sonrisas cínicas que daban a entender que nos tomábamos a guasa los esmóquines tan distinguidos que vestíamos. Adelante. No dudamos ni un segundo.

Un, dos, un-dos-tres y…

Primero la batería de Ovidi Aliaga y, enseguida, mi saxo y el contrabajo de Pepín Orango, la guitarra de Jordi Cerdaña, un toque de piano y O Zabala, muy formal, muy Cole Porter:

—It's the wrong time, and the wrong place, though your face is

charming, the wrong face…
it's

Los instrumentos musicales, hermano saxo, hermano piano, son amigos juguetones que te ayudan a ahuyentar las preocupaciones, que te animan, te arrastran hacia el mundo irreal de la música y hacen que te pierdas, que vueles por esta nueva dimensión que no se puede describir ni con palabras, ni con imágenes, ni con ejemplos, un mundo que no tiene nada que ver con los euros, ni con billetes de avión no pagados (aunque sean para un contrabajo), ni con recuerdos/traiciones/amigos/amantes del pasado.

Nuestra actuación había fascinado al público, que nos pedía más y más. La famosa escritora Donna Leon y su séquito de amigos y conocidos se mostraban eufóricos y orgullosos de poder decir que nos conocían, que nos habían estrechado las manos antes de entrar, que ellos habían propiciado que estuviéramos allí, en aquellos momentos, para placer de todos los presentes. Paco Batalla también se veía maravillado, boquiabierto, superadas todas las expectativas; no podía dejar de aplaudir.

Pepín y Ovidi habían quedado visiblemente atrapados por los ojos azules de dos gemelas idénticas, con gafas idénticas, que a fuerza de exclamaciones agudas y brincos de entusiasmo se habían ganado que el batería y el contrabajo les dedicasen el concierto. Jordi Cerdaña, como siempre, navegaba solo y perdido, como un náufrago feliz, aferrado al remo de su Gibson 330 color burdeos. Y O y yo cantábamos a coro y durante un buen, buenísimo, rato el mundo quedó reducido al pequeño espacio de aquel escenario.

Pero todos los conciertos, tarde o temprano, terminan. Hicimos dos bises y ya tuvimos que decir basta y los aplausos precipitaron el fin del mundo, con risas, lágrimas y «bravos». Los cinco del Signo de los Cuatro habíamos triunfado sobre el recelo inicial de los entendidos. Durante unos largos instantes, fuimos inmortales. De pie en el proscenio, saludando halagados y confusos, muy satisfechos de nosotros mismos.

Después, se desvanece el estruendo de la actuación y el mundo continúa rodando, silencioso y aburrido, como antes. Y se produce esa sensación de vacío que vivimos en las mejores comedias musicales, cuando los actores acaban de cantar y bailar en el número más espectacular y, de repente, cesa la música, cesa el baile

y continúan hablando normalmente, como si nada hubiera sucedido.

Se nos acercaron la escritora famosa y sus amigos y las gemelas complacientes y el organizador regordete, más dinámico y más entusiasta que nunca, para felicitarnos por ser como éramos, para darnos abrazos ampulosos, para asegurarse de que quedábamos bien convencidos de que les había gustado mucho, pero que mucho, la música que hacíamos. Como parece que con un «me gusta mucho» no es suficiente, y no existe ninguna otra fórmula, los elogios se complican y se alargan hasta la eternidad.

Las mellizas de las gafas, para gran sorpresa de Pepín y de Ovidi, pusieron proa hacia Jordi Cerdaña para transmitirle muy efusivamente su fervor, y el pobre chico no sabía dónde meterse. El batería y el contrabajo, que no pensaban rendirse tan fácilmente, se añadieron a la conversación presentándose como los portavoces del gran guitarrista mudo con toda la excitación que les proporcionaban los *whiskies* supercaros que habían tomado antes, y formaron un grupo de risas y miradas afiladas, muy juvenil.

Muy contrariado, Paco Batalla nos comunicó que no podría acompañarnos al hotel ni cenar con nosotros porque —dijo— tenía un compromiso importantísimo e inaplazable. Nos presentó, sin embargo, a un chico con cara de bobo que se llamaba Renzo y que nos serviría de guía, nos llevaría al Hotel dei Cavalletti y, después, a la Osteria La Zucca, donde ya teníamos reservada una mesa. Y debíamos apresurarnos porque se nos estaba haciendo tarde.

Renzo Cara-de-Bobo parecía tan despistado, tan ajeno a todo, autista incapaz de diferenciar la mano derecha de la izquierda que, enseguida, las gemelas se ofrecieron para sustituirlo y ser nuestras guías nativas. El chico pareció que aceptaba la propuesta porque, sin decir nada, con una simple mueca de aquiescencia, dio media vuelta y desapareció.

Media hora después, vestidos nuevamente de paisano, salimos del Hotel des Bains cargados con los equipajes y los instrumentos musicales.

El concierto se había llevado a cabo muy temprano, porque en Italia se funciona con eso que llamamos el horario europeo y, después de mediodía, todo se hace demasiado temprano, pero entre una cosa y la otra, y aunque nos encontrábamos en el mes de

agosto, ya había oscurecido.

Recorrimos una zona agradable, tranquila, de clase media que sabe vivir bien con pocos medios, casitas bajas con jardín sin ostentaciones y perros ladradores, calles limpias y la sorpresa para el recién llegado de encontrar canales en lugar de calles y canoas en lugar de automóviles. Así llegamos al piazzale Santa Maria Elisabetta, donde se encuentra la estación de los *vaporetti*.

Demasiado aturdidos para disfrutar del tipismo y del turismo, tomamos aquella especie de autobús marítimo, el que llevaba el número 51, y nos dirigimos al centro de la ciudad. Saboreamos sólo a medias y de lejos el paisaje iluminado de la plaza de San Marcos, la fachada principal con el Campanile y la columna del León representativo de la ciudad, y la catedral y toda la pesca, y proseguimos una travesía majestuosa por el Gran Canal, pasando por debajo del puente de Rialto hasta desembarcar en el piazzale Roma, delante de la estación del ferrocarril. Desde allí, teníamos que atravesar un puente antes de adentrarnos por callejas llenas de turistas que entraban y salían de tiendas de diseño y buen gusto.

Las mellizas, simpáticas y cultas, ejercían de cicerones discretamente, haciéndonos observar que pasábamos por delante de monumentos excelentes o de pequeños detalles que no debíamos perdernos. Pepín y Ovidi se pegaban a ellas y las miraban de arriba abajo, como si les costara creer la suerte de haber sido premiados con una compañía como aquélla. Las chicas, que se hacían llamar Ana y Nan, se dejaban mirar, pero se volcaban más sobre Jordi Cerdaña, y le daban conversación, le preguntaban por su vida y le comentaban lo que más les había gustado del concierto. Sabían que al contrabajista y al batería ya los tenían en el bote y se divertían conquistando la presa que les parecía más difícil. Y bueno, a mí también me perseguían un poco, debo reconocerlo. O Zabala nos miraba de lejos y se reía zumbona.

Satisficieron mi curiosidad en lo referente a las denominaciones de las calles. Porque por todas partes se veían *calles*. No *stradas* ni *vias* sino calles, como en España. Me notificaron que, de toda Italia, eso únicamente sucede en Venecia, que tiene otros muchos nombres muy peculiares para calificar a las calles. Están los *fondamenta*, que bordean los canales, o los *rio*, que se refieren a pequeños canales, o los *rio terà*, que son calles donde el agua pasa por debajo, porque

enterraron el canal y lo empedraron, o la *salizzada*, que es una calle más ancha, o el que es la bifurcación de una calle principal, o la *ruga*, la *lista*…

Es curioso lo que te queda en el recuerdo cuando conoces una ciudad a toda prisa. Me interesó más este tema de las nomenclaturas de calles que las formidables iglesias que de vez en cuando nos salían al paso.

El Hotel dei Cavalletti no se llamaba exactamente así. Era la calle donde se encontraba y llevaba el nombre de Calle Priuli detta dei Cavalletti, pero el establecimiento adonde íbamos en realidad no se llamaba de ninguna manera porque no había ningún rótulo ni indicativo de estrellas que orientase sobre su calidad. Enseguida sospechamos que no era propiamente una fonda sino una casa particular habilitada para recibir huéspedes en aquellos días de *overbooking* provocado por la Mostra de Cine.

Accedimos a un vestíbulo oscuro con capacidad para cuatro grandes carruajes y subimos una escalera estrecha al final de la cual nos abrió la puerta una mujer vestida de negro, de expresión hostil. Nos hizo pasar con actitud clandestina y con gesto medroso, como si diera por supuesto que éramos peligrosos psicópatas y no le quedase más remedio que aceptarnos en su casa para ganarse la vida.

Avanzamos por un corredor oscuro donde reinaba un olor antiguo, tan desconocido como desagradable, decorado de película de vampiros, con antigüedades, una armadura medieval, un reloj de péndulo parado y muebles viejos que necesitaban una restauración para convertirse en antiguos. No había ninguna apertura al exterior, porque es bien sabido que en los *palazzi* de los vampiros las ventanas siempre permanecen herméticamente cerradas para impedir que entre ni un punto de luz letal. La mujer avanzaba delante de nosotros con paso gravoso y enfermizo, y gruñía en voz baja, maldiciendo al mundo que tan mal la trataba.

La seguíamos fascinados, riendo las chicas excitadas, haciendo bromas en un murmullo los demás.

Abrió una puerta y después otra, y nos anunció que aquéllas eran las habitaciones dobles, «para los hombres», *gli uomini*, dijo. Eran espartanas como celdas de convento, pequeñas, una cama a cada lado, un armario detrás de la puerta y nada más. Ni un cuadro,

ni un lavabo para enjuagarse las manos, ni una mano de pintura en la pared desde hacía siglos. Pepín y Ovidi arrastraron a las gemelas hacia una de las habitaciones. Ana y Nan huyeron juguetonas hacia la otra, que ocuparíamos Jordi Cerdaña y yo.

La tercera puerta que abrió la mujer pertenecía al cuarto individual donde debía instalarse O Zabala.

Era una sala digna de un museo. Continuaba la película de vampiros. Aquello no era ni había sido jamás un dormitorio. Había una chimenea enorme que tenía esculpidos dos leones a un lado y a otro y, sobre la repisa, una panoplia con armas medievales. Un espadón monstruoso, un escudo, un par de dagas y dos mazas de combate de ésas de bolas de hierro al final de una cadena. En mitad de la estancia, una larga mesa de comedor, con capacidad para quince o veinte personas. Más allá, dos butacas muy estropeadas, probablemente sacadas de un contenedor de basura, y una mesilla de superficie de vidrio. Una cómoda rococó adornada con un jarrón colosal lleno de flores artificiales moribundas. La decoración se completaba con unos cuadros viejos con cristales tan sucios que casi no se podía ver lo que se representaba en ellos.

Y, en un rincón, un sofá desplegado y convertido en cama y un armario de plástico plegable, que se cerraba con una cremallera, dos elementos tan postizos como un bidé y una señal de tráfico.

Cuando a O se le ocurrió dar una palmada sobre el cubrecama, como era de esperar, se levantó una nube de polvo y ácaros y todos estallamos en risas.

Era todo tan estrafalario, tan alejado de una estancia en hotel de cinco estrellas, que no nos lo podíamos tomar en serio ni enfadarnos. Nos dio por reír. Aquel viaje estaba resultando mágico, misterioso, irreal como un sueño, muy propio de una ciudad extraña como Venecia, ciudad flotante, ciudad que Thomas Mann había calificado como inverosímil.

Sin deshacer los equipajes, salimos inmediatamente hacia el restaurante donde teníamos mesa reservada. Se nos hacía tarde. Rápidamente cruzamos un puente y nos internamos por calles estrechas y sinuosas donde la modernez de los establecimientos para turistas chocaba violentamente con la antigüedad de las paredes, los pavimentos, los fantasmas que nos observaban socarrones desde los rincones.

Cerca de la iglesia de San Zan Degolá, una de las más antiguas de la ciudad, junto al puente del Megio, encontramos la Osteria La Zucca, un local pequeño con pocas mesas y paredes recubiertas de madera, atendido por tres mujeres que no dejaban de correr de un lado a otro.

Unos probamos el flan de calabaza, especialidad de la casa porque *zucca* quiere decir *calabaza* en italiano, otros el *broccoli con ricotta affumicata* y, después, conejo *al prosecco* y cordero a las hierbas.

Dicen que un hombre cayó de lo alto de un rascacielos. Mientras bajaba a plomo, cuando pasaba por delante de ventanas y balcones donde había gente, los tranquilizaba gritándoles: «¡De momento, todo va bien! ¡De momento, todo va bieeeeen!».

Pues eso: de momento, todo iba bien.

6

UN PALAZZO EN LA ISLA DE MURANO

Mientras Ovidi y Pepín pugnaban por distraer la atención que las chicas tenían depositada sobre Jordi Cerdaña, O Zabala me habló en voz baja.

—He conseguido la dirección de Marcantonio —me dijo.

La miré sorprendido, tal vez un poco alarmado.

—¿Y?

—Quiero ir a verle.

Me volví hacia ella con actitud de hablar en serio y de una vez por todas.

—Te dijo que no lo hicieras. Que él ya se pondría en contacto contigo.

—No me fío.

—Antes te he preguntado si habías preguntado por Marcantonio y tú me has dicho que hay cosas con las que no se juega. ¿Y ahora…?

—No quiero cederle la iniciativa. Y me gustaría que vinieras conmigo.

Abrí la boca, y la cerré. Había estado a punto de preguntarle por qué, pero hay momentos en que un amigo no debe preguntar por qué. Se supone que ya tienes que conocer los porqués. Sólo se debe decir voy contigo o no voy contigo, y el no voy es un abandono.

—¿Cómo has conseguido la dirección sin decir que le conoces? —pregunté, aplazando el voy contigo.

—La guía telefónica. No había ningún otro

MA

Gardona en Venecia. ¿Vienes o no vienes?

—¿Qué supones que vas a encontrar?

—Una trampa. Alguna clase de trampa. Fue él quien nos proporcionó este trabajo, estoy segura de ello, pero preguntas a Paco Batalla cómo supo de nosotros y dice que le habló Donna Leon, y cuando le preguntas a Donna Leon, ella lo confirma y cuenta que nos conoció en la Semana Negra de Gijón, y me pregunto de qué manera ha intervenido Marcantonio en todo esto. Sé que es lo bastante hábil como para poner en marcha toda la maquinaria al mismo tiempo que se mantiene en la sombra, como si no tuviera nada que ver. ¿Pero por qué lo hace? ¿Por qué dice que me necesita? ¿Por qué dice que me tiene reservada una sorpresa? No sé por dónde me va a salir ese tipo, pero sé que me va a salir con algo, tarde o temprano saldrá, seguro que saldrá y no quiero que me pille de sorpresa. ¿Vienes o no vienes?

Recordé el chiste de aquel señor que presumía de tener un perro muy obediente. «Le digo: "¿vienes o no vienes?". Y él viene o no viene, según le da…».

—Sí —respondí por fin, muy obediente, o muy incondicional, o muy amigo, o decidlo como queráis—. Voy.

Antes de los postres, O se levantó de la silla.

—Nosotros tenemos que irnos.

Sorpresa general.

—¿Dónde vais, ahora?

—Cosas nuestras.

—Ya os he dicho que conspiraban. Éstos siempre se meten en unos follones…

Es divertido crear ese tipo de misterios. Sales del restaurante consciente de que atrás dejas la intriga y las murmuraciones. Unas mellizas atónitas porque una de sus presas huye con una mujer mayor, y unas bromitas de los compañeros referentes a los secretos de O y Óscar. «Huyyyy. —Suposiciones—: Seguro que se llevan algo entre manos. Óscar es un aventurero. La última vez que le dejamos solo, en Gijón, le secuestraron, lo hicieron subir a una avioneta y querían tirarle abajo y, al final, la avioneta se estrelló contra una montaña, y se incendió, y él tuvo que enfrentarse con una banda de

narcotraficantes…».

—¡No!

Las gemelas con los ojos desorbitados.

—*Non è possibile!*

—¡Ya lo creo que è *possibile*!

Ya las tenían cautivadas. Ahora, sólo debían contar las aventuras del amigo Óscar Bruch, el Saxofonista Intrépido, y las mellizas venecianas caerían rendidas a sus pies.

Alguien había indicado a O cómo llegar a la isla de Murano, y le había dibujado un mapa y todo.

Circular por aquella ciudad es muy complicado. Tienes que andar mucho dando rodeos y vueltas y zigzags para encontrar un puente que te ayude a cruzar el canal, y la experiencia se complica si eres forastero y no dominas el mapa. Tuvimos que volver atrás, deshaciendo el camino que habíamos recorrido desde nuestra pensión —por llamarla de alguna manera—, atravesamos el puente Scalzi y, por una calle ancha llamada Rio Terra Lista di Spagna, llegamos hasta el puente delle Guglie, con un obelisco a cada lado, y allí encontramos la estación del *vaporetto* número 41 que debía llevarnos hasta la isla de las fábricas de vidrio.

Al iniciar el trayecto, O Zabala exclamó «¡Qué ciudad tan bonita!» y con aquello dejó claro que no quería continuar hablando de Marcantonio y nuestra incursión nocturna, y nos convertimos en dos turistas embobados en el paisaje insólito que se nos ofrecía.

Rodeados de una multitud extranjera, felices de poder vivir la Venecia nocturna como venecianos de toda la vida, salimos a lo que me pareció que era mar abierto con la sensación inquietante de que abandonábamos la civilización y cortábamos amarras para dejarnos arrastrar hacia un mundo inexplorado. No servían de nada las presencias, a mi lado, de los ciudadanos con cara y actitud de trabajadores que regresan a casa después de una jornada agotadora. Era más poderosa la oscuridad de la laguna, la presencia fantasmal de algunos *vaporetti* o canoas que pasaban cerca de nuestra embarcación rodando sobre pinceladas de espuma fosforescente.

Cuando desembarcamos en Murano, me pareció un escenario más oscuro de lo que esperaba. La guía dice que, en el siglo XVIII, fueron desplazados a esa isla todos los artesanos vidrieros porque trabajaban con fuego y gran parte de las casas de la ciudad eran de

madera, y así evitaban incendios. Con el atanor encendido todo el día y experimentando con la química para buscar diferentes colores, enseguida hubo muchos habitantes de Murano que se crearon fama de alquimistas, y la fabricación de objetos de vidrio se mezcló con la búsqueda de la piedra filosofal y la elaboración del elixir de la vida eterna, y yo no podía quitarme esas ideas de la cabeza mientras avanzaba por la penumbra inquietante de aquellas calles pobladas por la historia y los sortilegios.

Siguiendo indicaciones, penetramos de repente en una ciudad de juguete, con un canal de juguete flanqueado por restaurantes llenos de gente rica y guapa que se lo estaba pasando tan ricamente. En el canal, que creo que se llamaba Fundamento de San Lorenzo, había las góndolas imprescindibles para recordar dónde estábamos. Aquel tramo de calle fue un *flash* de música, luz y felicidad antes de torcer a la derecha, cruzar un puente y seguir una calle oscura y maloliente hasta llegar a la plazuela que en el plano estaba indicada con una cruz.

Tenía que ser allí.

La segunda casa de la izquierda era una fachada lisa y desconchada, con un par o tres de ventanas y nada más. Debía de ser uno de esos *palazzi* donde dicen que los venecianos iban a pasar las vacaciones y donde se organizaban fiestas tan suntuosas. La puerta era una obra de arte de esas que aparecen fotografiadas en los libros de texto.

Y, junto a la puerta, se agrupaba media docena de fantasmas con capas negras, tricornios y máscaras que les ocultaban el rostro. Como en tiempo de Carnaval.

Incluso en aquellas calles extraordinarias y misteriosas, llamaba la atención semejante aglomeración de sombras amenazadoras. Sobre todo cuando quedaba claro que tenían la intención de entrar en el mismo *palazzo* donde queríamos acceder nosotros.

O se acercó sin escrúpulo alguno.

—*Dove andate?* —preguntó con tono de turista fisgona— *un bailo in maschera?*

Como si tuvieran miedo de ser reconocidos a pesar del antifaz, los seis personajes se volvieron de espaldas a nosotros e hicieron piña. Parecían un rebaño de animales miedosos y acorralados.

—*Lo so, non lo so* —dijo el que estaba más cerca de O.

De pronto, nos sorprendió el chasquido de un cerrojo viejo y se abrió una pequeña portezuela practicada en el gran portón. Aquellos espantajos debían de haber llamado y estaban esperando a que les franquearan el paso. O y yo nos pegamos a la pared huyendo de la luz que acababa de emanar del edificio, para confundirnos con las sombras de la plaza en penumbra, fuera del alcance de la persona que había abierto.

Oímos una voz ronca, deformada por el cuchicheo:

—*Avanti! State zitti! Silenzio! Avanti!*

Los seis fantasmas de negro se amontonaron precipitadamente en la puerta. Se escabulleron hacia el interior.

O me hizo una señal perentoria y, sin tomar demasiadas precauciones, los siguió. Yo fui tras ella sin ánimos y sin aliento, seguro de que alguien se iba a interponer en nuestro camino para afearnos nuestro comportamiento.

No fue así.

Al cruzar el umbral, nos encontramos en otra época. Estábamos en un gran vestíbulo apenas iluminado por una lámpara con pantalla de pergamino que había sobre una consola antigua. Penumbra. El oscurantismo medieval. Bajo una escalinata majestuosa, las capas negras se atascaban en una puerta que había de llevarles a la cuarta dimensión.

O Zabala continuaba haciendo gestos imperiosos y yo continuaba obedeciéndola sin chistar. Ahora me indicaba que la siguiera escaleras arriba. Subí los escalones de dos en dos, furtivo, intruso, excitado, demasiado consciente de que nos estábamos buscando problemas. Quería gritar «¿Se puede saber qué narices estamos haciendo?», pero no me atrevía. Y, en el fondo de mi corazón, en un rinconcito, sentía el relámpago exultante que proporciona la transgresión.

Nos encontramos en un pasillo con puertas a un lado y a otro. Una de ellas estaba abierta y del interior salía la luz azulada de un televisor en marcha y rumor de voces.

Aparte de aquel murmullo, el silencio y la quietud eran absolutos. De un momento a otro, entraría en escena, «columpiándose y batiendo las alas», un «cuervo soberbio de los santos días de antaño» y se posaría sobre el dintel de la puerta (no había ningún busto de Palas Atenea a la vista). Estuve a punto de

gritar, «¡Profeta, cosa execrable!, ¡profeta, pájaro o diablo!», y el cuervo diciendo, como la máquina expendedora de tabaco: «Nunca más».

En cuatro zancadas silenciosas, O Zabala se acercó. Yo continuaba pensando intensamente «¿Pero qué haces, qué pretendes, dónde vamos, qué buscas?». Nos habíamos vuelto locos, ella más que yo. No son maneras. ¿Para qué teníamos que correr aquel riesgo? Sólo podía justificarlo si pensaba que ella conocía al dueño de la casa y quería gastarle una broma, una sorpresa traviesa. No obstante, tal como habían ido las cosas la última vez que se habían visto, no parecía muy conveniente aquel comportamiento. ¿Mataron a nuestra amiga, tu pareja, asistimos a un tiroteo poniendo en riesgo nuestras vidas, nos persiguió la policía, nuestro mundo se vino abajo, y la siguiente vez que nos encontramos, me escondo en una esquina y, cuando pasas, te hago «¡buh!»?

«Profeta, ¡cosa execrable!, ¡profeta, pájaro o diablo!», y el cuervo diciendo: «Nunca más. —Yo también decía—: Nunca más, nunca jamás volveré a hacerle caso a esta loca».

¿O es que no era verdad nada de lo que me había contado O?

O Zabala echó una ojeada al interior de la habitación y no encontró ningún impedimento para meterse en ella y exigirme con uno de sus gestos que la acompañara. «¡Adelante!».

Obedecí con la sensación de que cada vez nos acercábamos más al abismo.

«Nunca más».

7

ELABORACIÓN DE LABORATORIO

La habitación contrastaba violentamente con el decorado que habíamos recorrido para llegar hasta allí. Era como el almacén de una tienda de electrónica. Pequeña, con estanterías a lado y lado cargadas de aparatos electrónicos y cables. Un reproductor de DVD, un reproductor de VHS, un equipo de música con plato para vinilos y todo, un ecualizador, dos pantallas de televisor u ordenador antiguos y un mínimo de cuatro altavoces. Delante de nosotros, sobre una mesa donde también había un micrófono con su soporte, una libreta abierta, un bolígrafo, un vaso de papel y un pequeño ordenador portátil arrimado a un lado, destacaba una inmensa pantalla de televisión de plasma de 37 pulgadas, como una ventana abierta a un mundo irreal.

Lo que nos mostraba aquel televisor era un escenario abigarrado, lleno de objetos diseminados con aparente desorden, una especie de templo dedicado al *horror vacui*. En el centro de la habitación, sobre una larga barra de bar, se veía un muestrario de retortas, probetas, serpentines, alambiques, tubos de ensayo, pipetas, embudos Büchner y matraces Erlenmeyer y otros artefactos que componían un laboratorio imposible de película antigua, tipo *Frankenstein* o *El gabinete del doctor Caligari*. Alrededor,

formando un círculo espeluznante, un ejército de maniquíes vestidos con todo tipo de disfraces. La bailarina, el húsar, el pirata y una buena pandilla de aristócratas del siglo XVIII, Mariantonietas y Casanovas, Richelieus y
D'Artagnanes
, Papagenos y Reinas de la Noche, hábitos de monje, y capas negras y tricornios, todos ocultos por sofisticados antifaces de todo tipo, antifaces destinados a cubrir todo el rostro y otros que sólo pretendían esconder los ojos, máscaras negras y rojas, y transparentes, algunas elegantes con dorados y pedrería, algunas divertidas, infantiles y otras grotescas, y otras horribles.

En las paredes, grandes murales que reproducían las pinturas del Bosco.

En el centro de la estancia y de la pantalla, dos hombres se inclinaban sobre una mesa cubierta por un lienzo negro, que fácilmente podía ejercer la función de altar diabólico y que ahora estaba ocupada por dos mamotretos antiguos y pesados.

Uno de los hombres era Paco Batalla. Inconfundible. Regordete, las gafas de pasta años sesenta, el traje crema y la camisa azul que llevaba cuando nos habíamos separado de él en el Hotel des Bains.

El otro era Marcantonio.

—Es Marcantonio —susurró O.

Era un hombre mayor, mayor de lo que yo esperaba, mayor que O Zabala, con barba y cabello blanco, despeinado y abundante, con greñas colgando sobre unos ojos muy grandes y expresivos. Hablaba apasionadamente, gesticulando mucho con unos brazos largos y unas manos exageradas que hipnotizaban a Paco Batalla. A través de los altavoces podíamos escuchar perfectamente su discurso tan bien modulado, en un italiano nítido y comprensible:

—… Dos de los cuatro libros sagrados de la Cábala —estaba diciendo Marcantonio—, el *Sepher Jetzirah*, o *Libro de la Formación*, y, mucho más importante, el *Sepher ha Zohar* o Libro de los Esplendores. Sólo se podían encontrar aquí, en Cannaregio, en Venecia, en el Ghetto Nuovo donde fueron a parar todos los judíos de la Giudecca en 1527. Ahora, si quieres, si no crees lo que te estoy diciendo, te los quedas y los vas a vender a un librero de viejo. Sin embargo, si me haces caso, asistirás a una de las experiencias esotéricas más asombrosas de tu vida…

—¿Pero cómo los has conseguido? —preguntó Paco Batalla, manifiestamente impresionado—. ¿No me dijiste que los tenían Gli Scelti?

Marcantonio se quedó mirándolo sin decir nada. El silencio introdujo una angustia terrible en Paco Batalla, que casi sollozaba:

—¿Has hecho alguna especie de pacto con Gli Scelti?

—Un pacto —confirmó Marcantonio, gravemente.

—¿Con Gli Scelti? —era lo peor que podían decirle al pobre hombre—. ¿Un pacto? ¡Pero…!

—Con Gli Scelti no se lucha, amigo mío. No se les puede comprar nada porque lo tienen todo. No puedes quitarles nada porque son el demonio. Con Gli Scelti sólo se puede pactar.

—¿Y te han dado estos libros?

—Sí.

—¿A cambio de qué? —preguntó nuestro querido Paco Batalla con un hilo de voz.

—Después lo sabrás. No te preocupes por eso. Confórmate con saber que, hoy, con estos libros, podrás movilizar a las Fuerzas.

—¿Movilizar a las Fuerzas?

—Sí.

—Oh, Dios mío. ¿Has vendido mi alma al diablo?

—No digas majaderías. Hoy movilizarás a las Fuerzas. Lo sé seguro porque lo he comprobado.

—¿Lo has comprobado? ¿Tú has movilizado a las Fuerzas?

—Presencias —dijo Marcantonio, con murmullo y actitud misteriosos—. No sé si hay que hablar de fantasmas, espíritus, muertos vivientes o ángeles, pero hace una semana que los convoqué… ¡y acudieron!

—¿Y ahora quieres que los convoquemos nosotros?

—Es lo que buscas desde hace tiempo, ¿no?

—¿Ahora mismo? ¿Aquí?

—Querido amigo, hoy comprobarás que no has gastado tu dinero en balde. ¡Estos libros poseen la sabiduría de siglos! ¡Estos libros tienen poderes!

—¿Y la Clavícula de Salomón?

Marcantonio soltó un suspiro ruidoso y cambió de tono.

—¡Ah, amigo mío! Si tuviéramos la Clavícula de Salomón, nuestro control sería absoluto. Ahora, será como mirar hacia el

interior de una caverna profunda y oscura y gritar a ciegas y esperar que alguien responda. Oiremos voces…

—¿Oiremos voces? ¿Estás seguro?

—… Tal vez nos visite alguna presencia…

—¿Nos visitará una presencia?

—… Pero no tendremos ningún control sobre ellas. Vendrán si quieren, y responderán si quieren y lo que quieran. Ellas tendrán el control. Si la Clavícula de Salomón estuviese en nuestro poder, sería como si entráramos en la cueva con poderosos focos que iluminaran hasta el último rincón, que identificasen a cada uno de los habitantes de las profundidades y nos permitieran llegar hasta el último pensamiento del núcleo de sus cerebros. Sabríamos lo que se proponen y lo que saben. Seríamos tan poderosos como ellas, como las Fuerzas Subterráneas.

—¿Pero todo esto a cambio de qué? —levantó la voz Paco Batalla, muy asustado—. ¡No puedo seguir adelante si no sé lo que me juego! ¿Qué pacto has hecho con Gli Scelti?

Marcantonio se resistió un poco. No quería revelar el secreto a Paco Batalla. Suspiró otra vez y otra, y movió la cabeza en sentido negativo. Pero era evidente que se jugaban demasiado, y que Paco Batalla podía echarse atrás. De manera que, finalmente, confesó:

—Hoy entrarás a formar parte de la Hermandad de Gli Scelti.

—¿Yo? ¡No!

Sacudido por un temblor de pánico, Paco Batalla se encogió e hizo ademán de dar media vuelta y salir corriendo. Los brazos largos y poderosos de Marcantonio lo sujetaron, le obligaron a enfrentarse con él. Le gritó a la cara:

¡*Signora* ya está aquí!

—¡No! —replicó el otro, aterrorizado, mientras retrocedía y tropezaba con algunos de los maniquíes disfrazados.

Yo toqué el codo de O para atraer su atención y le dediqué un gesto de estupefacción. «¿Qué significa todo esto?».

—Una estafa —dijo O con naturalidad—. Marcantonio es un embaucador. Todo eso es un montaje para sacarle pasta a un pobre supersticioso con estas teorías conspiratorias tan de moda.

En la pantalla, Paco Batalla emitió un alarido espeluznante y se plegó en dos, como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago o como si acabara de sufrir una descarga eléctrica.

8

O ZABALA NO DIJO NADA

Ahora, para entender bien lo que sucedió a continuación, hay que saber qué era lo que pretendía Marcantonio, el estafador. Francisco Batalla era el principal descendiente de los fabricantes de jabones Batalla, que después fueron
BAT
(el detergente del murciélago) y
BAT2
, y
WATNET
. La empresa familiar había sido comprada por una multinacional y ahora el heredero sólo tenía que pasar a cobrar por el banco los beneficios de una mínima participación que había conservado en el negocio y las rentas de treinta y dos pisos y locales que tenía diseminados por el Ensanche de Barcelona y la periferia. Eso le permitía vivir en Venecia, su ciudad preferida, y permitirse caprichos y lujos como el del bar musical Cipango, absolutamente deficitario.

En los últimos tiempos, le había dado por coleccionar libros antiguos y, para su desgracia, había conocido a Marcantonio Gardona, que se había abalanzado sobre él como un buitre. Le había conseguido un par de supuestos grimorios medievales, el Lemegeton y el Libro de Abra-Melin el Mago —falsificaciones que realizaba un amigo suyo de Milán—, y enseguida le propuso poner en práctica

los rituales y las fórmulas mágicas que en ellos se contenían. El ámbito de los fenómenos paranormales y los pactos con el demonio para obtener poderes sobrenaturales es un terreno muy apreciado por los estafadores. Sólo hay que encontrar a alguien lo bastante crédulo y tan inseguro que precise muletas supersticiosas, y Paco Batalla era de esa clase de personas.

Marcantonio Gardona le había creado una estructura imaginaria basándose en leyendas que corren por Venecia desde antiguo, como la de la Clavícula de Salomón o la Hermandad secreta de Gli Scelti, y hacía tiempo que vivía de esta fábula. Para conseguir dinero, sólo tenía que decirle a Paco Batalla que debían comprar cachivaches para el laboratorio, o ingredientes muy difíciles de obtener, o que había conocido a un funcionario que, a cambio de un buen soborno, les conseguiría unos documentos secretos de determinado archivo particular.

Pero la pelota había ido creciendo, inevitablemente. El embaucador había ido creando expectativas y todo aquel proceso debía tener una culminación. El mismo Marcantonio, a fuerza de leer libros de brujería y satanismo, había terminado por convencerse de su contenido y creía que había que probarlo.

El día en que O y yo llegamos a su *palazzo* de Murano era precisamente el día de la prueba.

Estaba previsto que, cuando el *pollo* (que es como llaman en Italia a la incauta víctima de una estafa) estuviera preparado psicológicamente, se vestirían con túnicas violetas, encenderían unas velas aromáticas, apagarían las luces eléctricas, se tomarían algún potingue condicionador, cantarían y rezarían oraciones terroríficas y, entonces, pasaría algo.

Inesperadamente, uno de los maniquíes disfrazados, precisamente el de María Antonieta, se pondría a hablar.

Con una voz grave y susurrante, tal vez recitara alguna fórmula incomprensible. Y, al mismo tiempo, se produciría un efecto luminoso, muy sutil pero definitivo.

Marcantonio estaba seguro de que aquello pondría a Paco Batalla en disposición psicológica de recibir la visita de *la Signora*, la gran dama de Gli Scelti. Una mujer muy hermosa, desnuda, con el cuerpo completamente tatuado desde el cuello hasta el muslo, que surgiría de la oscuridad como un fantasma. Paco Batalla

debería postrarse de rodillas ante ella, que le notificaría que aquel día accedería a la Hermandad de Gli Scelti fra Scelti. Enseguida, entrarían en escena los seis enmascarados de las capas negras y los tricornios que habíamos conocido en la calle y que recitarían más mantras y celebrarían la acogida del nuevo hermano en la secta.

Todo estaba a punto para la representación cuando O y yo nos colamos en el *palazzo*.

Estaba tan a punto que incluso tenían conectado ya el micrófono por donde la ayudante de Marcantonio debía hacer que el maniquí de María Antonieta hablase.

De manera que, cuando Marcantonio aún estaba condicionando el estado de ánimo de su víctima, cuando todavía no habían apagado las luces, ni habían encendido las velas aromáticas, ni se habían puesto las túnicas, ni habían ingerido el brebaje psicotrópico, ni habían rezado ni cantado nada, justo cuando Marcantonio acababa de decir «*¡La Signora* ya está aquí!» y Paco Batalla, horrorizado, exclamaba «¡No!» y retrocedía y tropezaba con unos maniquíes, en ese preciso instante, para sorpresa de todo el mundo, el maniquí que representaba a María Antonieta habló.

Dijo, con la voz de O Zabala:

—Una estafa. Marcantonio es un embaucador. Todo eso es un montaje para sacarle pasta a un pobre supersticioso con estas teorías conspiratorias tan de moda.

Paco Batalla oyó junto a su oído la voz susurrante y deformada por la técnica, pero tan nítida, que reaccionó físicamente, sacudido por el terror, encogiéndose y chillando. Marcantonio, que no había oído la voz debido al alboroto y a la confusión, se le acercó solícito. Paco Batalla huyó de él como si le considerase un peligro radiactivo.

—¡La estatua ha hablado! —aulló.

Y Marcantonio se quedó de piedra. Miró involuntariamente hacia la cámara oculta. ¿Cómo podía haber hablado el maniquí?

—¡La estatua ha hablado y me ha leído los pensamientos!

Paco Batalla berreaba y gesticulaba entre los maniquíes. Parecía un títere manejado por un loco, un muñeco mecánico que hubiese perdido el control de sus extremidades:

—¡La estatua me ha leído los pensamientos, y ha hablado en mi idioma, mi mente ha salido de mí, mi alma ha ido a parar a esa

figura…!

Marcantonio no entendía nada. El experimento se le escapaba de las manos. Paco Batalla estaba derribando los maniquíes y retrocedía tropezando hacia la puerta de salida. Se escapaba.

—¡No estoy preparado! —sollozó por fin el *pollo*.

Dio media vuelta y, aleteando como una gallina alborotada, corrió hacia la puerta. Al abrirla, se encontró ante una pandilla de personas enmascaradas, con capas negras y tricornios, que en ese preciso momento estaban memorizando lo que tenían que cantar cuando les llamaran a escena. Los pilló con los papeles en la mano y, al verle, los fantasmas se asustaron tanto o más que él.

Paco Batalla chilló:

—¡No estoy preparado! ¡No estoy preparado!

Al tiempo que los otros escondían los papeles a la espalda y empezaban a vocear:

—*Neofita, le accogliamo favorevolmente per la fratellanza…!* —inicio de salmodia o himno que resultó una melopea ensordecedora y terrorífica.

El *pollo*, cegado por el pánico, arremetió contra ellos al grito de «No tendréis mi alma, ¡no la tendréis!», disparando puñetazos y empujones con la intención de abrirse paso hacia el exterior de aquella casa de locos.

Ahora, hay que entender que Marcantonio y su cómplice no habían elegido a sus colaboradores entre la sociedad más educada de la ciudad. Eran delincuentes, individuos primarios capaces de hacer cualquier cosa a cambio de unos euros, y esa clase de gente hay que reconocer que no tiene ni pizca de paciencia con quien la ataca con puños y empellones. No se quedan impasibles ante la agresión, ni ceden amablemente el paso al furibundo agresor sino que, muy al contrario, acostumbran a replicar con trompazos, bofetadas e incluso cabezazos y, cuando el enemigo está en el suelo, son partidarios de rematar el trabajo con unos cuantos puntapiés bien dados.

Marcantonio, como buen estafador experimentado, sabía que ésa no es la mejor manera de tratar a un *pollo*. Con las víctimas de estafa hay que comportarse con tacto y mano izquierda, dosificando los halagos, las chanzas y las buenas palabras. Cuando se recurre a la violencia de los trompazos y el ensañamiento, la estafa deja de

ser estafa y se convierte en otro tipo de delito, castigado de forma mucho más dura en los códigos penales de todo el mundo.

Por eso, Marcantonio se interpuso entre la masa de capas y máscaras furibundas, sujetándolas y rechazándolas con la autoridad de quien paga y manda, y gritaba: «¡Basta, dejadlo ya, ¿pero qué hacéis?!»; y estuvo a punto de añadir «¡Qué es un cliente!», pero se abstuvo justo a tiempo.

Aunque lo hubiese dicho, sin embargo, el *pollo* no lo habría oído porque, espoleado por las intensas impresiones vividas, aprovechó la oportunidad para abrirse paso entre piernas y pies pateadores y, a cuatro patas, salir al pasillo y al vestíbulo oscuro donde estaba la puerta que daba a la calle.

Pero, antes de llegar a su salvación, el corazón todavía debía sufrir una nueva prueba. La ayudante de Marcantonio, después de dejar a los fantoches estudiando su papel, había subido a desnudar el cuerpo tatuado que tenía que intervenir en la apoteosis final de la comedia. Arriba, la había sorprendido el estruendo de abajo y ahora salía corriendo y bajaba la escalera, asustada, para encontrarse con Paco Batalla, que irrumpió en el vestíbulo chillando y efectuando amplios movimientos de brazos, con un estilo que recordaba un poco el mariposa de los nadadores.

Paco Batalla, el *pollo*, no esperaba ver a una mujer desnuda y tatuada de cuello a caderas en aquellos momentos y en aquel lugar, y eso lo desbarató un poquito más. La única mujer estrafalaria que él suponía que podía salirle al paso era *la Signora* de Gli Scelti, «*¡La Signora* está aquí!», «¡No!», y Marcantonio le había advertido de que aquel encuentro sería trascendental, definitivo, irreversible, en su vida. Por eso, al coincidir con la aparición, Paco Batalla quiso taparse la cara y hacer una reverencia y acelerar la carrera al mismo tiempo y, cegado, únicamente logró tropezar con sus propios pies y pegar una aparatosa caída con voltereta en mitad del recibidor. Él creía que iba pregonando que no estaba preparado, que no estaba preparado. En realidad, hay que decir que no se entendía nada de lo que iba diciendo.

Fue como una pelota que atravesara rodando el vestíbulo antes de salir a la calle como salen las balas de los cañones, un estrépito inesperado que despertó al vecindario de la *piazza*, un huracán humano que se materializó en la zona más luminosa de Murano, la

de los restaurantes llenos de turistas que al día siguiente tuvieron tema de conversación sobre un hombre que les había animado el atardecer con aullidos y aspavientos.

En el *palazzo* de Marcantonio, entre tanto, reinaba el caos. Los seis enmascarados protestaban que a ellos nadie les había dicho que tuvieran que pelear con nadie, Marcantonio ponía orden y una mujer desnuda y tatuada preguntaba a gritos qué había sucedido, qué había sucedido.

Y nosotros, allí, mudos, esperando a que alguien nos hiciera caso.

Marcantonio se quedó paralizado al descubrir nuestra presencia, atónita, en medio de tanto ajetreo.

—¡O! —dijo al reconocer a mi pianista.

La mujer tatuada también se quedó atónita al ver a la persona que me acompañaba.

—¡O! —exclamó.

Los hombres enmascarados mostraron una sorpresa desmesurada ante una mujer tatuada y desnuda y profirieron a coro:

—¡Oh!

Y la verdad es que yo también me quedé un poco desconcertado al contemplar a aquella mujer increíble, y me sumé al atolondramiento general:

—¡Oh!

Y hay que decir que O Zabala también reaccionó con una especie de sobresalto ante la presencia de la mujer tatuada. Me agarró fuerte del brazo.

Pero no dijo nada.

O Zabala no dijo nada de nada.

9

PARALIZADOS TODOS

Siguieron unos segundos de parálisis general durante los cuales se me hizo imposible apartar los ojos de la ayudante tatuada de Marcantonio. Porque era muy guapa, tenía la piel blanca, los ojos verdes perfilados con rímel negro, el cabello como ala de cuervo cortado al estilo paje, y porque su cuerpo era armonioso como una escultura griega, porque lo tenía completamente a la vista y porque aquellos ojos verdes me clavaron una mirada cortante y letal como un cuchillo, pendientes de la mano de O en mi brazo.

Debo reconocer que también influía en mi curiosidad el hecho de que el cuerpo femenino estuviese cubierto de dibujos azules desde el cuello a las caderas.

El tiempo quedó en suspenso durante unos instantes angustiosos en que debí soportar la mirada hostil de la mujer de los ojos verdes. En lo referente a su apariencia, eran piedras preciosas, esmeraldas arrancadas de la mina a golpes de pico y apenas talladas por el joyero. En lo referente al mensaje que transmitían, eran ojos felinos, de gato con intención de tigre, era un mensaje cruel, sarcástico, cargado de malas intenciones. Eran cuchillas que me amenazaban: «Te haré trizas; cuando hayas pasado por mis manos, no te va a reconocer ni tu madre».

Por fin, los seis enmascarados miraron al suelo y, como si descubrieran que el objeto de sus puntapiés ya no estaba a su alcance y que, por tanto, su presencia allí ya no tenía ningún

sentido, se relajaron y facilitaron a Marcantonio la tarea de echarlos a la calle.

Marcantonio también había permanecido inmóvil durante unos segundos, pero enseguida se distrajo despidiendo a la pandilla de fantoches.

La mujer tatuada, como Eva en el Paraíso, tomó conciencia súbitamente de su desnudez, apartó su mirada envenenada, emitió un *scusi* muy débil y retrocedió por el vestíbulo hasta la escalera y hacia el piso de arriba, donde desapareció.

O Zabala, que no había dicho nada de nada, manifestó una primera intención de echar a correr tras de ella con un inicio de exclamación en los labios, pero se detuvo y me clavó la mirada como si fuera mi presencia, mi pensamiento, el que la frenaba. Y me lo hizo notar con una ojeada, «si no estuvieras aquí», que dejaba claro que yo era un estorbo y que se arrepentía de haberme llevado con ella.

Nos quedamos solos un instante, y yo iba a preguntarle algo que me quemaba en la lengua, pero enseguida se presentó de nuevo un Marcantonio boquiabierto y agitado que disimulaba muy mal su emoción.

Entonces, pude contemplarle mejor. Tenía la mirada enturbiada por el alcohol, labios gruesos, nariz prominente y de categoría, perfil digno de Dante o de Vittorio Gassman; entendí que en algún momento hubiera gustado mucho a las mujeres. Iba vestido de negro, con ropa ajustada que demostraba que a pesar de todo se mantenía en forma, tórax aún prominente, vientre plano, piernas delgadas.

—O —dijo. Me pareció que evitaba detener sus ojos rojos y lacrimosos en mí—. ¿Cómo has llegado…?

—La guía telefónica.

—Te dije…

—Dijiste que me tenías preparada una sorpresa y tus sorpresas nunca me han gustado.

Ya no tenían nada más que decirse. Al menos, mientras yo estuviera allí. Marcantonio me dirigió un suspiro nada acogedor que significaba: «Ahora no podemos hablar de cosas serias», y O Zabala debía de estar de acuerdo porque se inició una conversación que me pareció disparatada.

—¿Ahora te dedicas a vender huesos de santos? —preguntó irónica.

—¿Huesos? —Marcantonio no entendía.

—Estabas a punto de venderle una reliquia a ese pobre hombre.

—¿Una reliquia? —Marcantonio no quería entender. No quería que yo oyera lo que tenía que decir.

—Una clavícula —o jugaba—. ¿Algo de magia, no? ¿Esotérico? Como un amuleto de la buena suerte, supongo. —En lugar de escupirle a la cara que todo aquello era un montaje fraudulento.

—¡La Clavícula de Salomón no es un hueso! —protestó Marcantonio de pronto, como si acabara de comprender lo que le decían. Entraba en el juego—: No creas que hablo de una clavícula de esqueleto, de un hueso del hombro, no, no. *Clavícula* es diminutivo de *clave*, se refiere a una pequeña clave, la clave que todo lo abre, un código para descifrar los secretos más ocultos del universo.

Yo pensaba: «¿Pero qué está diciendo? ¿De qué nos quiere convencer?».

Pasó la mano sobre los hombros de O, muy posesivo, y la hizo pasar hacia el interior del *palazzo*, con la intención evidente de apartarla de mí. Yo no se lo permití, claro. Los seguí de cerca mientras pensaba de qué manera podía intervenir, cómo podía imponer mi presencia.

—Humo —decía O Zabala, sarcástica.

—¡Existe! —insistía Marcantonio, muy convencido—. ¡La Clavícula de Salomón existe! ¡Es verdad! En Venecia todo el mundo lo sabe. Está documentado históricamente. Dos mercaderes venecianos, Bono di Malamocco y Rustico di Torcello, trajeron desde Alejandría el cuerpo del apóstol san Marcos, en el año 828. Como habían robado el cuerpo de un monasterio, para evitar el control de los musulmanes, escondieron al apóstol bajo un cargamento de carne de cerdo y, entre las ropas del santo, viajaba escondida la esmeralda mágica.

Penetraron por un pasillo muy oscuro que desembocaba en la gran sala abigarrada que habíamos visto en la pantalla del televisor de arriba. El círculo de maniquíes enmascarados, algunos de ellos caídos. Los murales del Bosco. La mesa del lienzo negro con los dos libros antiguos. Ahora podía ver, además, otros detalles que la

cámara no había captado. Objetos que parecían de oro distribuidos por toda la estancia: cálices, custodias, una casulla de lujo, candelabros y más elementos del culto católico, probablemente para poder ser profanados cuando conviniese. Y un chivo disecado, un poco grotesco, mal cosido y arratonado, en un rincón.

—¿Una esmeralda? —preguntaba O, tolerante y socarrona, como si su acompañante fuera un niño ingenuo que le hablara de sus juegos preferidos.

—Se sabe que la clavícula, esa pequeña clave, está grabada con signos cabalísticos en una esmeralda. No te rías. No me lo invento. He estado estudiando el tema…

—Oh, sí. Siempre has sido un profesional muy consciente y minucioso.

—… He encontrado cientos de referencias a la Clavícula de Salomón, ¡centenares! He consultado el Diccionario de las Ciencias Ocultas y la Historia de la Magia, y el Nomenclátor de Brujería, y la Bibliografía Esotérica, y todos ellos hablan de la Clavícula de Salomón. La Clavícula es el código secreto, derivado de la Cábala y la descomposición de los setenta y dos nombres explicativos del nombre de Jehová, que nos ayuda a comprender y dominar las fuerzas de la naturaleza. ¡De ella derivan los treinta y seis talismanes! Vehuiah, Chalamiah, Jeliel, Mahasiah, etcétera. ¡El secreto de la Esfinge, el secreto de la Edipo, todo, todo, todo!

O Zabala cabeceaba y miraba a su alrededor.

—Humo —repitió.

Marcantonio se excitaba. Gesticulaba con los brazos tan largos, dispuesto a vendernos todos los grimorios del mundo a buen precio.

—Es la clave que nos ayudaría a descifrar una serie de fórmulas que, según unos, servirían para encontrar el tesoro de Salomón y la reina de Saba y, según otros, daría poder para invocar a los espíritus, hablar con ellos y hacerse obedecer por las fuerzas de la naturaleza. ¿Cómo te lo explicaría?

—No hace falta que me lo expliques…

—¡Sí que hace falta, sí que hace falta! Para que lo entiendas, no es exactamente así pero, para que lo entiendas, imagínate una palabra de diez letras en que ninguna se repite, como por ejemplo… *anticuerpo*, que además es pentavocálica…

—¡Caramba, te sabes una palabra pentavocálica en castellano!

¿Estás perfeccionando idiomas?

—La busqué para explicarle esto mismo a Paco Batalla. Pues, como te decía, imagínate la palabra *anticuerpo*. Imagínate que a cada letra le otorgamos un número, del uno al cero. La «a» es el uno, la «n» el dos, la «t» el tres, la «i» es el cuatro… A partir de ahí, todas las fórmulas numéricas que nos explican el universo podrían reflejarse en palabras que transmitirían mensajes secretos. El número pi, por ejemplo, sería la palabra *taiau*. ¿Lo entiendes? El mundo está lleno de grimorios o libros de fórmulas que te revelan los secretos más profundos de la naturaleza. El Pequeño Alberto, el Libro de Abra-Melin el Mago, el Líber Juratis de Honorio III, el Poule Noir, el Lemegeton… Son libros de magia a los que siempre se ha atribuido grandes poderes pero que nadie ha podido entender nunca. Falta la clave para descifrarlos. ¡La Clavícula! *¡«Anticuerpo»!* Por ejemplo. Si conoces la palabra *anticuerpo* sabrás que «taiau» es 3,1416, ¿lo entiendes? A partir de este principio, todas las palabras extrañas que se encuentran en los libros de brujería adquirirían un sentido, ¿a que sí? Eso es la Clavícula de Salomón, la piedra filosofal, ¡la clave que te abre todas las puertas!

—Marcantonio…

—¡No, no, espera! Históricamente, se tiene noticia de ella cuando el papa Honorio III, en el siglo XIII, redactó una serie de fórmulas mágicas, que denominó Clavícula de Salomón, y cuando los papas León III y Juan XXIII rechazaron esos escritos tildándolos de herejes y diabólicos, símbolo de brujería.

—Y, casualmente, tú tienes esa maravilla.

—No, ¡no la tengo yo! No la tiene nadie, que se sepa. En el año 904, cuentan que un hombre llamado Saúd Khalula, de Palermo, robó la Clavícula de la catedral y la escondió en algún lugar de la ciudad, entre la Madonna
dell'Orto
y San Marziale.

—Entonces, ¿qué querías venderle a ese pobre hombre? ¿El carnet de socio de la, como se llama, Hermandad de Gli Scelti?

—¡Gli Scelti también existe! Es una secta que deriva directamente de los Iluminados de Baviera y que arraigó en Venecia… ¡No te extrañe!

El hombre de negro esquivaba mi mirada, para ignorarme, pero

yo estaba, allí, estaba y estorbaba, y era el principal culpable de aquella comedia artificial. Pero O no me presentaba. A O no le daba la gana de presentarme.

—Marcantonio: no pongo en duda que todo eso exista, tanto la Clavícula como la hermandad. Lo que digo es que tú no tienes nada que ver con ello y que a ese hombre le estabas vendiendo humo. O, si no, ¿qué hacía el altavoz dentro del maniquí y toda esa parafernalia que has montado?

Marcantonio me miraba y me miraba, y por fin se rió y cabeceó para hacerse perdonar.

—Bueno, quizá tengas un poco de razón. Todo lo que te cuento es verdad y también es verdad que añado un poco de fantasía, y esta fantasía es la que me da de comer. Pero es lo que hacen los escritores, ¿no? Mezclan realidad y ficción. O los actores. O los pintores…

—Ah, eres un artista —descubrió O, siempre escéptica.

—¿Cómo me definirías, si no? —la desafió Marcantonio. O abrió la boca y él le salió al paso—: ¡Sin utilizar palabras gruesas!

O Zabala suspiró y se permitió la primera sonrisa. Marcantonio Gardona lo interpretó a su manera y, reclamando clemencia, fue a buscar el abrazo. Entonces, O Zabala le rehuyó con un gesto breve pero brusco y contundente, y me miró para demostrarme que su sonrisa ya no estaba ahí.

Se había terminado el juego.

Y yo sobraba.

Había llegado el momento de hablar claro y, por tanto, yo estaba de más.

—Óscar… —empezó.

No hacía falta que dijera nada más. Me sentí humillado como el niño que no entiende las indirectas y al que, en un momento dado, hay que enviar a dormir explícitamente para que los adultos puedan hablar de sus cosas.

Disimulé el suspiro con un rictus.

—Sí, entiendo. Tenéis muchas cosas que contaros —dije.

Retrocedí, busqué la puerta a tientas. Quería volver a ver a la mujer tatuada, pero al mismo tiempo me daba miedo encontrármela, de manera que salí del *palazzo* un poco precipitadamente y mirando atrás.

Una vez en la calle, me sentí muy solo. Y la primera palabra que me vino a la cabeza fue «Lola».

—Lola.

Tuve la sensación de que la piel se me caía al suelo y en su lugar quedaba una epidermis mucho más sensible. «Lola».

Fa si re fa sol fa…
Whatever Lola wants…

Lola Volkovich, conocida en la cárcel como Volko o como Yakuza.

Ahora entendía por qué la llamaban Yakuza.

10

INDISCRECIONES

No me costó mucho volver a la pensión. Habíamos tomado el *vaporetto* número 41 y supuse que él mismo me llevaría al punto de partida, aquel puente delle Guglie adornado con dos obeliscos. Y recordaba el nombre de la calle porque se llamaba Priuli y a mí me sonaba a pirulí.

Trataba de evadirme de los pensamientos funestos concentrándome en el placer de viajar en un autobús que surcaba las olas o tratando de admirar aquellos edificios antiguos que parecían surgir del agua, pero no lo conseguía.

Cuando caminas por las calles desconocidas de una ciudad desconocida, la noche parece ominosa y definitiva y te acosa y juega a asustarte con no sé qué indefinidas amenazas.

La llave de la pensión era enorme, de la medida y el peso de una navaja suiza. El interior era abominable. Me encontraba en una situación tan tópica, tan gótica, tan Jonathan Harker en el castillo de Drácula y todas las secuelas y malas copias siguientes, que me daban ganas de reír. Me salía una risa nerviosa, aguda y teñida de miedo, pero resultaba difícil tomarse en serio aquella clase de miedo.

Jordi Cerdaña no estaba en el cuarto. Imaginé que estaría con Pepín y Ovidi y las gemelas.

Me eché vestido sobre el catre estrecho que me correspondía, sobre un cubrecama rebozado de ácaros. No había candelabros ni

velas, sólo una bombilla eléctrica, pero tan amarilla y tan débil y daba tan poca luz, que la atmósfera resultaba siniestra como la representación de la escena del fantasma de Hamlet.

Busqué el sueño sumergiéndome en mi novela policíaca de cabecera. Había olvidado absolutamente el argumento y todo lo que había leído pero el título, que no era exactamente *Éxito de ventas 500 000 ejemplares vendidos*, me recordó que trataba de corrupción política… Ah, sí, prostituta asesinada, desgraciado cabeza de turco, prócer implicado, manipulación política, prevaricación, injusticia social. Bueno, el autor aún no había hablado del político importante pero pronto llegaría, estaba seguro de que enseguida entraría en escena.

Guardé el libro antes de que entrase y, por fin, me dormí.

Porque al final siempre nos dormimos, aunque parezca imposible. Prisioneros del insomnio, tratamos de distraernos pensando en esto o aquello, y poco a poco los pensamientos se van volviendo absurdos y dejan de ser pensamientos para ser hechos. De pronto ya no estamos pensando, sino que estamos actuando de una manera absurda. Interponiéndonos entre O y Marcantonio. Hablando con mujeres tatuadas de pies a cabeza. Estamos en una cárcel donde nos obligan a desfilar desnudos, en pelota viva, ante grotescos personajes de feria, todos enmascarados. La mujer gorda, la mujer barbuda, las siamesas, la mujer tatuada, y resulta que los fenómenos somos nosotros, y no ellas, que por cierto son todas del sexo femenino. Tratamos de huir de aquel castigo protestando que nosotros no hemos sido, no hemos sido, sea lo que sea no lo hemos hecho nosotros, y entonces tomamos conciencia de que todo eso no es verdad, que no son hechos ni pensamientos, sino que es un sueño y, precisamente cuando queremos celebrar que hemos logrado dormir, puesto que si es un sueño significa que estamos durmiendo, es entonces cuando nos despertamos.

Abrí los ojos a una oscuridad abrumadora. Estaba tan oscuro que las manecillas fosforescentes del reloj no existían. Tuve que encender la luz amarillenta para enterarme de que eran casi las once de la mañana del domingo.

Salté de la cama y salí al pasillo. Allí también estaba oscuro pero del fondo llegaba un atisbo de luz de día, junto con un aroma de café muy prometedor. Di por supuesto que alguna de las puertas del

corredor correspondía a un cuarto de baño y la busqué a ciegas. La encontré a la segunda. Había sido renovada en los años sesenta y desde entonces muy maltratada. Pero me permitió mear, y enjuagarme la cara con agua fría para quitarme el sueño de los párpados.

Me vestí y bajé para encontrar a mi querida pandilla, en la compañía de las dos mellizas, todos muy felices y risueños, en una cocina modesta, alrededor de una mesa cubierta con un hule pegajoso y llena de comida. Aparte de la cafetera y la jarra de leche humeante, había pan, embutidos, bollería casera y bollería industrial de multinacional envueltas en celofán, mermeladas, miel, un bote de mostaza francesa y cereales.

De la mujer siniestra que nos había recibido, ni rastro.

Pepín, Ovidi y Jordi interrumpieron la conversación que mantenían con las gemelas y se volvieron hacia mí para celebrar mi llegada con exclamaciones festivas de «ya era hora», e incluso silbidos y aplausos.

—¡Ya era hora!

—¡Dormilón!

Pero no vi a O.

—¿YO?

—Tú sabrás —dijo Pepín con mala intención—. No ha dormido en su habitación.

—¿Ah, no?

—¿No estaba contigo?

—¡No! —exclamé.

«¡Qué cosas tienes!».

—Pues no sabemos nada.

—¿Qué hicisteis anoche?

—¿Dónde fuisteis?

—¿Dónde os metisteis?

—Seguro que os metisteis en una de esas aventuras que tanto os gustan.

—¿Qué pasó anoche?

Insistieron en que les contara mis aventuras por Venecia. Querían deslumbrar a las mellizas, que me miraban con manifiesta curiosidad. Adiviné que la noche anterior habrían estado hablando mucho de mí, de los asesinatos de Barcelona y de mi

enfrentamiento con narcotraficantes en Asturias.

—Venga, explícate, ¿qué ha pasado? ¿En qué te has metido ahora?

¿De qué sirve vivir aventuras si después no las puedes contar? El único motivo que tenía para no divulgar el episodio de la noche anterior era la amistad que unía a O Zabala con la pareja de estafadores, pero yo estaba enfadado con O y no consideraba que le debiera nada, en lo que se refería a aquel caso. De manera que, mientras comía pan con embutido, y después bollos con café con leche, lo solté todo. Bueno, no todo. No hablé de Marcantonio ni de Paco Batalla, ni dije qué nos había llevado a aquella casa. El resultado, pues, fue que O y yo nos habíamos metido en un *palazzo* porque sí, sólo porque habíamos visto a una pandilla de enmascarados esperando en la calle y eso hizo la narración mucho más increíble de lo que ya era. Les hizo gracia lo de la Clavícula de Salomón…

—¿La qué de quién?

Les conté qué era la Clavícula de Salomón, y les revelé la existencia de una secta perversa llamada la Hermandad de Gli Scelti fra Scelti.

—¡Corcho! ¡La conspiración!

—¡Conspiranoia!

Se partían de risa, aullaron de manera casi histérica cuando llegamos al episodio del maniquí disfrazado de María Antonieta que hablaba al oído del *julai* y las consecuencias que tuvo todo ello.

—¡No, hombre, no! —decían.

—¡Eso es una leyenda urbana!

—¡Pero de las mejores que he oído!

Se rieron mucho, se lo tomaron a broma, hicieron muchas preguntas, pero no se creyeron ni una palabra de mi relato.

—Estás como una cabra, Óscar.

—Venga, venga, que ya no sabes qué decir para mantener tu fama de hombre de acción.

No hice ningún esfuerzo para que me creyeran.

Tomamos los instrumentos porque en el local nos esperaban para hacer pruebas de luces y sonido.

Por el camino, traté de localizar a O Zabala, pero no respondió al teléfono.

Pepín Orango se me acercó, travieso.

—Óscar, esta noche contamos contigo. Estas gemelas son explosivas y te quieren conocer.

—¿Son explosivas, Jordi? —me quise asegurar con el más tímido del grupo.

Jordi Cerdaña se puso colorado como un semáforo y resopló:

—Huy, sí, sí.

En la calle Rio Terra di Barba Fruttarol, que, a pesar de llamarse río, no llevaba agua, debajo de un farol antiguo que algún día funcionó con gas, estaba la pequeña puerta de un local llamado Cipango.

Tuvimos que agachar la cabeza y subimos seis o siete escalones. Me parece que en todos los locales adonde he ido a tocar me han obligado a agachar la cabeza y a subir o bajar escalones, no sé si eso tiene algún significado oculto.

Era un lugar extraño, con decoración japonesa a base de farolillos de papel, tapices rojos y dragones dorados, como si aprovecharan las dependencias de un antiguo restaurante chino estándar sin cambiar nada.

Allí nos estaba esperando un grupo de aficionados. O Zabala y la mujer tatuada con sus ojos agresivos. Y Paco Batalla apoyado en el mostrador. Y vi también al bobo llamado Franco, que parecía tan postizo y autista como el día anterior.

La mirada de O se deslizó por encima de mí como si yo fuera transparente.

—Venga, chicos, que tenemos que ensayar —dijo.

Dio media vuelta y se dirigió al escenario.

La mujer tatuada, hoy vestida con un traje rojo, cerrado en el cuello y largo hasta los tobillos, como a juego con el local, fue a sentarse a una mesa de un extremo.

Ovidi se acercó a Paco Batalla y le dio una palmada amistosa en el brazo.

—Tienes mala cara —le comentó, jovial—. ¿Qué hiciste anoche?

Paco Batalla movió la cabeza en sentido negativo, mostrando un absoluto abatimiento.

—No me hables —comentó—. Viví una experiencia…

Pepín venía detrás en plan de broma. No previne el desastre ni estuve a tiempo de impedirlo:

—¿Te habló al oído un maniquí vestido de María Antonieta…? —comentó el contrabajo.

Sólo era una broma. Un guiño dedicado a mí, a nosotros, como diciendo que podrían haberle sucedido cosas peores de lo que podía imaginar.

Paco Batalla reaccionó como si lo acabaran de marcar con un hierro al rojo. Se le desorbitaron los ojos, se le encendió la cara y se abalanzó sobre Pepín hecho una furia. Lo agarró de la camisa, lo levantó del suelo y lo empujó contra la pared con un trompazo terrible.

—¿Por qué has dicho eso? ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo lo sabías? ¿Quién te lo ha dicho?

Mi mirada se encontró con la mirada estrábica de Pepín Orango y le dijo que se jugaba la vida si me señalaba. «¡Ni una palabra!». Y fui muy convincente porque Pepín barbotó:

—¡Yo qué sé por qué lo he dicho! ¡Es lo primero que me ha pasado por la cabeza! ¡Como podría haber hablado de sirenas voladoras, las zapatillas de Buda, la bufanda submarina, los representantes sindicales…!

—¿En serio? —dijo Paco Batalla, asombrado.

—En serio.

—¿Has dicho lo primero que te ha pasado por la cabeza?

—¡Lo primero que me ha pasado por la cabeza!

—Oh, Dios mío.

El dueño del local, entonces, comprendió. Se relajó de golpe, como si le abandonaran las fuerzas. Depositó a Pepín de nuevo en el suelo, disculpándose, «perdona, perdona, estoy fuera de mí, no sé qué me ha pasado, hoy estoy estresado, no soy yo» y, a continuación, se palpó el cuerpo, el pecho, la cintura, la cabeza, y empezó a hablar solo:

—Lo llevo dentro de mí. ¡Se metieron dentro de mí! Estoy poseído…

Muy avergonzado, echó una ojeada alrededor, buscó el móvil y corrió hacia un rincón del local, junto a los servicios, para hacer una llamada.

Pepín Orango, Ovidi Aliaga, Jordi Cerdaña y las mellizas se miraban maravillados, y me contemplaban con admiración desmesurada. Sin emitir ningún sonido, movían los labios para

comunicarse mutuamente que era verdad, ¡que era verdad lo que yo les había contado! Y, además, la víctima de la estafa era Paco Batalla, y aquello explicaba que O y yo nos hubiésemos metido en aquel *palazzo* de Murano y lo hacía todo verosímil y verídico.

—¡Lo que nos ha contado Óscar es verdad de la buena! Ya os dije que este tío era un crac, chicas. ¿Os lo dije o no os lo dije?

Como Paco Batalla se volvió de espaldas buscando privacidad, yo pude colarme hacia el pasillo de los servicios y allí, pegado a la pared, escuché lo que decía. Enseguida adiviné con quién hablaba.

—¡Escúchame, escúchame bien! ¡Soy uno de Gli Scelti! Ya pertenezco a ellos. ¡Estoy poseído! Ayer, aquella voz entró por mis oídos y se me instaló dentro. Ahora, tengo telepatía y todo el mundo puede captar mis pensamientos. ¡Tengo poderes, tienes que creerme! ¡Tengo poderes! ¡Emito señales! ¡Emano ciencia infusa! No estoy delirando, y tú mejor que nadie deberías saberlo. Ya te lo contaré. Escúchame, escúchame bien. He decidido hacer una cosa: cambiaré mi testamento, pondré a Gli Scelti como herederos únicos de toda mi fortuna, quiero que sepan que soy suyo en cuerpo y alma. Si no puedo poner a Gli Scelti, te pondré a ti como su representante. Y quiero que tengas firma en todas mis cuentas corrientes, que tú y los otros hermanos en la sombra podáis disponer de todo lo que es mío, como muestra de buena voluntad —Marcantonio se negaba—. ¡Sí, sí, sí, no hay discusión posible! Lo he estado pensando toda la noche y ahora, después de lo que acaba de sucederme, está decidido. Después de lo que viví ayer, mi vida debe dar un giro de trescientos sesenta grados… Bueno, pues de ciento ochenta, los que sean. Ha dado un vuelco. ¡Soy otro hombre! Me cambiaré el nombre y todo…

—¡Óscar! —me llamaron desde el escenario—. ¿Vienes a ensayar o no?

Dejé atrás al dueño del establecimiento, con sus temblores y angustias, y me incorporé a la banda.

—Vamos con *What ever Lola wants* —dijo O Zabala.

Un, dos, un-dos-tres y…

Whatever Lola wants, Lola gets.

Los ojos verdes clavados en mí.

11

WHAT EVER LOLA WANTS, LOLA GETS

Un, dos, un-dos-tres y…

Una breve introducción y la voz coqueta y suave, incontestable y contundente de O que dice que cualquier cosa que Lola quiere, Lola lo logra, y añade que no debes lamentarlo, ni debes resistirte porque no tienes ninguna oportunidad de ganar. *What ever Lola wants, Lola gets, and little man, little Lola wants you*, y el saxo y la batería subrayan con énfasis la afirmación, para dejar claro que, después de eso, punto final, no hay nada más que decir.

Siempre, siempre, de manera inexorable, llega aquel momento en que se ha terminado la broma y tenemos que ponernos serios.

Cuando estábamos decidiendo los temas que llevaríamos a Venecia, por ejemplo. Nos reímos mucho con la cuestión de Cole Porter, que nos llevó incluso a discutir sobre el sentido del *blues* y por qué y cómo decidimos los músicos versionar unos temas concretos y no otros. Todo estaba resultando muy positivo y muy inocente, y a veces me temo que a O Zabala no le gustan las cosas positivas ni inocentes. Necesita revulsivos en su vida.

Pensé en ello cuando puso aquellas partituras sobre el piano y nos hizo escuchar el tema que nos proponía.

—Quiero que adaptemos este tema.

No nos lo proponía. Nos lo imponía.

Enseguida reconocí las primeras notas.

Fa si re fa sol fa / mi fa mi / mi re do si re do si…

What ever Lola wants /Lola gets…

Cuando lo ensayábamos en el invernadero de la mansión de Ovidi, me habría gustado pensar que ella se identificaba con la Lola de la canción y que tal vez me estaba diciendo algo como «Aún no has caído, pero ya caerás ya, porque lo que O Zabala se propone, O Zabala lo obtiene, y no hace falta que te resistas porque no conseguirás librarte de ella».

Pero no era así.

Aquélla era la melodía que O tecleaba inconscientemente mientras me contaba la aventura del acantilado de Tánger. Me figuré que era un tema que habían escuchado juntas, Lola y ella, mucho tiempo atrás, acaso en la cárcel, mira qué dice, que lo que quiere Lola, Lola lo consigue tanto si quieres como si no. Como tú, Lola, como tú. Quizá fuera una buena manera de definir a Lola Volko. Yo no tenía nada que ver con aquel tema. Era un vínculo entre amigas íntimas, un símbolo de su relación.

Y lo entendí más que nunca aquel día, durante el ensayo, en el Cipango, en presencia de los ojos verdes de aquella mujer que, instalada en la tercera fila, no me perdían de vista. Ojos enormes bajo un flequillo negro, inscritos en un rostro redondo de labios prietos. La mirada más bonita, hipnótica y penetrante que nunca he visto. Ojos salvajes que me odiaban como nunca nadie me había odiado hasta aquel momento. Aquélla era sin duda la Lola que siempre se salía con la suya, que lograba lo que quería venciendo todo tipo de obstáculos.

Aquel tema tenía un significado muy profundo para O. Quizá sea la canción que le he oído cantar con más sentimiento.

Cualquier cosa que Lola quiere lo acaba teniendo, *What ever Lola wants, Lola gets…*

Cuando veía cómo cerraba los ojos, dejándose arrastrar por la melodía, sabía que estaba volviendo a aquella noche de la transacción a la luz de la hoguera, el paquete de *hash*, el maletín con 50 000 euros, el tiroteo, y veía caer al magrebí adolescente e insolente que se hacía llamar el Pequeño, y veía caer entre las llamas a su amiga del alma, Lola, Lola Volko, Lola Yakuza.

You're no exception to the rule, irresistible, you fool, give in! l'm

y yo entraba con el saxo, con fuerza, para darle toda la razón. *Give*

in, give in, give in, y final.

Al acabar el ensayo, comprobé que O me rehuía.

Normalmente, me habría dedicado unas palabras, nos habría dedicado unas palabras, a mí y al resto del grupo. Aquella tarde, sin embargo, se dirigió hacia donde esperaba Paco Batalla con el contrato y se comportó como si fuera una gran estrella y nosotros unos meros comparsas de su vida, perfectamente intercambiables.

Leyó el contrato en silencio, dijo que le parecía bien y nos informó de que estaba bien, que firmaba, cien euros al día cada uno, estancia y viajes pagados, hasta el sábado siguiente cuando recibiríamos el total, regresaríamos a Barcelona el domingo por la mañana, y la mirada entre severa e indiferente que paseó por nuestros rostros era como un desafío provocador, donde sólo faltaba un «Porque lo digo yo, ¿pasa algo?». Se lo toleramos con gesto de asentimiento, pero yo me prometí que tenía que pedirle explicaciones por aquella bravata.

No tuve ocasión. Aún no había despegado la punta del bolígrafo del documento que ya se estaba volviendo hacia la mujer tatuada, que bebía pacientemente en un rincón.

Tuve que perseguirla.

—O.

Me miró con una sonrisa de cortesía que, entre nosotros, era casi insultante. Se la habría borrado de una bofetada.

—¿Dónde vas? —pregunté alegremente, como si no me percatara de nada—. ¿No podemos hablar un momento? ¿Dónde te metiste ayer?

—Déjame con mis amigos —dijo en voz baja, de espaldas a la amiga, de manera que no la oyera—. No te acerques. No te metas. Todo esto es muy complicado.

Prescindí de la sonrisa.

—¿Para qué te necesitaban?

—No te lo puedo decir.

—No fastidies.

Era el pasado que volvía, como un fantasma, para llevársela de nuevo. El tío Reyes le había dicho «Éste no es tu negocio, O, éste no es tu mundo», pero ahora aquel mundo volvía para reclamarla. Y ella no se podía resistir.

—Ya te lo contaré un día —dijo.

La mujer tatuada se había levantado de la silla, impaciente, y venía hacia nosotros.

—Es Lola, ¿verdad? —me quise asegurar.

—Se llama Greta.

—Es Lola —afirmé—. Lola Volko.

Llegó hasta nosotros, puso una mano sobre el hombro de O y me miró de arriba abajo. Una ojeada afilada como una hoja de afeitar que me cortó el tórax y me arrancó el corazón, los pulmones, el estómago, los intestinos.

—Me gusta mucho cómo tocas el saxo, ¿sabes? —tenía doble acento, como una alemana que hubiese aprendido el castellano en Argentina.

—Gracias —repliqué.

Di media vuelta y emprendí una huida vergonzosa.

—Ya nos veremos esta noche —dijo O.

Casi no la oí. La furia me ponía un zumbido ensordecedor en los oídos. No entendía lo que le estaba pasando a O, y no me resignaba a quedarme al margen. No podía quedarme impasible mientras O era abducida por aquella historia antigua que la alejaba de mí.

Aquella historia de estafadores, de traiciones, de mentiras, de muertes, de perdón de los pecados y resurrección de la carne no podía ser buena de ninguna de las maneras para nadie. Era el infierno de donde yo debía rescatar a O. Orfeo con su instrumento musical, dispuesto a sacar a su Eurídice del último rincón del Hades.

Me cargué el saxo a la espalda y, sin despedirme de nadie, sin nada más en la cabeza, salí a la calle.

Cuando pasaba junto a Pepín Orango, oí que decía, muy excitado:

—¡Eh, Óscar! ¡Era verdad lo que nos contabas! ¡Era verdad!

O y la mujer tatuada se alejaban de mí, calle allá, perdiéndose entre la aglomeración turística.

Las seguí.

Quería saber dónde iban, qué pensaban hacer, qué pretendían.

Para impedirlo.

Fuera lo que fuera, pensaba impedirlo.

12

ASSO DI PICCHE

Me extrañó que se separaran.

Pensaba que iban muy decididas a hacer algo juntas, y yo quería descubrir qué era lo que preparaban, pero lo cierto es que no mostraron ninguna señal de unión o afecto entre ellas mientras recorrían aquellas callejas medievales, estrechas, cargadas de historia, de historias y de fantasmas. Era un viaje en el tiempo a una ciudad tan imposible como un decorado teatral. Pero no pude disfrutar mucho del paisaje porque las dos mujeres avanzaban deprisa, sin detenerse delante de ninguna tienda ni monumento, sin permitir que una charla intrascendente retrasara su marcha decidida. Y, al llegar a una plaza donde había puestos de libros de segunda mano, entendí que O comunicaba a la mujer tatuada que allí se bifurcaban sus caminos y que ella debía ir en determinada dirección, y sola.

Intercambiaron unas palabras y O se metió por una calle cubierta, una especie de túnel. La mujer tatuada, Lola, Greta, como se quisiera llamar, permaneció quieta unos momentos, viendo cómo se alejaba, quizá tentada de seguirla. Finalmente, se metió por otra calle más ancha.

Yo, que había aminorado el paso para no tropezarme con ella, eché a correr y me metí por el túnel que había engullido a mi pianista. Me abrí paso entre turistas distraídos y desemboqué en una plazuela a tiempo de ver cómo O preguntaba una dirección a

alguien mostrándole un papel doblado. Ese alguien le indicó lo que tenía que hacer para llegar, y ella continuó caminando, y yo detrás.

Con tanta precipitación y la atención fija en la espalda de O Zabala, apenas tuve tiempo de olisquear la atmósfera especial de una ciudad que, de momento, sólo me ofrecía de vez en cuando la curiosidad de puentes para cruzar canales por donde circulaban góndolas.

Por fin, en una calle un poco más ancha que las otras, que parecía restaurada hacía poco, O Zabala se metió en un bar.

Yo le di ventaja, para que se acomodara y para que empezase a hacer aquello que tenía que hacer. En realidad, dejé de caminar para recuperar el aliento y para preguntarme si estaba seguro de que quería entrar allí y sorprenderla con las manos en la masa y sentarme a hablar con ella para que me contara qué estaba pasando, qué tramaba. Me dije que sí, que estaba muy seguro y volví a ponerme en movimiento para entrar en el local que O había elegido.

Se llamaba Asso di Picche y se anunciaba, con el dibujo de un as de picas, como bar musical donde actuaba cada noche alguien llamado Freddo Bombardone y su orquesta.

Entré.

En sus inicios, había querido ser un *pub* inglés de Guiness y dardos pero, con el tiempo, se había ido convirtiendo en un templo dedicado a la veneración del mítico Fred Buscaglione. Por todas partes había fotografías de este cantante con pretensiones de *gangster* norteamericano, bigotito años cincuenta, cabellos planchados con brillantina, americana cruzada, jerséis de cuello alto, un turinés que murió a los 39 años en un accidente de coche y que cantaba canciones canallas, influenciado por ídolos americanos como Louie Prima, un poco a la manera de Renato Carosone. Habíamos estado a punto de incorporar una de sus piezas al repertorio, aquella que dice *Teresa, ti prego, no scherzare col fucile*, o algo parecido.

En ese momento, la megafonía del establecimiento difundía la voz del italiano insolente que cantaba con mucho *swing* un tema titulado *Che notte* y que hablaba del tipo duro que iba al Roxy Bar para reunirse con aquella rubia, toda curvas, amiguita del capo de la mafia Billy Carr. En medio de la niebla *(Che nebbia, che nebbia*

quella notte), después de despistar a tres coches de policía, nuestro Casanova se encontraba con la pandilla de matones de Billy Carr. Pobre hombre.

> *… Ma dalla nebbia ne spuntano altri sei:*
> *Buck la Pasta, Jack Bidone coi fratelli Bolívar*
> *mentre, sotto ad un lampione,*
> *se la spassa Billy Carr.*

Aunque en aquellos momentos no actuaba nadie y en el rincón del fondo sólo había una batería testimonial, el *pub* estaba lleno de gente muy animada. Supuse que el llamado Freddo Bombardone debía de ser un imitador de Buscaglione.

Me quedé en el mostrador que había a la entrada. Al fondo, el espacio se ensanchaba y se veían unas cuantas mesas ocupadas. En una de ellas, reconocí la espalda de O que hablaba con un individuo muy serio.

No me gustó nada el individuo. Tenía los labios gruesos y los ojos grandes y prominentes, adormilados, que miraban y no veían. Vestía traje de marca, muy elegante, muy italiano, con camisa blanca cerrada en el cuello y sin corbata, y su actitud de indiferencia eterna y cósmica me gustó tan poco que, antes de abordar a O, decidí que esperaría a que hubiesen terminado la entrevista.

De momento, mi principal objetivo era pasar desapercibido.

El camarero escondió el cigarrillo debajo del mostrador en cuanto me vio entrar y me recibió frunciendo unas cejas muy gruesas, como si se preguntara por qué me dirigía a él si no habíamos sido presentados. Le sorprendí al pedirle un agua mineral y, con un lento movimiento de cabeza, tuvo que aceptar a regañadientes que en eso sí podía complacerme.

En el otro extremo del mostrador había dos hombres de aspecto inquietante, que irradiaban hostilidad y brutalidad, y que enseguida parecieron muy interesados por mí.

Del bolsillo de la funda del saxo, saqué el libro de cabecera y reanudé la lectura sin mucho entusiasmo, sólo para hacerme invisible.

El comisario protagonista, por fin, había detenido a un pobre

desgraciado que parecía el asesino de la prostituta. Como los demás personajes de la novela, el sospechoso era un pobre desgraciado normal, un viejo conocido de tantas y tantas novelas ya leídas, como un actor secundario de los que no podían faltar en las películas antiguas. Todas las pruebas le acusaban, pero el autor sólo conseguía engañar a los policías y a la opinión pública de su relato. Yo todavía esperaba la aparición del culpable de verdad: el político todopoderoso.

Los dos hombres inquietantes hablaban entre ellos y hacían señales al camarero para que se les acercara.

Yo iba leyendo como si no me percatase. Que no me vean, que no me vean. Que no me miren, que no me miren.

Y en éstas, el político todopoderoso hacía acto de presencia en el capítulo tercero. Era el que iba a felicitar al comisario por la brillante detención del cabeza de turco. Enseguida organizaba una rueda de prensa y pedía una medalla para el comisario. Éste, sin embargo, muy sagaz, sospechaba. Le decía a su ayudante:

—No me gusta el comportamiento de ese político. ¿Por qué tanta prisa por cerrar el caso? ¿Por qué tanta prisa por convocar a la prensa? ¿Por qué la medalla?

O Zabala continuaba hablando con el individuo de la mirada muerta.

¿Cuántas veces había leído la misma línea?

El hombre que tenía a mi derecha me tocó el brazo. Pegué un brinco y estuve a punto de exhalar un chillido. Era un hombre mayor, desaliñado, despeinado, llevaba gafas y estaba borracho.

—¿La conoces? —me preguntó en italiano, algo parecido a *La conosci?*

—No —dije, y enseguida, en mi limitado italiano—: ¿a quién te refieres?

—A esa mujer que no dejas de mirar desde que te has sentado. ¿Quién es?

—No lo sé. ¿Pero quién es el hombre con quien habla?

—¿Qué quiere?

No entendí bien si preguntaba qué quería O de aquel hombre o qué quería yo, pero contesté:

—No lo sé.

—Vamos. Tú me dices qué quiere la mujer y yo te digo quién es

el hombre.

—No la conozco —dije un poco violento. Quería pasar inadvertido y ya tenía sobre mí la atención de los dos gorilas del mostrador y de un borracho impertinente—. En realidad, ya me iba. ¿Quiere cobrarme esto, *prego*?

El borracho me clavó los dedos en el antebrazo para inmovilizarme.

—Espera. Tranquilo. El hombre es Beppe Cerbone. Uno de los capos de la Sacra Corona Unita, la mafia de la región de Apulia. Ya sabes. Tráfico de drogas, tráfico de niños, tráfico de mujeres, tráfico de todo. Ahora, está introduciendo aquí, en Venecia,
MDMA
en supositorios —por si no le había entendido—: Éxtasis —y ya, para remachar el clavo, haciéndose el interesante—: Metilenedioxiamfetamina.

—Ah —tragué saliva—. Bueno, yo ya me iba. ¿Quiere cobrarme, por favor?

O Zabala hablando con un traficante de drogas. Ya estábamos otra vez. Se repetía la historia de Tánger y el Pequeño.

—¿Y ella quién es?

El borracho me retenía con fuerza.

—Nadie. Una pianista y cantante —me pareció que la profesión musical debía alejar sospechas.

No alejó nada. Al contrario, el borracho de las gafas pareció hondamente afectado:

—¿Pianista? ¿Cantante? ¡Oh, Dios mío! —exclamó, como si yo acabara de sacar una pistola y le estuviera apuntando a la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Oh, Dios mío —insistía él—. Pianista y cantante. Oh, no.

—¿Pero qué pasa?

13

FREDDO BOMBARDONE Y LA BAMBOLA

Recuerdo que, en aquel momento, los coros de Fred Buscaglione cantaban *Voglio scoprir la America* por la megafonía.

Voglio scoprir I'America / New York e il Dixieland / la bomba che si mastica…

Supongo que yo me había puesto tan pálido como el borracho, porque de pronto dedicó todos sus esfuerzos a crear una atmósfera de calma, paz y normalidad, como debe hacerse con las víctimas de un infarto.

—No, no te asustes. No te muevas. No debes tener miedo de mí. Soy periodista. Lo sé todo. Estoy aquí para captar noticias. ¿Todo eso de tu amiga tiene algo que ver con la Bambola?

—¿Con quién? —pregunté con un hilo de voz.

El periodista no necesitaba mi respuesta. Lo sabía todo.

—Pues claro —dijo para sí mismo—. ¿Con quién, si no? Quiere que tú ocupes su lugar, ¿verdad?

—¿Qué lugar? ¿Quién lo quiere?

—El de la Bambola, su amiga. Beppe Cerbone *si sbarazzó de la Bambola* y tú debes ocupar su lugar, eso es evidente. ¿Pero tu amiga, la cantante…?

—¿Beppe Cerbone qué?

—*Si sbarazzó…*

Justo lo que yo me temía. Dijo *sbarazzó* en italiano, pero lo entendí perfectamente. *Sbarazzarsi* se asemejaba a desembarazarse.

Aquel individuo se había «desembarazado» de la Bambola.

—No, no —probé a negar la realidad, no quería quedarme allí ni un segundo más—. Aquí no hay que *esbarazzarse* de nadie…

—Ya es demasiado tarde —cabeceó el borracho con pesar—. Está liquidada.

Fred Buscaglione en los altavoces: *Volare! Cantare! Sognare! E il celo là su / dipinto di blu…*

—¿Liquidada?

—Y, por lo que me dices, quizá Freddo Bombardone también…

Yo no quería pensar que O Zabala tuviera nada que ver con tanta liquidación.

—No puede ser —me resistía—. Todo esto debe de ser una confusión.

El camarero se había acercado a nosotros y se apoyó en el mostrador para que su boca quedara cerca de mi oreja. Busqué el monedero en el bolsillo, para pagar la consumición y salir corriendo, pero también para esquivar aquella mirada tan inquisitiva.

—Eh, saxo —dijo el camarero. Y yo levanté la vista—. Ahora, yo te pegaré cuatro gritos…

Hablaba un italiano difícil de comprender. Creí que no había entendido lo que había dicho.

—Perdona —*scusa*, dije—. *Non hablo italiano. Non capisco bene…*

—*Spagnolo?* —Le dije que sí. Hizo un gesto de contrariedad y, a continuación, el esfuerzo de expresarse despacio, silabeando—: Ahora, yo te pegaré un grito y tú me tirarás el agua de este vaso a la cara. Entonces, yo te pegaré una bofetada y te echaré del local para que no vuelvas nunca jamás.

Era exactamente lo que había entendido.

—No te he entendido —dije.

El borracho de mi lado se rió una vez. Así: *¡Ja!*

—Sí que me has entendido.

Traté de resumir su discurso ayudándome de muecas y de las manos.

—¿Cuatro gritos? ¿Te tiro el agua a la cara? ¿Una bofetada? ¿Me quieres echar? ¿Por qué?

—¡Por qué! —lo que le faltaba por oír.

¡Por qué! Yo aún tenía la jeta de preguntarle por qué.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque aquellos dos de la barra te quieren romper los dedos —movió los dedos sobre el mostrador sin volverse a mirarlos.

—¿Me quieren romper los dedos?

Malas noticias. Si alguien se ponía a romperme los dedos allí en medió, todo el mundo se percataría de mi presencia. Incluso O. Y yo quería pasar desapercibido.

—No los mires —me exigió.

—No los miro. ¿Los dedos?

—Sí —movía los dedos sobre el mostrador—. Los dedos de la mano, *capisci?* Los dedos de tu mano. *Capisci?*

Le entendía pero no le entendía.

—¿Pero por qué?

—¡Por qué!

Otra vez. Resopló.

—Sí, ¿por qué?

—Porque tú y tu amiguita habéis venido a ver *il Capo*.

—¿Qué amiguita?

Me miró más intensamente aún. Una mirada desgarradora, penetrante, dolorosa, un anuncio de inminente agotamiento de la paciencia. Quizá podíamos llegar a la fase de la bofetada sin que yo tuviera que hacer nada.

—No es mi amiguita. Y no hemos venido a ver nadie —no le engañaría.

—Has venido a ver *il Capo*. No le sacas el ojo de encima.

Vuelta.

—¡Pero si no la he mirado! ¡Estaba leyendo!

—Sí que es su amiguita —intervino el borracho—, y sí que han venido.

—Pues ahora te pegaré cuatro gritos, tú me tirarás el agua a la cara, yo te pegaré un tortazo…

Soy refractario a los gritos y a los tortazos.

—Escúchame: si quieres que me vaya, me voy. No hay por qué llegar a esos extremos —puse un billete de cinco euros al alcance de su mano—. Cobra…

—No cobro —impidió que hiciera ningún inicio de retirada. Se movía poco, para que los del otro extremo del mostrador no

pudieran adivinar de qué hablábamos, pero desprendía una gran autoridad—. Si te vas tranquilamente, esos dos pensarán que te acabo de aconsejar que te vayas y tú me has hecho caso. Eso querría decir que nos conocemos, incluso que somos amigos y, si suponen que somos amigos, también supondrán que he sido yo quien te ha dicho que vinieras y me romperán los dedos a mí. De manera que ahora mismo haremos lo que te digo…

Se me iban poniendo los pelos de punta.

—¿Pero por qué? —gemí.

Al verme desesperado, mi interlocutor optó por la vía didáctica:

—Tú sabes lo que ha hecho *il Capo*, ¿verdad?

—Pero tú no sabes lo mejor… —intervino el borracho.

—Espera un momento, Benito. Tú sabes que *il Capo si sbarazzó de la Bambola, certo?*

—Sí.

—Y necesita un saxo —añadió.

—¿Cómo?

—Necesita un saxo —sonaba como *bisogno di un saxo*, o algo así—. Tú tocas el saxo, ¿verdad? Llevas un saxo. Eres saxofonista, ¿verdad?

—Sí, pero… no entiendo…

—Y su amiguita —metió baza por fin el periodista borracho—, la que está hablando con Cerbone, es cantante y pianista.

—¡Pianista! —aquello sí que era una mala noticia—. ¿Qué quieres decir? ¿Que Cerbone quiere sustituir también a Freddo? ¿Que cambiamos la banda?

Yo me encogí de hombros. No me gusta ser portador de malas noticias porque he oído que a veces es el mensajero quien sale perdiendo.

—Cerbone ya debe de estar harto de las manías de Freddo.

—Por favor —supliqué—: ¿me lo podéis explicar?

—¡Pues es muy fácil! *Il Capo* necesita un saxo y aquí estáis tú y esa mujer, haciendo presión para que os contraten, y ésos son los hermanos de la Bambola, de manera que yo te pegaré cuatro gritos antes de que sea demasiado tarde…

—¿Pero quién es la Bambola? —levanté la voz, impaciente.

Coglioni, es que todo se me tenía que explicar. El camarero me miraba como si yo fuera la pista central del Cirque du Soleil.

—La Bambola es la que tocaba el saxo con la banda de Freddo Bombardone… —lo que siguió a continuación lo capté tan bien como si el otro hablara en mi lengua materna—: Y Freddo Bombardone ha despedido a la Bambola. Y ahora vienes tú a ocupar el lugar de la Bambola, y los hermanos de la Bambola no quieren que nadie ocupe el lugar de la Bambola, porque no quieren que Freddo Bombardone despida a su hermana, *capisci?* Y tampoco les gustará que tu amiga sustituya a Freddo Bombardone porque, si no hay Freddo Bombardone, no hay banda de Freddo Bombardone y, si no hay banda de Freddo Bombardone, la Bambola no tocará el saxo en la banda de Freddo Bombardone. Por eso, esos chicos piensan que, si alguien se atreve a ocupar el lugar de la Bambola, le van a romper los dedos. *Capisci?*

Ya estábamos al cabo de la calle.

Afirmé. Y tomé aire para sacarle del error. Ya me había imaginado que aquello era una gran confusión.

—Pues por eso, ahora te pegaré cuatro gritos, tú me tirarás el agua de este vaso a la cara y yo tendré motivo para pegarte una bofetada y echarte del local y así habremos acabado el problema.

—No, no, espera… *un attimo*, dije.

Pero, como en el cuento de los dos conejos que, mientras discutían si eran perseguidos por galgos o por podencos, fueron descuartizados por los perros, a nosotros también nos atrapó el destino con la palabra en la boca.

Tanto el camarero como yo estábamos a punto de continuar diciendo algo muy importante, cuando una sombra ocultó la luz que entraba por la puerta y Freddo Bombardone se abrió paso entre los parroquianos, vio el saxo a mis pies y avanzó ostentosamente hacia mí, gritando, riendo y abriendo los brazos.

—¡Ah, un saxo! ¡Justo lo que yo necesitaba! ¡Es Dios quien me lo envía! —dijo.

Una imitación perfecta de Fred Buscaglione. Cara redonda, cabellos empapados de brillantina, bigotito años cincuenta, jersey de cuello de cisne, chaqueta de cuadros, pantalones bien planchados e incluso el toque de un sombrero de ala estrecha. Una sonrisa de dientes postizos y la actitud afable.

Toda la parroquia lo contempló, con reverencia y respeto como se mira a las grandes estrellas, y después se fijó en mí. Toda la

parroquia se fijó en mí, incluidos O Zabala y el peligroso mafioso Beppe Cerbone. Noté que la mirada de mi pianista preferida se me clavaba en el cogote como una bala

dum-dum

.

Bajé del taburete. Freddo Bombardone se volvió hacia los hermanos de la Bambola, desafiante, y les dedicó una mueca despectiva.

—¿Lo veis, *mascalzoni*? ¡Hay miles y miles de saxofonistas en Venecia! ¡No necesito para nada a vuestra hermanita!

Tomé una decisión sublime.

Agarré el vaso y eché el agua a la cara de Freddo Bombardone, interrumpiendo en seco la línea argumental de su discurso.

Se quedó boquiabierto y petrificado. En realidad, todos los presentes se quedaron boquiabiertos y petrificados. Se oyeron incluso exclamaciones de escándalo. Grité, para que me oyera todo el mundo:

—¡He venido para decirte que nunca tocaría para ti, Bombardone! Ni yo, ni ningún saxofonista de Italia. Ni ningún saxofonista de Europa, explotador —dirigí una sonrisa alentadora a los dos tíos de la barra—. ¡Ánimo, compañeros! ¡Freddo Bombardone cantará con el saxo de la Bambola, o no cantará!

Cuando me escabullí a la calle, bajo las miradas pasmadas del camarero, los gorilas y demás clientela, Freddo Bombardone aún estaba patitieso, con gotitas de agua en la punta de la nariz, como una estatua cagada por las palomas.

Durante unos instantes tuve la esperanza, o el deseo, de que O Zabala viniera corriendo tras de mí, y mantener con ella la conversación que debíamos mantener. Pero ni ella me persiguió ni yo me detuve a esperarla, ni siquiera me detuve para mirar atrás.

14

ZOZOBRA

Esa noche, O Zabala llegó al Cipango más tarde que nosotros. La vi inquieta, ajetreada, frágil, mientras se abría paso entre el público, avergonzada por haberle hecho esperar.

Me sonrió y se sentó al piano, como si ya fuera a pulsar la tecla de la primera nota que había de arrancar el concierto. Pero Pepín y Ovidi estaban pidiendo unas bebidas en la barra, tragos estimulantes para ellos, agua para mí, un zumo para Jordi Cerdaña, y aquello nos dio un poco de margen.

Me acerqué, pero fue ella quien atacó primero, con una pregunta susurrada y cargada de mala leche:

—¿Se puede saber qué diablos hacías, esta tarde, en aquel bar?

No era así como yo quería empezar la conversación. Corcho, quería advertir a Caperucita de que venía el lobo y me encontraba con una expresidiaria furiosa. No sé si Eurídice le habló nunca de esta manera al bueno de Orfeo.

—¿Y tú? —repliqué con poca energía.

—No tienes que hacer nada. Te he dicho que no te metieras, que me dejaras en paz. No tienes ningún derecho a seguirme.

—O… —me puse conciliador. El respetable público se estaba dando cuenta de que no estábamos en buena sintonía, ni en buena armonía, y ésa no es la mejor manera de empezar un concierto—. Ese tío es un mafioso, ¿lo sabes? Un *capomafia* de los peores —pero, cuando estás muy contrariado, nunca puedes disimular tanto

como te gustaría—. Oh, claro que lo sabes. Tráfico de drogas. ¿Te estás metiendo en eso ahora?

—Déjame en paz.

Liberé mi indignación.

—Otra vez, como en Tánger, ¿verdad? Un montaje. ¿A quién mataréis esta vez?

Apartó la mirada.

Me arrepentí del desahogo, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás. No podía entender ni aceptar su inesperada hostilidad.

Me retiré a mi lugar, tomé el saxo y me lo colgué. Pepín y Ovidi volvieron con las bebidas, dispuestos a empezar y, ¿vamos?, vamos, un, dos, un-dos-tres, iniciamos la actuación.

Aquel día, entendí la leyenda del payaso. También es la función del músico. Mostrarse divertido para divertir, reír y hacer reír, tocar y cantar y hacer bailar mientras por dentro se te comen los demonios. Hay que aprender a disimular, fingir, disfrazarse, cultivar la hipocresía como la más amable de las virtudes. Óscar Bruch el Saxo se acerca a la Pianista y la mira como si la adorase, y le enciende un cigarrillo, y ambos cantan como enamorados para enternecer al público.

Pero al resto de los músicos no los engañábamos. Acaso a Jordi Cerdaña, porque él vive su idilio autista con la guitarra y parece que, cuando toca, no vive en este mundo, pero Pepín y Ovidi sí que se dieron cuenta de que algo no iba como debería. Se miraban y me miraban haciendo gestos con las cejas, «¿qué está pasando?».

Esa noche tuvimos que esforzarnos el triple para obtener la mitad de calidad y resultados.

Embaucamos al público, eso sí, que aplaudió mucho y se quedó encantado. Ése es el don de los buenos músicos. Convencer incluso cuando no están convencidos. Pero alguien debió de observar alguna anomalía cuando O Zabala abandonó la sala tan bruscamente, al terminar, cuando no se quedó para charlar un rato como se supone que deben hacer los músicos, encajar los elogios, los comentarios, las comparaciones, las palmaditas afectuosas de todos los aficionados.

Estaban allí Donna Leon y sus amigos, naturalmente. El magistrado Carofiglio se destacó entre todos para acercarse a mí,

alto, delgado, elegante, sonriente, con aquellos ojos azules llenos de serenidad, así, como es él. Me llevaba su libro traducido al castellano.

—Te lo había prometido —dijo.

El libro se titula *Testigo involuntario*. Lo metí en la bolsa de la funda del saxo. Se lo agradecí con una sonrisa y un apretón de manos, pero no pude dedicarle mucha más atención porque Pepín y Ovidi enseguida cayeron sobre mí, muy excitados.

—¿Qué le pasa a Zabala?

—No lo sé. Tiene amigos por aquí. Amigos de hace mucho tiempo.

Me compadecían.

—Ven con nosotros, Óscar. Las gemelas exigen tu presencia. Son la bomba, créeme.

Yo no estaba para bombas, aquella noche. No era el mejor día para apuntarme a un bombardeo.

Me retiré enseguida a la siniestra habitación de la pensión, y me castigué a la pena de leer el libro de las superventas.

Evidentemente, se trataba de una novela realista, escrita por alguien que estaba harto de las propuestas increíbles que llenan las novelas policíacas. Los policías hablaban como lo hacen los policías, y los delincuentes como lo hacen los delincuentes. Nada de diálogos ingeniosos, juegos de palabras ni erudición fuera de lugar. La gente no dice genialidades todo el rato, de manera que el autor se abstenía de decir genialidad alguna, ni era ingenioso ni hacía juegos de palabras. El trabajo de la policía no es heroico ni brillante ni divertido, sino rutinario y tedioso, producto de la paciencia y de muchos fracasos después de innumerables ensayos y errores. De manera que la novela, tercamente realista, no era heroica ni brillante ni divertida, sino rutinaria y tediosa, y contaba con la resistencia y la paciencia angelical del lector.

Acabé tirando el libro por la ventana.

Cerré los ojos y vi a O, y la eché en falta. La eché en falta como jamás la había echado en falta, la necesitaba como nunca había necesitado a nadie. Se me ocurrió que se quedaría en Venecia, que abandonaría el conjunto para volver a un mundo que, después de todo, nunca había abandonado totalmente. Mucho mejor aquel paraíso estrafalario de maniquíes disfrazados, y estafadores, y

mentiras esotéricas, fantasmas, dinero fácil, espíritus y mujeres tatuadas, que la mediocridad del día a día, la vulgaridad de unos músicos normales, la vida normal, sin sorpresas, que yo podía ofrecerle.

La angustia no me dejó dormir tranquilo.

El lunes no ensayamos.

Durante el desayuno, Ovidi me dijo que O Zabala había llamado diciendo que no hacía falta, que ella no podía venir, que ya nos veríamos por la noche.

Le había llamado a él, a Ovidi. No a mí.

Los colegas volvieron a pedirme que fuera con ellos, con las mellizas, prometiéndome emociones y diversiones sin fin. Que iban al palacio Ducal, a ver las mazmorras del puente de los Suspiros, al Campanile, desde donde se podía contemplar un paisaje espectacular.

Me negué.

Hay momentos de mucho sufrimiento en que, inexplicablemente, nos negamos a interrumpir el dolor. Como si ya estuviéramos bien así, como si el dolor diera sentido a nuestra existencia, como si en el fondo creyéramos que nos lo merecemos y que no podemos rehuir el castigo.

Perdí el día inmerso en la melancolía. Todo un día de callejear, de arrastrar los pies de una esquina a otra sin percatarme muy bien de nada. Si me hubieran preguntado, a lo mejor habría dicho que estaba fastidiado. Fastidiado por la deserción de O Zabala, claro. Fastidiado porque aquella mujer estaba destruyendo el proyecto del Signo de los Cuatro.

A ratos, lograba decirme que O tenía todo el derecho a desaparecer, si quería. Ella nos había recogido por la calle, nos había contratado para que actuáramos en su tugurio de Ciutat Vella, incluso teníamos que aceptar que nos había enseñado a tocar mejor de como tocábamos hasta entonces. Una vez instruidos y encarrilados, ella continuaba su vida apasionante y despedía a sus jóvenes alumnos para que encontraran su propio camino. Podía hacerlo.

Pero no era eso. No era eso.

El Signo de los Cuatro (pensaba yo, con un nudo en la garganta) era mucho más que una pandilla de músicos reunidos al azar.

Por la noche, durante el concierto, volví a comprobar que O Zabala me ignoraba. Miraba hacia otro lado, hacía su trabajo como si los demás músicos no existiésemos. Ni los otros músicos ni yo, yo el primero, estuvimos a la altura de noches y ensayos anteriores. Si ella estaba dispuesta a dejar que se hundiera el edificio, yo no pensaba ejercer de columna. No me acerqué al piano para cantar con ella. Recité lo que tocaba recitar, soplé cuando me tocaba soplar, y corrí para llegar a la meta tan pronto como fuera posible. Puestos a desmontar el grupo, ya que se trataba de eso, era preferible hacerlo entre todos y no dejarle la responsabilidad únicamente a O Zabala.

Estaba en fase de enviarlo todo a la mierda. «Mañana mismo le diré que abandono, que así no juego».

Al acabar, los aplausos no fueron tan fervorosos como los de la noche anterior. No es tan fácil engañar al público. Paco Batalla se acercó a hablar con O Zabala. Quizá quería decirle que aquél no era el nivel de calidad que él había contratado.

Yo me escabullí. No quería oírlo.

Cuando me acerqué al estuche, para guardar el saxo, precisamente cuando lo abría, encontré al lado, en el suelo, un pedazo de papel doblado.

Lo desdoblé.

Era una nota escrita a mano, con letra de palo desconocida:

> «Ramo dei Tre Re, 6. Después de la actuación.
> Nabucodonosor. S f S.».

Levanté la vista y, agachado como estaba, fui consciente de ofrecer la imagen del animal que está abrevando en el río y, de repente, intuye la presencia del depredador.

¿Quién había puesto allí aquel papel?

Deseé que fuera O Zabala. Ella me debía una explicación y, probablemente, por algún motivo desconocido, no me la podía dar en público. Por eso (me dije) me había retirado la palabra. A lo mejor estaba fingiendo tanta distancia y tanta ausencia. Estaba tramando algo. Con Marcantonio y Lola o contra Marcantonio y Lola. Tenía que fingir que estaba sola, para engañarlos, pero ahora por fin me necesitaba, y me citaba en un lugar secreto donde

pudiéramos hablar en privado.

Debo confesar que aquel pensamiento me llenó los pulmones de oxígeno y euforia.

Cerré el estuche del saxo y me metí el papel en el bolsillo. Mientras me encaminaba hacia la puerta, procurando no mirar a O Zabala ni a Paco Botella, para que no reclamasen mi presencia, para que no me pidieran mi opinión sobre nada, observaba otras actitudes, sonrisas o gestos furtivos que resultaran reveladores. Aquel camarero de cabello largo y rizado que parecía que me quería decir algo, pero callaba en el último momento. Una chica muy guapa que soltó la mano del hombre que la acompañaba mientras me miraba con descaro. O el hombre que fumaba con ansia mientras se empeñaba en no mirarme, casi volviéndose de cara a la pared. No pude verlo bien y salí del local pensando que tal vez nos conocíamos.

15

IL RAMO DEI TRE RE

No fue fácil encontrar aquel callejón de los Tres Reyes.

Si pedías una orientación al primero que pasaba, descubrías que todo el mundo era turista, incluso aquellos que no lo parecían. En el mejor de los casos, se ofrecían a compartir conmigo su mapa, pero aquello enseguida se revelaba una pérdida de tiempo porque ni ellos ni yo sabíamos dónde estábamos y, por tanto, resultaba imposible decidir qué camino había que tomar para ir a no sé dónde. Cuando entré en un par de tiendas, resultaba que los tenderos tampoco eran de Venecia y, aunque vivían allí y ponían muy buena voluntad, no sabían situar el Ramo dei Tre Re en el mapa.

Finalmente, tropecé con un camarero de restaurante, veneciano de toda la vida que, con la ayuda de un viejo callejero, me supo orientar hacia aquel maldito ramal (que eso es lo que significa *ramo*) y enseguida estalló en exclamaciones: «¡Pues claro! ¡El famosísimo Ramo dei Tre Re!».

—No tan famosísimo —dije yo—. No tan famosísimo.

No estaba muy lejos, porque en Venecia nada está muy lejos, y se podía ir andando porque, en Venecia, a todas partes tienes que ir andando o en barca.

No tenía pérdida. Tenía que seguir siempre las indicaciones que llevaban a la estación de ferrocarril, que están en todas partes, y recorrer un par de hasta una *strada* ancha y moderna, insólita en

aquel dédalo medieval. A la izquierda enseguida encontré el Ramo dei Tre Re, un pasaje muy estrecho que quizá era muy antiguo pero que ahora estaba formado por edificios modernos de piedra clara, como acabados de estrenar.

El número 6 correspondía a una puerta baja y estrecha de un edificio de color rosa de dos plantas, que también contaba, a la izquierda, con una portalada muy grande, cegada por una persiana metálica, que en otro lugar del mundo habría sido un garaje. Allí, sin embargo, como no circulan coches, supuse que sería un local comercial donde aún no se había instalado nadie.

Era noche cerrada. Reinaban el silencio y la quietud.

Sólo había dos botones en el portero automático. Pulsé el de abajo y sonó un timbre lejano.

La puerta se abrió sólo un poco. En el interior, oscuro, iluminado únicamente por una luz roja, apenas distinguí una sombra.

—*Password* —me exigió una voz profunda y rota.

Dudé un instante.

—Nabucodonosor —dije.

—*Scelti* —dijo la voz.

No entendí bien.

—¿Cómo?

—*Scelti* —repitió la voz, impaciente y amenazadora, con un temblor de miedo.

Scelti. El corazón me latía con fuerza. La sombra del interior esperaba una respuesta. El papel, después de «Nabucodonosor» decía S f S. *Scelti…*

—… *fra Scelti* —probé.

¿Qué podía suceder? ¿Que me cerraran la puerta en las narices?

La puerta se abrió del todo.

El fluorescente de la pared había sido envuelto en papel de celofán rojo y eso me permitió comprobar que las paredes de aquel vestíbulo estaban cubiertas por cortinajes negros. En la penumbra roja, distinguí apenas una figura confusa, negra y huidiza. Una especie de monje oculto por un hábito con capucha. Un franciscano siniestro. Pasó por mi lado para cerrar la puerta y nos quedamos en un interior tenebroso y malsano. Se mantenía cabizbajo y se volvió de espalda inmediatamente, de manera que me fue imposible verle

el rostro. Me hacía una señal perentoria con la mano.

A nuestra izquierda, el monje abrió una puerta que sólo podía dar al local contiguo. En el interior, vacilaba el resplandor amarillento de unas velas. El ente que me guiaba era pequeño y, bajo los gruesos hábitos de ropa pesada y basta, una especie de temblor irrefrenable me hizo pensar que estaba llorando.

Di un paso detrás de él antes de comprender lo que sucedía. En el segundo siguiente, pasó por mi cabeza la nota encontrada junto a la funda del saxo, la letra de palo de la nota, el texto, y el temblor de aquellos hombros acabó de ligarlo todo. Supe de inmediato que me estaban arrastrando a una trampa.

Podría haber dado media vuelta y precipitarme de nuevo a la calle, donde se respiraba aire puro. No me parecía que mi anfitrión hubiera cerrado el portal con llave. Pero no lo hice. La huida me habría privado de saber qué querían de mí, por qué me habían atraído hasta allí.

Puse la mano sobre el hombro del monje y exclamé, dando muestras de pánico, al borde de la histeria:

—¡Un momento! ¿Tenéis un arma? —en mi italiano de la Costa Brava—: *Un attimo! Hai un arma?* —el monje se quedó muy quieto y continué vertiendo mis explicaciones a su oído, alarmado y alarmante—: *Mi hanno sequito! Qualcuno me segue! Havranno visto que io entravo qui, sapranno dove sonno, viendrano! Un arma!* Necesito *un arma!* —alguien me había seguido, me había visto entrar allí, sabían dónde estaba, y reclamaba un arma.

Mientras hablaba, metí la mano izquierda en el bolsillo y saqué las llaves. El monje permanecía inmóvil bajo el contacto de mi derecha que, con presiones emocionadas y estratégicas, le transmitía una mezcla frenética de miedo y urgencia. Todavía no había terminado mi discurso cuando proyecté disimuladamente las llaves contra la puerta de la calle. El ruido que causó pareció un violento golpe procedente del exterior. Hizo que el monje chillara de miedo, con voz demasiado aguda, y echara a correr hacia el interior de la tienda donde se desencadenó un cierto alboroto.

Recogí las llaves del suelo e irrumpí en escena, atento a ver qué me habían preparado.

Una especie de altar cubierto por un mantel negro, con candelabros donde vibraba la luz de las velas, y una chica rubia y

casi desnuda, sólo con ropa interior negra y antifaz, que debía de haber estado echada encima esperando el sacrificio. Tres monjes de rostros ocultos por capuchas debían de estar escondidos entre los tapices negros de las paredes dispuestos a salirme al paso cuando lo exigiera el guión.

Pero la chica de la ropa interior ahora estaba sentada en el altar y no sabía cómo taparse y el antifaz no impedía que se le vieran los ojos desorbitados; y los monjes ocultos habían salido disparados de sus escondites. A pesar de la peluca rubia y el antifaz, reconocí en la víctima propiciatoria a una de las gemelas seductoras. Ana, o Nan. La otra debía de ser el monje que me había recibido en la puerta. Y los tres monjes escondidos eran, naturalmente, Ovidi, Pepín y Jordi Cerdaña.

Supongo que se disponían a darme un susto a cuenta de mis aventuras y reírse muy a gusto, y en cambio el aventurero les había hecho creer que iba en serio, que me había metido en algo peligroso que implicaba persecuciones y gente armada, y ahora el que se reía era yo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó uno de los tres, genuinamente desconcertado.

—A la gemela monje se le ha escapado la risa —el temblor de hombros no eran llantos sino risas.

Al final, nos reímos todos juntos.

Lo estaban planeando desde la noche anterior, cuando Ovidi, Pepín y Jordi habían contado a las mellizas mis aventuras anteriores. «Cuando le dejas solo, Óscar se mete en unos follones alucinantes». Y hay que saber que, cuando una persona se mete en esta clase de líos, tarde o temprano será objeto de las bromas pesadas de sus alegres amigos.

Además, aunque no me lo decían, yo sabía que querían captarme para el grupo, para que no fuera solo por las calles llorando mis penas.

Habían improvisado aquella parodia de ritual satánico en aquel local propiedad de los padres de las gemelas, que vivían en el piso de arriba. Pretendían comprobar cómo reaccionaba yo ante el misterio y el peligro, y la comedia se les había estropeado, pero no me lo recriminaban. No les había decepcionado. Enseguida se quitaron los hábitos de monje, y la melliza víctima se puso una

blusa y unos vaqueros, y corrieron a buscar unas botellas de cerveza y una de Chianti que habían puesto a refrescar para después de la representación.

Únicamente querían tenerme allí, contando mis historias en primera persona, y se temían que no habría ido si se hubieran limitado a pedírmelo educadamente. Aquella misma mañana me habían estado lanzando indirectas que yo dejaba pasar como si nada.

Las insaciables mellizas tenían un interés especial en que me quedase. Eran de esa clase de personas que siempre quieren lo que no tienen. Durante el concierto del sábado, como habían visto que Ovidi y Pepín ya estaban en el bote, se dirigieron como torpedos hacia Jordi Cerdaña y lograron tres acompañantes por el precio de dos. Ahora, como yo me había quedado al margen, querían hacer una ampliación de plantilla reclamando mi presencia. Debían de pensar que donde se ríen cinco se pueden reír seis y les contrariaban mis negativas.

Accedí a quedarme en la fiesta, por supuesto, no tenía otra cosa que hacer. Y conté mis aventuras pasadas, y las dos gemelas se me colgaron de los brazos y del cuello, como monas de esas que valoran tanto el calor humano, bajo la mirada malintencionada de mis compañeros de trabajo, siempre intrigados por mi capacidad de resistencia ante la tentación.

De momento, habían logrado que bebiera un poco de vino, cosa rarísima en mí. El siguiente paso sería verme caer en la red de las dos mellizas rubias de las gafas.

Me negué a revelar cuál era la implicación de Paco Batalla en la aventura de la estafa esotérica de la noche anterior. Les quería hacer creer que no pasaba nada, que las cosas no habían evolucionado en ningún sentido. Yo no había hecho nada aquel mediodía, después del ensayo, no había ido a ninguna parte, O no había ido a ningún bar ni se había entrevistado con nadie, y yo no tenía ninguna intención de continuar investigando ni liándome en nada.

—¿Que no tienes ninguna intención de curiosear? Entonces, ¿por qué has venido aquí?

—¡Ya sabía que erais vosotros! —mentí.

—¡No, perdona! —objetaba Ovidi—: Si has venido, es porque

sabes otras cosas que te interesan y te han puesto la mosca detrás la oreja y esto era como una nueva pista que seguir.

—¡En absoluto! Si enseguida os he descubierto…

—¡Confiesa que, por un momento, has pensado que te habían convocado Gli Scelti!

—Estaba muy serio cuando le he pedido la contraseña —decía una de las chicas—. ¡No fingía!

—Me habéis engañado —les concedí, para complacerles—. Por un momento, se me ha ocurrido que esta ciudad estaba llena de sectas satánicas que me habían elegido para sus experimentos.

Y al final sucumbí a la ofensiva.

¿Por qué no tendría que haberlo hecho?

No me gustan la depresión ni la melancolía. No me siento cómodo, con ellas. Si la relación con O se había estropeado de manera definitiva, no me quedaba más remedio que aceptarlo deportivamente. Pepín, Ovidi, Jordi y yo habíamos empezado nuestra vida de músicos sin ayuda de nadie y podíamos continuar solitos. Tal vez en algún momento habíamos pensado que O Zabala era una especie de culminación en nuestra vida profesional, pero ahora teníamos que aceptar que sólo era un capítulo que estábamos a punto de cerrar. Bueno, ¿y qué? La vida no se detiene y Óscar Bruch ya se había cansado de arrastrar los pies por las calles.

De manera que me sumé a la juerga, y la prolongamos en un par de establecimientos donde las gemelas eran bien conocidas y donde se nos añadieron un par de amigas que también estudiaban interpretación teatral.

Y ahora no voy a contar mis experiencias íntimas en una Venecia que se me reveló más sensual de lo que me imaginaba, pero digamos que durante un par de días, yo, que no bebo ni tomo ninguna clase de productos tóxicos, encontré en el contacto humano una manera de escapar a la realidad que me rodeaba.

Por la noche, durante los conciertos, me esforzaba en olvidar a O Zabala dedicando melodías y palabras bonitas a las chicas que me adoraban desde el público. Les decía, con Cole Porter, que ya sabía que aquél era el lugar y el momento equivocados, y acaso la compañía e incluso las interlocutoras equivocadas, pero me conformaba con ello; y les decía que estaba enamorado, que si yo no las quería, nenas, si yo no las quería, el maíz no era comestible,

los huevos no eran aves, y la Mona Lisa era un hombre; y también les decía que, hasta que no se hubieran apostado el amor y lo hubieran perdido, ellas no sabrían lo que era el amor; y que todo lo que Lola quiere, Lola lo consigue, aunque sea jugando sucio… Y todo eso se lo decía y lo firmaba y rubricaba un payaso llamado *Jimmy Jazz*, fugitivo de la policía, siempre metido en mil follones.

Fui el gracioso de siempre, tan seductor como supe, bailarín a la hora de montar jarana y tierno cuando tocaba, pero fingía. Continuamente, con los amigos o con las mellizas y amigas, mientras tocábamos en el Cipango o mientras charlábamos de cualquier cosa por la calle o en un bar, o mientras hacía el amor, fingía. Y, después, cuando me encontraba solo, un principio de taquicardia, ahogo, incluso una cierta tempestad gástrica me advertían de que no era tan feliz como quería creer. Quería tranquilizarme pensando que sólo estaba preocupado por lo que le pudiera estar ocurriendo a O Zabala en compañía de aquellos dos delincuentes. Nunca hasta aquel momento había tenido la sensación de que ella me necesitaba tanto. Precisamente para impedir que cayera en la tentación. Nunca hasta aquel momento había experimentado tan violentamente la necesidad de correr a su lado, de estar a su lado para impedir el naufragio y, en el peor de los casos, naufragar con ella.

Me preguntaba qué demonios me estaba pasando y un Óscar Bruch furioso agarraba del cuello a un Óscar Bruch aterrorizado y le sacudía hasta hacerle castañetear mientras gritaba «¿Qué va a ser? ¿Por qué motivo estarías deseando jugarte la vida poniéndote entre dos estafadores asesinos y O?». Un tercer Óscar Bruch, el exterior, sensato y contenido, era capaz de mantener la conversación, de contar chistes, de beber chupitos de Chianti y desparramar sonrisas a diestro y siniestro, como si esa tormenta interna no existiera. Sólo de vez en cuando se me escapaba un suspiro que consideraba imperceptible e inevitable.

Cuando no podía más, me prometía que tarde o temprano acabaría hablando seriamente con O Zabala. Y me estremecía al pensar que, a lo mejor, a lo mejor, el resto de mi vida daría un giro apocalíptico después de aquella conversación.

A lo mejor.

16

SI YO NO TE QUIERO, LA MONA LISA ERA UN HOMBRE

El viernes por la noche, O se presentó antes de tiempo, cuando yo me encontraba sentado en el taburete del piano, apoyado en la tapa y abstraído en la lectura del libro del magistrado Carofiglio, *Testigo involuntario*.

Estaba descubriendo el auténtico significado del arte. El autor me hablaba de un abogado normal que vivía en la Italia actual, atormentado por problemas muy comunes, y poco a poco marcaba una diferencia cualitativa con el *best seller* que había acabado tirando por la ventana. Igual que el buen escritor debe saber hablar del aburrimiento sin aburrir, también debe saber hablar de la vida cotidiana logrando que el lector se reconozca en ella pero al mismo tiempo descubra la excepcionalidad, la magia, la paradoja, la sorpresa continua de cada momento. Después de haber asistido al fracaso del inepto, la maestría de Carofiglio, que retenía mi atención y la absorbía limitándose a explicar el cataclismo de la separación de una pareja, era una delicia insuperable.

Estaba tan ensimismado que no me había dado cuenta de que O Zabala estaba de pie delante de mí contemplándome intensamente.

Levanté la cabeza de repente.

—¿Podemos hablar? —me preguntó.

Llevaba un traje blanco de tirantes, y un collar de coral muy

vistoso, y el cabello recogido con mesurado desorden en la nuca, zapatos de tacón y un maquillaje precario que parecía improvisado mientras venía corriendo por la calle. Entonces aprecié lo hermosa que era. No era la primera vez que lo constataba, claro que no, pero en aquel instante, tan seria y asustada, tuve la seguridad de que me necesitaba, y eso la hacía especialmente atractiva.

Tragué saliva con dificultad. Cerré el libro. Me puse de pie.

—Claro.

Quedamos muy cerca, uno de otro, y ninguno de los dos mostraba ninguna disposición a dar un paso atrás.

—Vengo a disculparme.

Yo como si nada.

—¿Por?

—Ya sabes el porqué. Porque te envié a la mierda, porque estos días os he dejado de lado, a ti y a los demás, al Signo de los Cuatro, porque he estado grosera y ausente, porque he estado muy equivocada.

Yo callaba. Era ella la que tenía cosas que decir.

—Fue muy fuerte para mí encontrarme de nuevo con Lola Volko. Pensaba que estaba muerta… —le costaba arrancar cada palabra. Se le trababa la lengua.

—No tienes por qué contármelo —dije, ansioso porque me lo contara todo.

—Ya lo sé, y no lo haré —respondió para mi frustración—. No lo haré ahora porque no es el momento…

Atrapé la mirada significativa que disparó hacia el bullicio que iba llenando la sala. Apoyado en el mostrador, Marcantonio bebía ajeno a nosotros, con aire ausente de pensar en sus cosas. Tenía mejor aspecto que cuando nos habíamos conocido. Se había afeitado y se había vestido de manera juvenil, con ganas de gustar. Camisa violeta de manga larga, casi luminosa, pantalones anchos de hilo negro y zapatillas de deporte.

Al volverme hacia O Zabala, de repente me vino a la cabeza, como un *flash*, la idea estrafalaria de robarle un beso. Estuve muy a punto de alargar los labios y ponerle la mano en la nuca para que no me evitara, y mi boca sobre la suya, y, y, y, pero no lo hice porque no era el momento oportuno. No encima de la tarima, a la vista de todo el mundo, no delante de Pepín, Ovidi y Jordi. No

delante del hombre de los brazos largos y las manos enormes, que se llamaba Marcantonio.

—Bueno, chicos —exclamó Ovidi, a la batería, rompiendo el hielo—. ¿Vamos o no vamos?

—*Ain't groceries* —anuncié.

La canción en que O Zabala aseguraba que, si yo no te quiero, *oh, baby*, si yo no te quiero, el maíz no es comestible, y los huevos no son aves, y la Mona Lisa era un hombre.

Me pregunté qué estaría haciendo allí Marcantonio y, al mismo tiempo, tomé conciencia de que Paco Batalla no estaba. Y que Marcantonio no se había acercado a saludar a O, ni nos había dirigido ningún gesto de simpatía. Como si no nos conociera de nada. Miraba a su alrededor buscando a alguien, quizás al amo del Cipango, y le incomodaba no verle allí. Miraba el reloj con insistencia. Alguien le había citado allí y no se presentaba.

—¡Vamos! ¡Un, dos, un-dos-tres y…!

Empieza el tema con un grito de asentadora de pescado de la Boquería, «¡Oídme! ¡Atentos todos! ¡Si yo no te quiero, chico…!», grito de buhonero que llega al pueblo para vender crecepelos, «¡oídme todos, vengáis de donde vengáis! ¡Si yo no te quiero, chico…!». Nunca diríais qué pasaría si se diera el caso fortuito de que yo no te quisiera, «atentos todos, porque debéis saber que, si yo no te quiero, chico…».

If I don't love you, baby,
grits ain't groceries,
eggs ain't poultry,
and Mona Lisa was a man!

Cuando el concierto llegaba a este tema, O Zabala prescindía de la distinción y la formalidad con que antes cantaba a Cole Porter y se soltaba el pelo y se lanzaba alegremente a interpretar este piropo alocado que un día creó Little Milton Campbell Jr. y después interpretó estupendamente Van Morrison. «De todas las cosas del mundo, elegiría ser una mosca o un rayo de sol sobre el cabello de mi chica».

Hacia el final del concierto, cuando sólo nos quedaba un tema para terminar, dos hombres de traje y corbata surgieron de la nada

y nos sorprendieron, tanto a mí como a Marcantonio. Habían estado por el local, perdidos entre el personal, y de pronto se destacaban con movimientos blandos, desinteresados, y se acercaban a Marcantonio para ponerse a su lado, apoyados en el mostrador donde él se apoyaba.

Un visto y no visto.

De pronto estaban allí y le hablaban, uno al oído derecho y el otro al oído izquierdo, y él los miraba sorprendido.

Podían ser policías, pero yo no lo creía. Quizá iban demasiado bien vestidos para ser policías. O demasiado peinados a la manera de los Soprano. Ostentaban sellos de oro en los dedos, y nomeolvides, y uno de ellos lucía un pendiente. No eran policías.

Pero Marcantonio se estaba asustando como si lo fuesen. Y yo creía adivinar qué eran.

Miré a O Zabala.

La vi tan inquieta como a Marcantonio.

—A toothpick in my hand,
I dig a 10-foot ditch
and ride through the jungle
fightin' lions with a switch…

La inquietud del niño que bracea en el agua, donde la piscina ya le cubre, el niño que disfruta aprendiendo a nadar y te quiere comunicar su placer con cara de alegría, pero no puede evitar que en sus pupilas titile un involuntario chillido de auxilio.

Quizá había ido a ver a aquel mafioso del Asso di Picche para pedirle la colaboración de dos hombres que dieran una lección a Marcantonio, y a lo mejor ahora se arrepentía de lo que había hecho.

Quise tranquilizarla apoyando sus versos con el eco del saxo y actitud de firmeza, de aquí me tienes, nena, dispuesto a cavar una zanja de cinco metros con un palillo, enfrentarme a los leones con un palo, llagarme los pies para dar la vuelta al mundo, encontrarte y llevarte conmigo.

… and ride through the jungle
fightin' lions with a switch,

because ya' know I love
ya'
baby,
yes, you know I love you, baby,

Los dos hombres agarraron a Marcantonio de los brazos y a él se le contrajo la musculatura, como si los hombres fuesen eléctricos, y no hubo ninguna manifestación de violencia, pero una ola de adrenalina salpicó aquella zona del bar. La violencia de la autoridad incontestable. Marcantonio se dejó llevar sin resistirse. Y los dos hombres con él, «Disculpen, disculpen», abandonaron el local.

La gente los miraba y fruncía las cejas. Yo miraba a O Zabala, y O Zabala me miraba a mí.

Con las pupilas y las cejas, yo le preguntaba: «¿Has contratado tú a esos gorilas? ¿Son sicarios de ese Beppe Cerbone del Asso di Picche? ¿Es ésta la operación que estabas cerrando con aquel hombre? ¿Qué le van a hacer?».

Ella apartaba los ojos y continuaba pulsando teclas y cantando.

… And if I don't love you, baby,
grits ain't groceries,
eggs ain't poultry,
and Mona Lisa was a man!

Aquellos dos individuos estaban a punto de pegarle un buen susto a Marcantonio. Y, según como fuera el susto, O Zabala quedaría implicada en un asunto muy feo. Más feo de lo que yo estaba dispuesto a asumir.

Terminamos el concierto con éxito y, antes de que se apagaran los aplausos, yo ya había dejado el saxo en el soporte y ya me abría paso entre nuestros incondicionales, negándoles la oportunidad de un bis.

—¡Ya estamos, ya estamos otra vez! —exclamó Ovidi entre risas —. ¡El aventurero en acción! ¡Ya ha visto algo raro!

Eché una mirada feroz a Zabala con la que pretendía dejarla clavada en el taburete. Retuve su imagen flotando a duras penas en un mar tempestuoso, nadando sobre una tabla y alargando el brazo hacia mí como la náufraga que pide que le hagan sitio en el bote

salvavidas.

Salí a la noche fresca y húmeda, miré a un lado y a otro y enseguida encontré lo que buscaba.

Si querían hacer daño a Marcantonio, no se lo harían en mitad del Rio Tarrà di Barba Fruttarol, por donde siempre pasaba alguien. Podían habérselo llevado lejos, a punta de pistola, tal vez para tirarlo al canal como alimento de los peces, como se suele decir en estos casos. Si era así, mi salida del Cipango no habría dado ningún fruto y no me quedaría otro remedio que regresar al interior para exigir una explicación a O Zabala y tragarme la indignación.

Pero había una opción alternativa. Un callejón cercano, estrecho, oscuro y solitario donde hacer el trabajo rápidamente y sin estorbos. Eso habría ahorrado a los esbirros un paseo por las calles, con un hombre pidiendo auxilio y exhibición de pistolas, que siempre puede dar ocasión a situaciones engorrosas. Venecia está llena de callejones estrechos, oscuros y solitarios. Sin ir más lejos, allí mismo, detrás de unos contenedores de basuras, encontré uno.

Y, en su interior, tal como esperaba, reinaban una oscuridad y un silencio densos, propios de un panteón.

—¿Marcantonio? —llamé sin levantar mucho la voz—. ¿Marcantonio?

Pasé entre los contenedores y penetré poco a poco en el pasaje maloliente.

Me sentía mal porque, desde que se habían llevado a Marcantonio del local hasta aquel momento, habían tenido tiempo de meterlo en quinientos botes de conserva, etiquetarlos como paté de *foie* y enviarlos a Australia. Había perdido demasiado tiempo, entregado a la música y guiñándole el ojo a O Zabala. Me había dicho a mí mismo que no era el guardián de Marcantonio, que Marcantonio se lo había buscado, que probablemente no tenían intención de hacerle nada, o a lo mejor no mucho daño, y que, aunque no le hicieran mucho daño, lo más seguro fuera que O no tuviese nada que ver en todo aquello. Un concierto da para mucho. Puedes pensar mucho en el tiempo que dura un concierto. Y a una persona le pueden hacer mucho daño en el tiempo que dura un concierto. Ahora, me arrepentía de no haber interrumpido la función con un grito y no haber salido disparado para interponerme entre aquellos gorilas y Marcantonio, y recibir todas las bofetadas

que debería haber recibido el otro. Bueno, no sé si me arrepentía de eso. Dejémoslo en que no estaba tranquilo del todo.

Utilicé el móvil como linterna. Avancé cautelosamente entre basura de todo tipo. Pero lo que atrajo más poderosamente mi atención fue precisamente lo que estaba buscando. El cuerpo de un hombre caído de bruces. Un hombre con una camisa violeta.

Marcantonio.

17

EL HOMBRE DE LA BARBA GRIS

Me agaché y le toqué.

—¿Marcantonio? —dije.

Pegó un brinco, gritó «¡Ratas!» y me provocó un susto que casi me tira al suelo.

—¡Ratas! —gritaba—. ¡Ratas por todas partes!

Le puse las manos en los hombros para inmovilizarlo.

—¡No hay ratas! —grité—. ¡Soy yo!

Se inmovilizó. Encendí el móvil para que me viera el rostro y, de paso, yo le vi la cara a él. Tenía rota una ceja, que le sangraba en abundancia, igual que el labio, que tenía muy hinchado. Iba despeinado y muy sucio.

—*Porca miseria!*— exclamó al reconocerme—. ¡Sólo me faltabas tú!

Se desprendió de mis manos, se sentó con la espalda contra la pared y se puso a blasfemar y a disparar puñetazos al aire. Yo di un paso atrás por si las moscas.

—¡Lárgate! —me decía, enfurecido. En realidad, en italiano: *va fan* no sé qué.

Le observaba con aprensión.

—¿Seguro que estás bien?

—¿Cómo *coglioni* quieres que esté bien? ¡Estoy hecho una mierda!

—¿Quién te ha hecho esto?

—¿Quién me lo ha hecho? ¡Tú me lo has hecho! ¡Tú y la imbécil de O!

Me lo temía. Puse cara de lamentarlo. Pero, en el fondo de mi corazón, celebraba que el incidente se hubiera limitado a unos cuantos trompazos y que Marcantonio conservara toda su energía.

—¡… Tú y O, que os metisteis en mi casa y lo enviasteis todo al cuerno! Paco Batalla se volvió loco y va diciendo por el mundo que ha visto la luz, que ha sido elegido por Gli Scelti como uno de los suyos, que tiene poderes paranormales… —estaba haciendo esfuerzos para ponerse en pie. Le quise ayudar—. ¡Déjame! ¡No me toques! ¿Y sabes qué ha hecho, ese imbécil? ¡Ha comunicado a su familia que hará testamento a mi nombre! ¡Todo me lo da a mí, como representante de Gli Scelti! ¡Quiere que yo tenga firma en todas sus cuentas corrientes! —gimoteaba como si aquello fuera la peor desgracia de su vida. Me dedicó un empujón que yo esquivé aumentando la distancia entre los dos—. ¿Y qué hace su familia, entonces? Me envía a unos primos, o a unos hijos, o unos sobrinos, o yo qué sé qué me envía, y me parten la cara.

Ya se iba, callejón allá, tambaleándose, hacia los contenedores.

—¿Han sido los sobrinos? —pregunté.

—¡O unos primos, o unos hijos, yo qué sé! Que dicen que deje en paz a Paco…

—¿No eran hombres de la mafia?

—¡Pues claro que no eran hombres de la mafia! ¿Te crees que en Italia todo el mundo pertenece a la mafia?

—¿No hablaban en nombre de Beppe Cerbone? —cada una de sus palabras me iba quitando un peso de encima.

Solté un suspiro e incluso me parece que estaba a punto de sonreír y pensar que todo estaba terminando bien.

—¡… Eran parientes de Paco Batalla, que saben que le he estado estafando con todo eso de los libros antiguos, y los ungüentos, que le estoy chupando la pasta desde hace tiempo, aprovechándome de su credulidad…! ¡Y me han dicho que basta ya! ¡Y basta ya, se acabó! ¡Pues claro que se acabó! ¡El negocio se ha ido a la mierda!

Cuando ya pensaba que se alejaba de mí para siempre, Marcantonio giró sobre sí mismo como una peonza y me borró de golpe el optimismo con un grito rabioso y una amenaza vibrando en la punta de su dedo índice.

—¡Pero me las vais a pagar, ¿sabes?! ¡Esto no quedará así! Me vais a devolver todo el dinero que me habéis hecho perder, euro a euro, céntimo a céntimo. Que diga lo que quiera, la Lola de los *coglioni*. Me da igual que O y ella sean amigas de celda. Como si fueran compañeras de manicomio, o hermanas de leche. Esta vez sí que se os ha terminado, a ti y a O Zabala. ¡No os vais a llevar un buen recuerdo de Venecia, ya os lo digo yo!

Me pareció muy peligroso. Mientras hablaba, tuve la sospecha de que yo no iba a salir vivo de aquel callejón.

Me dio de nuevo la espalda y salió a la calle ancha alternando zancadas bien decididas con algún titubeo que le obligaba a buscar la seguridad del muro.

Me quedé plantado en medio de la oscuridad con la cabeza muy llena de «tenía que haberle dicho». Echaba en falta una réplica sarcástica, digna de Philip Marlowe. Quizá: «¿Tú y cuántos más?». No. Tendría que haberle preguntado: «¿Qué piensas hacer, exactamente?», porque de pronto era precisamente ese aspecto de la cuestión lo que más me preocupaba.

Aún veía el último gesto de O Zabala, sentada al piano, preocupada y náufraga. Y aún me hervía en la cabeza la determinación de hacer el papel de Orfeo, o de Lanzarote o de Spiderman.

Supongo que fue por eso que, al volver a la iluminación nocturna del Rio Terrà di Barba Fruttarol, no volví al Cipango y la juerga que me tenían preparada mis colegas y las gemelas, sino que oteé el horizonte para localizar a Marcantonio.

¿Qué pretendía? Sólo quería ver cuáles eran sus intenciones, con lo rabioso que iba.

La camisa violeta brillaba con luz propia. Corrí tras él.

Iba hablando por el móvil.

Se me ocurrió que ya estaba planeando la venganza. Convocando a sus esbirros, haciendo recuento de armas y puntos de contacto.

Le seguí hasta la plaza de San Marcos.

Salimos de una calle estrecha y de pronto nos encontramos junto a esa basílica impresionante consagrada en el siglo XI, que nació como simple capilla del palacio del Dux. Hubo un momento histórico en que Venecia dominaba el Mediterráneo y supo acabar

con la tiranía de los piratas turcos. Los venecianos como semidioses, tan cultos, exquisitos y elegantes como despiadados a la hora de tomar las armas. Ésa era la majestad que nos esperaba en aquella puerta de Venecia bajo la grosería de las camisas hawaianas, las zapatillas brasileñas de dedo, los *top* de biquinis, los sombreros ridículos y las gafas de sol que se empeñaban en embadurnar el paisaje.

Marcantonio se dirigió a una de las terrazas de lujo de la plaza porticada, quizá la del Florian o el Café dei Quadri o el Lavena, donde ya empezaban a tocar las orquestas. Eligió una en que un cuarteto de cuerda interpretaba los grandes *hits* del barroco. Bach, Boccherini, Vivaldi, Pachelbel.

Yo me quedé rondando entre los turistas y los puestos de *souvenirs*.

Sonó mi móvil.

Era O.

—¿Dónde estás, Óscar? ¿Qué estás haciendo?

Me tocaba a mí hacerme el interesante.

—Ya te lo contaré, O. Vete a la pensión. Nos veremos allí. Y, cuando nos veamos, tú me contarás tus cosas y yo te contaré las mías.

—¿Pero qué pasa? ¿Tiene que ver con Marcantonio?

—Sí que tiene que ver con él. Está furioso. Los parientes de Paco Batalla le han pegado una paliza y te culpa a ti de haberle arruinado el negocio, y me temo que te está preparando una buena. Lo cierto es que me acaba de decir que te la prepararía. Pero ya hablaremos, O, ya hablaremos. Vete a la pensión.

Un hombre se había acercado a Marcantonio, se presentaba, le estrechaba la mano, se sentaba a su mesa.

Era un hombre mayor, de barba gris y gorra de lana a cuadros, encorvado por los años, vestido con un traje de lino claro y arrugado y zapatos blancos. Podía pertenecer al club de los viejos roqueros de Marcantonio, pero me pareció que se acababan de conocer.

Hablaron y hablaron y yo los observaba escondido entre la masa de turistas y los puestos que ya estaban cerrando. Estuve contemplando las máscaras, los pequeños leones de San Marcos, las góndolas en miniatura o las camisetas con inscripciones ingeniosas,

y de vez en cuando comprobaba que los dos hombres continuaban tomando copas y hablando.

Sonó mi móvil por segunda vez.

Era Ovidi.

—¿Dónde te has metido?

—Cosas mías, Ovidi. Ya te lo puedes imaginar. Aventuras.

—¡No me digas! ¡Cuenta, cuenta! ¿Es por eso que ha pasado mientras tocábamos? ¿Ese tío que se han llevado dos gorilas?

—Ah, ¿tú también te has fijado?

—Sí, no te lo pierdas. Después, los dos gorilas han vuelto y ¿a que no sabes con quién se han reunido?

Probé:

—¿Con el dueño, Paco Batalla?

Silencio de admiración.

—¡Sí, tío! ¿Cómo lo sabes? Ostras, me lo tienes que contar, chaval, me lo tienes que contar. ¡Las mellizas te echan de menos, Óscar!

Tuve que interrumpir la comunicación. El hombre de la barba gris se levantaba. Estrechó la mano de Marcantonio y se alejó. En realidad, vino hacia donde yo me encontraba.

Marcantonio parecía dispuesto a quedarse en aquella mesita, disfrutando de la orquesta que ahora tocaba algún minueto o cosa por el estilo. Me planteé que ya sabía dónde vivía Marcantonio, ya sabía dónde encontrarlo. El hombre de la barba gris, en cambio, era una nueva pista que quizá convenía seguir hasta el final.

Me puse tras él.

Óscar Bruch, especialista en seguimientos. Iba conociendo Venecia a fuerza de recorrerla pisando los talones de alguien.

El hombre de la barba gris pasó a un metro de mí, con un puesto de máscaras entre los dos, y se dirigió al muelle repleto de góndolas. Pasamos junto a la columna del León de San Marcos, pasamos el puente que hay frente al clásico puente de los Suspiros y llegamos a la estación del *vaporetto* de San Zaccharia.

Subí en el que eligió él, sin fijarme en el número. El hombre se sentó junto a la ventana y se dedicó a contemplar el paisaje nocturno con cara de aburrimiento. Yo me situé al fondo de la embarcación, con los ojos clavados en su espalda.

Recorrimos el Gran Canal, siguiendo un trayecto que ya me era

conocido. Los viejos edificios, admirables como ancianos cargados de sabiduría y paciencia, capaces de encajar imperturbables los embates de los siglos, caminando sobre las aguas siempre firmes y elegantes. Pasamos por debajo del puente de Rialto y, finalmente, llegamos a la estación de piazzale Roma y el hombre de la barba gris y la gorra de lana abandonó su asiento y la embarcación.

Y yo detrás.

Adiviné dónde nos dirigíamos y se me puso el corazón en un puño.

Pasamos el puente Scalzi, que yo ya conocía, a dos pasos de la estación de ferrocarril. Recorrimos un tramo del Rio Terrà Lista di Spagna hasta llegar a la calle del Pirulí, o Priuli, donde teníamos la pensión.

Busqué en el bolsillo para sacar el móvil como los pistoleros de las películas de Sergio Leone buscan los Colts en el momento culminante. En la tiniebla se encendió la pantalla. Busqué O en la agenda y pulsé el botón de conexión de llamada.

Al mismo tiempo, el hombre de la barba blanca llegaba al portal y yo me decía que era demasiado viejo para vencer a O, que O podía ponerlo fuera de combate con un soplido. Pero el hombre podía ir armado con una pistola o con un cuchillo. O podía conocer un golpe definitivo de algún arte marcial. Y me pareció que O no iba a contestar nunca al maldito teléfono.

En la pantalla de O tenía que haber aparecido mi nombre.

—¿Óscar? ¿Se puede saber dónde estás?

El hombre de la barba gris había llamado al timbre del portal de la pensión y esperaba con las manos en los bolsillos.

—Estoy en la puerta de la pensión. Y te aviso de que hay un hombre sospechoso que me temo que va a por ti.

—¿A por mí? ¿Qué dices?

—Un hombre de barba gris, con una gorra de lana y de cuadros, ¿le conoces?

—No.

—He visto cómo se entrevistaba con Marcantonio en la plaza de San Marcos. Marcantonio está muy enfadado, O. Te guarda mucho rencor, te la tiene jurada. Han hablado y este tío de la barba gris ha salido disparado hacia aquí —el visitante volvía a pulsar el timbre de la casa—. Es éste que llama. ¿Le oyes?

Un silencio.

—Sí. Has hecho bien en avisarme, Óscar. Gracias. Eee… Espérame aquí, en la pensión. Yo no tardaré. No te muevas de la pensión, ¿de acuerdo?

El hombre continuaba esperando sin hacer gestos de impaciencia, y yo me quedé donde estaba, a la sombra de una esquina, vibrando de inquietud.

Por fin, se abrió la puerta, la luz amarillenta del interior se proyectó sobre la acera húmeda, e hizo su aparición O Zabala. Llevaba el mismo traje blanco, de tirantes, que lucía en el concierto del Cipango. Habló cuatro palabras con el hombre de la barba. Lo hizo pasar. Cerró la puerta y la luz amarillenta se apagó.

Yo no sabía qué hacer. O Zabala me había dicho que la esperase en la pensión. «¿Entro ahora? ¿Aguardo?». Antes de que pudiera decidirme por ninguna de las dos opciones, la luz amarillenta volvió a caer sobre la acera húmeda y salió el hombre de la barba y la gorra y, detrás de él, O Zabala. Ninguno de los dos miró hacia donde yo estaba. Caminaron por la calle Priuli allá. Se alejaban sin hablar entre ellos. Parecía que tenían prisa por llegar a alguna parte.

No los seguí. O me había dicho que me esperara en la pensión. Me lo había dicho dos veces. «Espérame aquí, en la pensión» y «No te muevas de la pensión». Y, tal como iban las cosas, no me parecía que corriese peligro.

Entré en el extraño edificio utilizando la enorme llave medieval, me sumergí en la luz amarilla y subí las escaleras de dos en dos. Ya me estaba arrepintiendo de no haber ido detrás de O y el hombre, claro. ¿Quién me decía que no la estaba apuñalando en aquel mismo momento?

En el corredor lóbrego, me pareció que, al fondo, la puerta de la habitación de O estaba abierta. Aquello significaba que había salido a toda prisa. Quizá debería acercarme y cerrar la puerta. O mejor no. Estaba cansado y excitado y desconcertado y la noche ya había terminado para mí. Cuando metí la llave en la cerradura de mi habitación, sin embargo, aún no estaba seguro de tener que dejar abierta la puerta de la habitación de O. Tenía una extraña intuición. Había alguien. En la habitación de O había alguien. O tenía visita. Y, antes de que acabara de hacer girar la llave en la cerradura y

antes de que concretase esa intuición, una voz me devolvió a la realidad.

—¿Óscar?

Me volví sobresaltado.

Era Lola.

O Greta.

La mujer tatuada de los ojos intensamente verdes. Estaba en la habitación de O cuando yo la había llamado para avisarla. No supe sacar ninguna conclusión. Sólo me quedé en mitad del pasillo, hipnotizado por aquellos ojos y aquella sonrisa.

La serpiente tentadora.

—¿Dónde vas? Ven. Tengo que hablar contigo.

Fui. Me acerqué poco a poco.

18

OJOS VERDES Y VENENOSOS

Sólo estaban encendidas dos lámparas en la gran habitación, y no era suficiente para iluminar todos los rincones. Eran de esas bombillas débiles, de resplandor amarillento y turbio característico de aquella casa, que creaban una atmósfera tenebrosa y peligrosamente íntima.

—¿Eres el hombre de Zabala?

—Soy el amigo de Zabala —concedí.

—Más que amigo —apostó ella.

Supuse que a O Zabala le gustaría que le diese la razón.

—Más que amigos —concedí.

—Se los busca tiernos, ahora —añadió, despectiva, mirándome de reojo.

No sé por qué, pensé «¡Te jodes!».

—¿Te gusta Venecia?

—Sí.

Me miraba de arriba abajo y calificaba lo que veía con nota alta. Sus ojos eran peligrosos, afilados, venenosos, fascinantes. El rostro delicado, como de muñeca oriental de porcelana, de blancura quizá acentuada con cosméticos, la mancha violenta y granate del pintalabios. Y el cabello tan negro. Toda ella respiraba vocación oriental.

—Es una ciudad maravillosa, única. ¿Conoces el Palacio Ducal por dentro?

—No.

—Maravilloso. Verías Tintorettos. En la Sala dei Tre Cape, cosas del Bosco. Adoro el Bosco.

—Ya.

Vestía una blusa de seda crema y brillante que reposaba suave sobre sus pechos destacándolos como sin querer, y unos pantalones vaqueros muy ajustados. En la V del escote, como una camiseta azul, se podían ver los delirios del tatuaje. Una nube negra, un rayo, la cima de una montaña.

—Yo la llamo la ciudad de las artes. La ciudad mágica, porque aquí todo es posible. En mi vida, yo he hecho de todo un poco. Peluquera de televisión, espía industrial, taxista… Aquí, he podido ser artista. ¿Viste aquellas máscaras y aquellos trajes, aquellos disfraces, en el taller de Marcantonio? Todo eso lo diseño yo. Y lo vendo bien. Me gano la vida. Yo, que siempre había sido un desastre, que pensaba que no servía para nada. Y tú mismo, ya lo has visto. Llegas a Venecia y triunfas en el Hotel des Bains y cada noche puedes actuar en el Cipango. Mucho más de lo que tenías en Barcelona, ¿verdad? ¿Te quedarías a vivir aquí, en Venecia?

—Sí, ¿por qué no?

—Zabala se queda. Zabala ya no volverá a Barcelona. Ya me lo ha prometido. Y me ha dicho que tú también te vas a quedar.

Sonreí y me lo agradeció con un parpadeo verde como la selva amazónica. Negué con la cabeza y ella asintió, convencida pero no convincente.

—Ya lo verás —yo, con la cabeza hacía que no, que no—. Os instalaréis en el *palazzo* de Marcantonio, allí cabemos todos, todos juntos, como una familia, como una comuna, ¿qué te parece? Vosotros ganaréis dinero en el Cipango, yo me dedicaré a mis máscaras y mis diseños, y Marcantonio nos mantendrá a todos con sus *performances*.

Me dio la espalda y, sinuosa y rítmica, se dirigió a la cama del rincón. Se sentó, me miró descarada y dibujó un rictus cansado y vicioso.

—No —le dije—. Quítatelo de la cabeza.

—Es un hecho.

—No. Me parece que no estás bien informada. Todo se ha ido al cuerno. Los parientes de Paco Batalla han descubierto el pastel de

las *performances* de Marcantonio y le han partido la cara esta misma noche.

—Sí. Ya me lo ha dicho. Me ha llamado al móvil y me lo ha dicho.

—El negocio al garete. Marcantonio nos culpa a mí y a O del fracaso y de la paliza, y nos la tiene jurada —Lola estalló en una carcajada—. Y, si Paco Batalla sabe que nos conocemos, puedes estar segura de que también se nos acabará el Cipango…

Ella continuaba riendo, traviesa. Y palpaba la cama, a su lado, invitándome a sentarme de una manera casi inconsciente.

—¡Ja, ja, ja! No hagas caso. Pobre infeliz… —ocupé una de las sillas que había alrededor de la larga mesa de madera sin desbastar —. No hay problema. Eso sucede día sí día también, en la vida de Marcantonio, ¿qué te crees? Caer y volverse a levantar, caer y volverse a levantar. Marcantonio y O se reconciliarán. Ya se han peleado otras veces y se han vuelto a hacer amigos sin problemas. Igual que yo. La echaba de menos, y la hice venir porque sabía que me había perdonado…

—¿La hiciste venir tú?

What ever Lola wants…

—Le dije a Marcantonio que quería volver a verla. Pensé mucho en ella durante estos años, ¿sabes? Y pensé que no era justo que a mí me fueran tan bien las cosas y no pudiera compartirlo con ella.

… Lola gets.

Se levantó y vino hacia mí.

De pronto, me dio miedo.

Supongo que debería haberme levantado, para estar a su altura, para plantarle cara, pero no me atreví. Me pareció que un movimiento por mi parte podía ser interpretado como gesto preventivo, como una retirada, un ademán medroso. Supuse, equivocadamente, que si me mantenía impertérrito en la silla, daría sensación de firmeza.

—… Y Marcantonio la llamó —venía diciendo—, se lo montó para hacerla venir. Y ahora yo me encargaré de que se quede. Y se quedará. Porque no me guarda ningún rencor. Me lo ha dicho. Y echa en falta esta vida de sorpresas y aventuras. Me lo ha dicho. Son las leyes de nuestra vida. La amistad por encima de todo. ¿No ves que Marcantonio necesita a O?

Apoyó la cadera en la mesa, indolente, a medio metro de mí.

—En realidad, ya están trabajando juntos. Ahora, la próxima *performance* consistirá en hacer que Paco Batalla encuentre la Clavícula de Salomón. Ya lo tenemos todo a punto.

Me miraba con malas intenciones. Se pasó la lengua por los labios granates.

What ever Lola wants, Lola gets.

—Y, cuando Paco Batalla encuentre la Clavícula de Salomón, ya lo tendremos en el bote otra vez, digan lo que digan sus parientes. Lo que hay que procurar es que Paco Batalla no vuelva a darnos toda su fortuna de golpe, y nos la vaya dando poco a poco, sin darse cuenta, como hasta ahora.

Se había ido desplazando hacia mí hasta estar tan cerca que podría haber tocado sus pechos, resaltados por la seda brillante de la blusa, con la punta de mi nariz. Me puso la mano en la cabeza, como para impedir que me levantara, y me alborotó los cabellos.

Yo abrí la boca para respirar mejor.

—Óscar… —me dijo en otro tono, parecido al ronroneo del gato —. Este mundo es muy diferente al que tú has conocido hasta ahora, y te aseguro que es mucho más divertido, más apasionante, más vivo.

—Todo mentira.

—No tan mentira.

—La Clavícula de Salomón…

—La Clavícula de Salomón existe. Está documentada. Desde el siglo XII hay judíos aquí, en Venecia, en la isla de la Giudecca, y después en el Ghetto Vecchio, y siempre tuvieron libertad para comerciar y para practicar la medicina… y la Cábala. ¿Te vas a cargar ahora, de un manotazo, toda la tradición de la Cábala, que tiene miles de años?

—Gli Scelti…

—También existen. Como existen los masones, y los *llluminati*, y el Club Bilderberg, y todos esos grupos superpoderosos y superconspiredores que manipulan el mundo desde la sombra. Es más infantil pensar que no existen y que todos nuestros gobernantes son buenos, estúpidos e ingenuos, que aceptar su existencia y resignarnos a que el mundo lo gobiernan los malos, porque los malos hacen trampas y siempre ganan.

Mientras hablaba, mecánicamente, como sin querer, con la mano derecha se desabrochó el primer botón de la blusa. Dos deditos inocentes, muy cuidadosos.

—Y las mujeres tatuadas también existimos. En tu mundo de mediocridad nunca habrías soñado que existiera una mujer como yo, con el cuerpo convertido en una obra de arte…

Se desabrochó el segundo botón. Era evidente que no llevaba sujetador. Yo no apartaba la vista para demostrarle mi integridad, mi coraje, mi indiferencia.

—… Sólo aquí —iba diciendo ella—, o en Japón, entre los Yakuza… ¿Has oído hablar de los Yakuza?

Claro que había oído hablar de los Yakuza, los mafiosos japoneses que se tatúan todo el cuerpo, de pies a cabeza. También sabía que suelen cortarse un dedo para demostrar valor o para purgar alguna culpa. No necesitaba echar un vistazo para comprobar que aquella mujer conservaba íntegros todos los dedos.

—Los Yakuza no admiten mujeres —dije, por no callar.

—No hagas caso de todo lo que te dicen.

Cuando se desabrochó el tercer botón, tuve la seguridad de que sus pechos eran tan bonitos y perfectos como cubiertos de tatuajes.

—¿Has visto bien mis tatuajes? ¿Los miraste bien? ¿Te gustan?

Cuarto botón y los tatuajes quedaron al descubierto. Unos pechos firmes decorados con rayos y truenos, tempestad sobre las montañas. Y, debajo de los pechos, como guareciéndose del diluvio, caballos y guerreros japoneses, muy agitados por el pánico. Los guerreros tenían los ojos y las bocas muy abiertos y las manos levantadas, suplicantes, hacia los pezones. Los caballos relinchaban enloquecidos.

—¿Qué te parece?

—Decorativo —respondí, sin aliento.

Me miraba socarrona.

—Me costó mucho dinero hacerme este tatuaje. Tengo que lucirlo, ¿no te parece?

Decidí que había llegado el momento de ponerme en pie y, tal como me temía, el movimiento entorpecido por la proximidad de mujer, pechos y tatuaje, resultó chapucero y complicado.

—¿Éste es tu juego preferido? —tartamudeé.

La silla hizo un ruido estrepitoso, tuve que apoyarme en la mesa

para no perder el equilibrio y ella me puso las manos en los hombros, como para impedir que me cayera.

—¿Qué quieres decir?

—Quitarle…

¿Qué estaba diciendo? Defensivo, puse mis manos sobre sus antebrazos. Volví a empezar, ya más digno:

—¿Éste es tu juego preferido? ¿Quitarle los hombres a O Zabala?

—¿Por qué lo dices? ¿Qué te ha contado?

—Ella te quitó a Marcantonio cuando tú estabas en la cárcel.

Se puso seria.

—No hables de la cárcel. Tú no puedes saber lo que es la cárcel y no tienes ni idea de la clase de amistades que allí se forman. Nos ayudamos mucho, la una a la otra.

—Sobre todo, ella a ti, cuando estabas colgada del caballo.

—Las dos nos hicimos favores —reivindicó cargada de segundas intenciones—. Ella también me necesitaba. Zabala estaba más fuera de lugar que yo, allí dentro. ¿Cuál de las dos va tatuada? Los tatuajes son propios de la cárcel, ¿lo sabes?

Se había acercado demasiado. Descolgué sus brazos de mi cuello, acalorado, con un gesto que sólo podía significar desprecio. Y a Lola Volko nunca nadie la había despreciado impunemente.

—Ella me quitó a mi hombre —puntualizó—. Y aquello ya lo arreglamos.

El odio es de color verde y todo el odio del mundo chispeaba de repente en aquellos ojos.

—¿Cómo lo arreglasteis? —le solté—. ¿Cuándo? ¿En el acantilado de Tánger, cuando mataste al Pequeño? ¿Y a lo mejor cuando mataste a la otra mujer, la que pusiste en tu lugar con tu documentación?

Me mostró los dientes y su boca pareció de vampiro, más que de vampiresa.

—Con mi documentación y unos tatuajes parecidos a los míos, sí. De bruces sobre la hoguera, para que se le desfigurase el careto, sí. ¿Qué pasa? ¿No te gusta? Así es como funciona nuestro mundo…

—Mundo mágico, mundo de artistas —ironicé.

—¡Sí! —ya se alejaba de mí, roto el protocolo—. ¡Y nos gusta! ¡Sí!

—Pues a mí no me interesa.

—… Liquidamos al hijo de puta del Pequeño, y Muzzammil fingió que me mataba a mí delante de sus hombres, que le vieron como un vengador heroico, fantástico, y desde aquel día le pusieron al frente de la banda, ¡como él quería! Yo estaba de acuerdo con Muzzammil y él con la policía. Desde entonces, todo el mundo quedó contento porque se suponía que habían decapitado a la banda del Pequeño, y parece que aún no saben que el jefe de los traficantes del Magreb es Muzzammil. ¡Sí, señor, la mejor *performance* de Marcantonio y Lola Volko! ¡Sí, señor, a eso le llamo yo una obra de arte!

Di dos pasos para distanciarme de ella, que venía hacia mí, contra mí. Daba miedo. Yo fingía que no me impresionaba. Ni levanté los brazos para interceptar golpes ni salí corriendo despavorido. Sólo alargué la mano hacia el pomo de la puerta, tranquilamente, tan sereno, reprimiendo la necesidad de precipitarme fuera de la habitación y ponerme a chillar.

—Pues yo le llamo estafa y asesinato —comenté—, y estás muy equivocada si crees que Zabala…

—¡Habla por ti! —gritaba ella, desquiciada.

—… y yo nos quedaremos en Venecia para reíros las gracias…

—¡Habla por ti, mocoso!

Miré por encima del hombro y no la vi y enseguida tuve la intuición de que las cosas se estaban poniendo muy feas.

Me disponía a tirar del pomo de la puerta para abrirla cuando el movimiento brusco, a mi espalda, atrajo mi atención. Lola acababa de descolgar un cuadro de la pared, una marina con góndolas y gaviotas. No tuve tiempo de esquivarlo.

El cuadro cortó el aire con un zumbido venenoso y su canto impactó como un rayo contra mi frente, entre un estruendo de cristales rotos y chasquido de madera cuando el marco se desbarató entre los dedos de la mujer tatuada mientras las piernas se me aflojaban y un mareo deformaba el decorado y me proyectaba contra el suelo.

—¡A mí nadie me deja con la palabra en la boca! —oí que gritaba, ahogándose de furia.

19

CUENTAS PENDIENTES

No me había dejado sin conocimiento, y no estaba seguro de que eso fuera bueno porque la pérdida del conocimiento elimina automáticamente el miedo y el dolor y la necesidad imperiosa de luchar. Cuando te atacan con un golpe de marina y conservas los sentidos, la cabeza te duele mucho, el pánico te electriza y tienes que rebelarte contra los golpes de la persona que te quiere liquidar.

Lola había retenido entre las manos uno de los listones dorados que componían el marco y ahora lo utilizaba como bastón, con ansia asesina.

Braceé, arañé el aire, interpuse manos, brazos y dedos para que absorbieran los golpes, y ella continuaba golpeando, convertida en un tornado de ojos verdes centelleantes y dientes de vampiro. Gritaba, pero yo no prestaba atención a lo que decía, tenía otras cosas de que preocuparme. Supongo que mis propios gritos impedían que oyera nada más.

Me arrastraba por el suelo, sobre una alfombra de cristales rotos, retrocediendo para buscar la seguridad debajo de la mesa y las sillas, y Lola me perseguía descargando sobre mí bastonazos frenéticos. Tropecé con una de las sillas, me di un golpe en la cabeza. Me dejé caer de espaldas, levanté los brazos, agarré una silla y la proyecté contra la mujer al mismo tiempo que ella aprovechaba para pisarme con fuerza el vértice de las piernas.

Duele tanto como dicen y como cualquiera puede imaginar.

Es un rayo de luz y oscuridad que va directo del aparato genital a la garganta, que se obtura y por un momento estás seguro de que morirás ahogado, incapaz de respirar nunca más. Qué dolor. Tuve la sensación de que todo el cuerpo se me arrugaba como una pasa, que quedaba reducido al tamaño de una pasa, todo el cuerpo comprimido en un núcleo atómico de dolor y nada. La madre que la parió.

Sé que pataleé para huir más y más de ella, metiéndome debajo de la mesa, dándome golpes contra todas las sillas que escondían las patas allí debajo.

Lola continuaba aullando. Me pareció que me insultaba en castellano. Tiraba sillas en todas direcciones, eliminando obstáculos para poder llegar hasta mí.

Y, de repente, me pareció que a sus chillidos se sumaban otros de tono conocido. Y, a través de las lágrimas, desde debajo de la mesa, vi cuatro piernas, cuatro pies que bailaban.

O.

Repté como pude para tener una visión completa de lo que estaba sucediendo. Estaba doblado y no me podía desdoblar, pero debo decir que me gustó lo que vi.

O Zabala había entrado en la habitación, había atacado a Lola por la espalda, le había agarrado la mano armada y le rodeaba el cuello con el brazo derecho, como para estrangularla. Retrocedían las dos, se alejaban hasta chocar con la pared.

Lola gritaba «hija de puta, hija de puta» y se revolvió contra ella con un repente tan violento que se desprendió del abrazo y pudo embestir como un toro. Agarrada al traje blanco de tirantes, agarrada la otra a la blusa de seda desabrochada con manos desesperadas y brazos descontrolados, tambaleándose, lanzando y bloqueando trompazos, interpretaron un baile de borrachas al ritmo de una música enloquecida que únicamente sonaba en sus cabezas, hasta que chocaron violentamente con el armario de plástico desmontable que se cerraba con cremallera y cayeron sobre la cama estrepitosamente. Allí, se produjo una aterradora explosión de gritos, rugidos, bofetadas y pataleos, cuya onda expansiva proyectó a las dos mujeres al suelo otra vez. Chocaron contra el armario plegable de plástico que se plegó catastróficamente y se convirtió en un bulto informe desmayado contra la pared.

O rodó por el suelo voluntariamente, como en cámara rápida, para alejarse de su rival, y se puso en pie de un salto con agilidad de luchadora de *catch*. Se le habían roto los tirantes del vestido, que ahora era un harapo colgante, y se lo arrancó a tirones para disponer de mayor libertad de movimientos. En sujetador y bragas, descalza, esperó y recibió la acometida de una Lola que venía de lejos.

Chocaron con un estallido de gritos y golpes, fueron a dar contra el muro, junto a la chimenea, y cuatro manos de garras puntiagudas y afiladas buscaron ojos y cabellos con ganas de hacer mucho daño.

Yo había salido de debajo de la mesa, pero me resultaba imposible ponerme erguido. Era como si llevara atado un cable de alta tensión de medio metro entre el cuello y los testículos. Si trataba de enderezarme, el cable se tensaba y amenazaba con la castración. Jo, había oído hablar de los puntapiés en los mismísimos, pero nunca había experimentado uno de verdad y hay que reconocer que duele mucho más de lo que me imaginaba. Estoy convencido de que será una experiencia inolvidable en mi vida. El cable de alta tensión me estrangulaba y la voz me salía delgadita y cascadita:

—¡Basta, chicas! ¡Basta! ¡Parad!

O rechazaba a Lola, que retrocedía trastabillando, un poco aturdida, pero volvía a la carga incansable. Intercambiaron puñetazos a distancia, con furia ciega y maquinal. Casi por casualidad, Lola encajó el puño en los morros de O, que escupió sangre y salió impulsada hacia atrás sin soltar la blusa brillante y desgarrada, como si no se quisiera distanciar, como si la invitase a continuar golpeando.

—¡Por favor, por favor, basta! —gritaba yo, doblado en ángulo recto, apoyado en la mesa, luchando contra el cable de alta tensión capador.

Pero tuve que aceptar que las dos amazonas no estaban luchando por mí. En realidad, se habían olvidado de mí, yo no contaba para nada. Una vez más, tenía que sentirme marginado de sus asuntos. En aquel combate, estaban dirimiendo cuestiones que hacía mucho tiempo que tenían pendientes. La noche del tiroteo en Tánger, las lágrimas derramadas por la amiga muerta, la relación con Marcantonio mientras Lola estaba en la cárcel, la contradicción

enloquecedora de la alegría por la Lola resucitada y la contrariedad de que no estuviera muerta, la manipulación, las mentiras, las falsas promesas, el pasado, la cárcel, la adicción a la heroína, vete tú a saber cuántas cosas más.

Yo allí no tenía nada que hacer, sólo era un espectador, pero no podía permitir que continuasen de aquella manera porque pronto una de las dos mataría a la otra. Y después la superviviente lo lamentaría durante el resto de su vida.

De repente, cuando volvían a trenzarse en un abrazo salvaje, O giró violentamente sobre sí misma y Lola salió volando, formando ambas un paso de baile de lo más sofisticado. Las zapatillas de deporte blancas se despegaron del suelo y trazaron un arco en el aire y la mujer tatuada se pegó un trastazo de espaldas contra el pavimento de piedra, inmovilizada por una O Zabala de hierro con cara de monstruo asesino. Y O Zabala descargó el puño sobre aquel rostro soportando estoica el dolor que le encendía los nudillos y le recorría el brazo, consciente de que aquello era tan perjudicial para ella como para quien recibía los golpes, pero incapaz de detenerse. Cinco puñetazos descargados con toda la rabia prohibida que había ido almacenando durante años y años de pensamientos agrios y solitarios. Cinco trompazos castigando el rostro redondo de ojos verdísimos, pam, pam, pam, pam, pam, hasta que de la nariz de Lola manó la sangre y sus ojos escupieron lágrimas en todas direcciones.

Entonces, asustado, me lancé, y si me duelen los huevos, que me duelan, yo esto no lo puedo permitir, y abracé a O, que lloraba, y la empujé hacia el centro de la habitación, para obligarla a distanciarse de Lola, y le grité «¡No, O, basta ya, basta ya!» y supongo que continué gimiendo «¡Basta, basta, basta!», y fuimos a caer sobre la mesa del centro, ella debajo, yo encima, pegados el uno a la otra, paralizados, conmovidos únicamente por el jadeo enfermizo, la sangre chorreando caras abajo, las lágrimas embadurnando de rímel las mejillas.

Por un instante, el contacto con aquel cuerpo hirviente, excitado y sudoroso me provocó una especie de mareo, ese aturdimiento que te afloja las piernas y te hace caer en la tentación. Apretaba a O contra mí para calmarla, pero también para hacerla mía, para asegurarme de que nunca más se separaría de mí. Experimenté un

estremecimiento emocional tan grande que mi corazón podría haber estallado en ese mismo instante.

—Basta —susurré.

—Lo siento —dijo ella, procurando dominar los sollozos—. Lo siento mucho.

—¡Joder! ¡Es que no se os puede dejar solos! —gritó Pepín Orango desde la puerta.

O y yo nos separamos como si nos hubiesen sorprendido en una situación indecorosa.

Bueno, hay que reconocer que era una situación indecorosa. Una vez erguido, tomé conciencia del estado de la habitación, la gran mesa fuera de sitio, las sillas caídas y desparramadas por aquí y por allí, el armario hecho un guiñapo ridículo, el suelo alfombrado de cristales, y el marco del cuadro hecho pedazos, y una marina de góndolas y gaviotas ultrajada en mitad del paso. Y nuestra virtuosa pianista en sujetador y bragas, con sangre que le chorreaba de la nariz y de un arañazo profundo de la mejilla; y Lola en el suelo, cubierta de sangre también, y berreando de rabia, con aquellos tatuajes azules que le hacían cuerpo de reptil; y yo con una brecha en la frente, y cortes en las manos producidos por los cristales del cuadro roto, y lo que no se veía, aquella zarpa despiadada que me obligaba a doblegarme servil y reverente y lloroso.

En la puerta, se apiñaban Pepín, Ovidi, Jordi Cerdaña y las gemelas, maravillados.

—Es que no se os puede dejar solos…

—¡¿Pero se puede saber qué estáis haciendo?!

—¿Qué os ha dado?

—Por favor —dijo O.

—Por favor —dije yo.

—¿Queréis que avisemos a un médico? —preguntó Jordi Cerdaña, preocupado por el estado de Lola.

—¡No aviséis a ningún médico! —bramó la mujer tatuada desde el suelo, moviendo imperiosamente un brazo.

Se empezó a levantar, con muchas dificultades. Ahora le salía el dolor de los golpes, que en la calentura de la pelea había sido ignorado. Clavó uno de sus ojos verdes sobrenaturales en el grupo escultórico que formábamos O y yo. El otro ojo verde estaba cerrado y una mancha negra de rímel le formaba encima una

especie de parche de pirata.

—¿Esto qué quiere decir? —jadeó—. Que no te quedas en Venecia, ¿verdad?

No valía la pena contestar aquella pregunta. O, cabizbaja, se separó de mí y se dirigió a la masa informe del armario. Forcejeó con la cremallera.

—Mala bestia. Supongo que aquí se acaba todo, ¿no? —Lola se había puesto en pie sin ayuda y se apoyaba en la pared—. ¿Qué le digo a Marcantonio? ¿Que tenía razón? ¿Que eres una mala puta? —añadió, tan arrogante como si hubiese ganado el combate—: Eres una cobarde y una desagradecida.

La sangre de la nariz le cubría la boca de vampiro y le teñía de rojo los pechos e incluso los pantalones.

—Hija de puta —continuaba—. Pensaba que habíamos tomado caminos diferentes para llegar al mismo sitio. Pero no es así. Caminos diferentes para llegar a lugares diferentes.

O había rescatado un traje gris del armario, uno cualquiera, quizá demasiado elegante para la ocasión, pero daba igual, ya se lo estaba poniendo. Agarró una mochila negra donde puso un neceser, una caja de *kleenex* y un pequeño estuche negro. Localizó los zapatos, y se los calzó.

—Eres una cobarde y una desagradecida —insistía Lola.

Me interpuse en el camino de las dos, para evitar que volviesen a la carga.

—Vamos, por favor —dijo O—. Vámonos de aquí, por favor.

Me lo rogaba. La tomé del brazo y la conduje hacia la puerta. Detrás de nosotros, Lola volvía a llorar desconsoladamente y gritaba:

—¡Eres una cobarde y una desagradecida!

20

HINCHAZÓN

Una vez en el corredor sombrío, cuando nos sentimos solos, aunque era evidente que Pepín, Ovidi y Jordi nos estarían espiando por la rendija de la puerta entreabierta, O me arrastró hacia el interior del cuarto de baño.

De momento, aturdido aún por el dolor y la inflamación que me colgaba entre las piernas, no lo entendí. O quizá deberíamos decir que me hice extrañas ilusiones. Hasta que ella dijo:

—No podemos salir a la calle con esta pinta. Nos detendría la policía.

El espejo nos devolvió una imagen grotesca. Casi daban ganas de reír.

O me dio la caja de *kleenex* y un paquete de toallitas húmedas. Se enjuagó la cara hasta eliminar todo rastro de sangre, tanto de la nariz como de la mejilla. Después, procedió a maquillarse un poco para disimular el arañazo de la mejilla y, por fin, se peinó con la ayuda de un cepillo que llevaba en el neceser.

Yo, entre tanto, me senté en la taza del váter y me concentré en mi entrepierna con la esperanza de que mi prodigiosa fuerza mental me ayudara a vencer el dolor. Me encontraba un poco mareado, con sudores fríos, náuseas y demás, pero no estaba dispuesto a manifestar mi debilidad si O no exhibía primero la suya.

Me limpié la frente y restañé la sangre de los cortes de las manos, que eran superficiales. Tan cerca de O, porque el cuarto de

baño era muy pequeño, me sentía irremediablemente atraído por ella, que actuaba sobre mí como un hechizo. Miraba su imagen en el espejo y la miraba a ella en persona, y tenía que hacer un esfuerzo heroico para no robarle un beso.

Pensé que estaba enfermo. Que estaba loco. Que no podíamos continuar de aquella manera.

Cuando volvimos a salir al pasillo, en el caserón reinaba un silencio asfixiante, como el silencio del fondo del mar. Corrimos de puntillas hasta la escalera y la bajamos de dos en dos y ganamos la calle con la sensación crispada de que dejábamos atrás una bomba a punto de explotar.

Quizá por eso, en aquel momento se nos escapó una risa de felicidad. Era la alegría de quien acaba de salvarse de un grave peligro y, por lo tanto, valora mucho más el momento presente. O echó a correr y yo le dije «No corras, no corras, que es peor», lastrado por aquel bolo que me habían colgado entre los muslos, y ella se volvió hacia mí y estallamos en nuevas carcajadas que sin duda habían de molestar a los vecinos.

—Ha dicho Lola que te querías quedar en Venecia, con ellos.

—No. Lola quiere que yo me quede. En realidad, me hizo venir para que me quedase. Dice que pensaba mucho en mí desde aquel incidente de Tánger, que no tenía la conciencia tranquila. Convenció a Marcantonio para que me trajera y, cuando nos encontramos a solas, me pidió perdón y rememoró las alegrías de los viejos tiempos. Y me pidió, me suplicó, me exigió, me ordenó, que me quedara a vivir con ellos. Y yo le dije que no.

—Y ella ha creído que la causa del no era yo. Que no te quedabas porque querías venir conmigo a Barcelona. Y me ha querido convencer. Y no acepta un no por respuesta.

Pasamos el Ponte Scalzi y caminamos hacia la plaza de San Marcos siguiendo los indicadores que hay por toda la ciudad. Flechas. Por aquí. Hacia el puente de Rialto.

—No entiendo tanto interés después de tanto tiempo. ¿Cuándo hace ya? ¿Tres años?

O suspiró.

—Está sola. Desamparada. Su relación con Marcantonio es atormentada, complicada, pasa por continuos altibajos. Ahora, él ha tenido un lío con una jovencita y Lola le ha querido matar.

—¿Le ha querido matar?

—Comedia. Si Marcantonio se muere, Lola se derrumbaría definitivamente, moriría con él. No tiene a nadie más en el mundo, nunca ha tenido a nadie más. Un día, Marcantonio la salvó de un suicidio y al día siguiente Lola salvó a Marcantonio del alcohol. Se han querido hasta perder el mundo de vista, hasta ser detenidos en Londres por exhibición indecente y escándalo público, y se han odiado y atormentado mutuamente hasta ser carne de hospital.

—Me dijiste que ella fue a la cárcel por culpa de él, ¿no?

—Marcantonio cometió una estafa muy complicada y lo hizo de manera que todas las pruebas del delito apuntasen a Lola. Lola fue detenida, juzgada y condenada y cumplió unos años de cárcel, y Marcantonio no movió ni un dedo para evitarlo. Y, además, odiaba a Lola porque se sentía culpable de haberle hecho tanto daño. Por eso, cuando yo salí de la cárcel y fui a verlo para decirle que Lola no le guardaba rencor y que lo continuaba queriendo, Marcantonio me sedujo. Lo hizo para castigar a Lola, porque no podía soportar que la mujer que él más quería le perdonase todo el mal que le había hecho. Resulta un poco difícil de entender para un chico como tú, que proviene de una familia perfectamente estructurada de la izquierda del Ensanche, pero así son las cosas.

—Te puedes ahorrar las referencias personales.

—Por aquel entonces, al salir de la cárcel, Lola tuvo un ataque de rabia. Quizá el asunto de Tánger fuera una forma de venganza. No me mató, pero se sirvió de mí. Se borró de mi vida para siempre y me dejó tirada y sola en una Barcelona hostil.

—Con todo esto, me estás diciendo que lo que ha pasado esta noche no es tan raro.

—No. No es tan raro.

—Y ahora, tres años después —concluí—, pretende que no ha pasado nada, que todo está olvidado, que entre amigos no existe el rencor, que el tiempo lo borra todo, las penas anteriores, los años de cárcel, el odio a distancia, el tormento, la droga, los golpes, los llantos, las noches en blanco. Pero a ti te cuesta abandonarla. A pesar de todo lo que te ha hecho, a pesar de que sólo trae mala suerte, a pesar de que mató a un hombre y a una mujer, a ti te cuesta ahora irte de Venecia y borrarla de tu agenda. Eso es lo que no entiendo.

—La vida es muy diferente de como tú crees…

—¡No me vengas con tonterías! ¡Mata gente, y roba, y estafa, y lo llama *performances*! ¡Y presume de ello! ¡Como si fuera una artista consagrada!

Ofrecíamos una imagen melancólica y meditabunda, relajada y ensimismada, mientras arrastrábamos los pies entre los restos del naufragio de los últimos trasnochadores, gente que había sabido descubrir la vida nocturna, romántica y perversa de aquella ciudad inverosímil.

Desorientados, desembocamos en un muelle desde donde se podía ver el famoso puente de Rialto. Mis atributos, hinchados y sensibles, me obligaban a caminar despacio y separando las piernas, como quien se ha cagado encima. No me sentía la persona más digna del mundo y le agradecía muchísimo a O que no se avergonzara de pasear en mi compañía. Yo procuraba aparentar buen humor y desenvoltura. Ya tendría tiempo de lamentarme, más tarde, cuando estuviera solo.

Pasamos por encima del puente de Rialto. Qué romántico. Allí nos cogimos de la mano, como dos novietes.

—Te has hecho daño en la mano. No podrás tocar el piano.

—Sí. La tendré metida en hielo todo el día y, por la noche, estará como nueva.

Todas las tiendas estaban cerradas.

—Me hicieron venir porque me necesitaban.

—¿En qué sentido?

A partir de lo que habíamos hablado, se podía entender que necesitaban su amistad, su compañía, recordar los viejos tiempos.

—Me querían implicar en la operación Clavícula de Salomón.

—¿Operación?

—Ellos lo llaman *performance*, recuerda.

—Supongo que era una excusa.

O se encogió de hombros.

—Decían que, cuando se enteraron de que yo tocaba en un grupo de *blues*, se les ocurrió una idea fantástica. La gran idea. Tenían que conseguir que Paco Batalla nos contratara ignorando que ellos y yo nos conocíamos. Cuando nosotros, yo, estuviésemos actuando en el Cipango, podría esconder la Clavícula de Salomón en los cimientos, en el sótano, en algún sitio arcano y significativo,

como dice Marcantonio…

—¿La Clavícula de Salomón?

Nos habíamos detenido en una plazoleta. De vez en cuando, yo tenía que sentarme en algún lugar y soltaba un «¡uf!» y hacía una mueca cómica con las cejas esperando que O Zabala valorase el esfuerzo que estaba haciendo. Poco a poco, el dolor de los testículos empezaba a ser soportable.

O buscó en su mochila. Sacó de ella aquel pequeño estuche que había sacado de su habitación.

—¿Te imaginas el efecto? —iba diciendo—. Marcantonio tiene una visión. O mejor, hace que Paco Batalla tenga una visión. El lugar exacto donde se encuentra la Clavícula de Salomón. La Clavícula de Salomón fue enterrada en los cimientos de una casa de Canareggio. Estudian el mapa, le dan veinte mil vueltas, y resulta que la dirección exacta corresponde a los cimientos del Cipango. ¡Emoción! Eso no puede ser casual. Es una señal. Excavan los cimientos y ¿qué encuentran?

Abrió el estuche para mostrarme una piedra preciosa grande y brillante, de un color verde idéntico al de los ojos verdes de Lola. Una esmeralda.

—La Clavícula de Salomón.

Se me cortó la respiración. Estuve a punto de creérmelo.

—Es falsa —me advirtió.

—Claro —repliqué enseguida.

—Hoy, aquel hombre de barba gris, que se llama Saladdí, ha venido a traérmela y a darme las últimas instrucciones…

—No te fíes —advertí—. Puede ser una *performance* contra Paco Batalla… o contra ti.

—No —dijo, insegura—. Marcantonio dice que considera que ha llegado el momento de pasar a la fase B de la *performance* de la Clavícula de Salomón.

—Y tú te lo crees.

O Zabala me miró. No sabía qué decir.

—Crees —insistí— que Marcantonio no nos la tiene jurada, que no nos tiene manía, que no se quiere vengar de nosotros.

O Zabala apartó la vista y volvió a guardar la piedra.

—No lo sé.

—¿No hemos de temer nada de él?

—No lo sé.

Le acaricié la mano, colorada e hinchada por los cinco puñetazos, cinco, que había descargado sobre el rostro de porcelana de Lola.

—¿Y por qué no me contaste todo esto? ¿Por qué me rechazabas? «No te metas, déjame en paz, vete, que es peligroso».

—Porque es peligroso. Porque son las reglas del juego. Porque, cuando preparas una cosa de éstas, sólo debe saberlo quien lo organiza. Porque no quiero que te hagan daño. Porque en la vida de Marcantonio y Lola todo parece una gran broma intrascendente, pero no lo es. Porque un día, por sorpresa, Lola saca un revólver y mata a un hombre, y otro día te rompe un cuadro en la cabeza y te aplasta los huevos. Porque los detalles de una *performance* no se pueden contar a cualquiera.

—Yo no soy cualquiera —me quejé en voz baja.

—No. Tú no eres cualquiera. Y por eso, con más razón, te lo oculté.

—No vuelvas con eso del niño burguesito de la izquierda del Ensanche.

—No quería que te hicieran daño, pero no lo he podido evitar. ¿Cómo va esa hinchazón?

Con la mano de O entre las mías, callé hasta lograr que me mirase a los ojos.

—La hinchazón continúa en su sitio —dije entonces—. Pero no es la que yo querría. Ésta me impide hacer lo que más me apetecería en estos momentos —sonrió, divertida y complacida—. Ahora sé cómo se sienten los eunucos del Califa.

21

TU NON SAI CHE COSA SIA L'AMORE

Uno de los temas que acabábamos de incorporar al repertorio y que tenían más éxito era *You know what love is don't*, una balada maravillosa de Chet Baker. Arrancábamos con unas notas de piano tímidas y reflexivas, y la voz de O Zabala que, cargada de sentimiento, decía que tú no tienes ni idea de lo que es el amor, *you know what love is don't*, hasta que no has aprendido el significado del *blues*, de la tristeza, de esta música que estamos tocando, *'Til learned the meaning of the blues you've*, hasta que no has perdido aquello que querías, tú no tienes ni idea de lo que es el amor. Y, enseguida, la guitarra de Jordi Cerdaña, el contrabajo de Pepín Orango, los platillos sigilosos de Ovidi Aliaga acompañaban a su melancolía. Allá se iban todos sin mí. Sin el saxo de Óscar Bruch.

… You don't know how lips hurt
Until you've kissed and had to pay the cost…

Me llamó la atención un *palazzo* que se llamaba Priuli, como la calle de nuestra pensión, y me pregunté qué significado tendría esta palabra que me recordaba el pirulí. No tuve ocasión de preguntárselo a nadie y éste es uno de los misterios que me llevé de la ciudad imposible.

—¿Por qué te metieron en la cárcel?

—Porque creía que el mundo era una mierda —respondió—. Y que la única manera de sobrevivir en él era haciendo que fuera aún más mierda. Como vivimos en una pocilga, revolquémonos en el estiércol. No te equivoques: nunca tuve la tentación de hacer un mundo mejor. No te creas que estuve en el trullo por motivos idealistas, ni ideológicos, ni generosos con nadie que no fuera yo misma. Lo estropeé todo porque me pareció que a mi alrededor todo el mundo competía para hacer las cosas lo peor posible, y quise ser la primera, la peor de las peores. Quizá gané la competición. Destrocé todo mi entorno y me destrocé a mí misma. Y ahora estoy tratando de reparar los desperfectos.

—¿Quieres arreglar el entorno?

—No, de eso ya no estoy a tiempo. Por el momento me conformo con repararme a mí misma.

Poco a poco, la canción se volvía lamento, incluso temblaba la voz en una rabiosa aproximación al sollozo: no sabes lo que es el amor, no, hasta que no has besado y has pagado el precio, *Until kissed and had pay*
you've
/ until flipped your heart and you have lost
you've
, hasta que no te has jugado el corazón y lo has perdido, no tienes ni puta idea de lo que es el amor, *you know what love is*
don't
.

Y, entonces, cuando ya me echaban en falta, cuando O Zabala sé que me echaba en falta, con un acompañamiento de piano muy sentido y lento, con un fondo de escobillas que reclamaban silencio y atención, yo me acercaba al piano y me apoyaba en él y, con la voz más profunda y experimentada de que soy capaz, con tanto sentimiento como ella pero también con un poco de guasa, explicaba el significado de la letra, el significado de los

sentimientos, al público italiano:

non sai che cosa sia…

l'amore

Un éxito. El público veneciano siempre nos aplaudió antes de que llegara al final del primer verso:

—… *Finché non hai imparato il significato de la tristezza…*

—O…

—¿Sí?

—¿Tú no te has dado cuenta…?

—¿De qué?

—Es difícil de decir…

—¿Tiene que ver con mi relación con Lola?

—No. Tiene que ver con tu relación conmigo.

—Ah…

—¿Tú no te has dado cuenta de que estoy perdidamente enamorado de ti?

O sonrió y no apartó la vista. Ni siquiera parpadeó.

—¿Y tú no te has dado cuenta de que yo me dosifico?

—¿Que tú te qué? —desconcertado.

—Voy con mucho cuidado. No quiero acabármelo todo de golpe, ¿comprendes?

Esperé a que continuase. No parecía que tuviera nada más que decir. Sacudí la cabeza.

—Si no tienes toda la ración de Zabala que quieres, no es porque a mí no me apetezca. Muy al contrario. Es porque quiero que dures todavía un tiempo a mi lado.

—Muy al contrario —subrayé.

—Muy al contrario.

—Suena muy antiguo esto que dices. La mujer virtuosa que teme que, si se abandona, la abandonarán.

—No me llames mujer virtuosa.

—No me llames niño burguesito de la izquierda del Ensanche.

—No empieces una conversación si no estás en condiciones físicas de terminarla.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Le hizo gracia.

—Un golpe bajo, sí.

—Un golpe bajo, exactamente.

—Un golpe bajo, ja, ja, ja.

—*Finchè non hai impegnato il tuo cuore* e *non perduto, tú non sai cosa sia…*

l'hai

l'amore

Nacía entonces una complicidad muy íntima entre ella y yo, muy cerca el uno de la otra, un amor imposible apoyado en un piano siempre es mucho más emocionante. Y, si hay humo de cigarrillo por el medio, todavía resulta más literario y espectacular.

O Zabala salía al paso de mis palabras, diciendo lo mismo pero en inglés para ser fiel a Chet Baker, creador del tema. Cantaba en voz baja y sentida, susurrando en la intimidad, con el corazón muy cerca de la persona amada. Y al final yo sacaba un encendedor Zippo y le prendía un cigarrillo, el cigarrillo de después, el último cigarrillo en el peor de los casos y, durante los aplausos, nos quedábamos así, uno al lado del otro, ella fumando como una mujer fatal y yo mirándola como un hombre duro, hasta que se nos escapaba la risa.

… *Finché non hai impegnato il tuo cuore e non hai perduto, tu non sai che cosa sia*

l'amore

.

Ja, ja, ja.

Y un suspiro.

Por fin, desembocamos en la plaza de San Marcos, bajo la famosa Torre del Reloj. Al fondo, el sol empezaba a chispear sobre las aguas, recortando la columna coronada por el famoso León, y descubrimos una mañana fresca y clara que se anunciaba abrumadoramente bochornosa, y asistimos a los primeros latidos de la nueva vida, del nuevo día. El servicio municipal de limpieza regando las calles, los trabajadores que se acababan de levantar y corrían a su trabajo, los que salían del turno de noche y se iban a dormir, los sacerdotes que se disponían a decir la primera misa, el café caliente en el primer bar que abre.

Delante de dos *capuccinos* y unas magdalenas reconfortantes, entonces fue O quien me agarró las manos.

—Óscar…

—¿Sí?

—¿No te has arrepentido nunca de haberme conocido?

—¡No! —qué disparate.

—Desde que nos encontramos, aquella mañana, en el Barrio Gótico de Barcelona, no has dejado de meterte en líos. Te has puesto en peligro. Te has jugado la vida. Como una maldición.

—Me gustan los líos, me gustan los peligros y me gusta jugarme la vida si la gano. Es una buena manera de ganarse la vida.

—No, en serio…

—*Tu non sai cosa sia la vita…* —parodié—. *Finché non hai impegnato il tuo cuore e non perduto…*
l'hai

—No, te estoy hablando en serio.

—En serio. He pasado mucho miedo, y los puntapiés en los huevos duelen de una manera horrorosa, pero después tengo mucho éxito cuando lo cuento. Tendrías que haber visto a esas gemelas. Quizá sea verdad que la adrenalina es una droga que crea adicción.

—No te enganches a nada que cree adicción.

—A ti.

—Ni a mí. A mí menos que a nadie.

—Es una manera de hablar.

Comimos magdalenas. Bebimos café caliente. De pronto, ella levantó la voz para romper el tono grave y engorroso y exclamó «¡Bien!», dando a entender que era el momento de ponernos en movimiento.

Pedimos la cuenta.

—¿Y qué piensas hacer, ahora?

Estaba pensando en ello. Retrasé la respuesta. Vinieron a cobrar, pagamos.

—Eh —insistió ella—. ¿Qué piensas hacer, ahora?

—Iré a Murano —dije mientras nos levantábamos y salíamos del café. Se sorprendió—. Lo decidí ayer. Podía seguir al tipo de la barba, ¿cómo se llama?, Saladdí, o podía seguir a Marcantonio. Me dije «Marcantonio sé dónde vive, mañana me encargaré de él…».

—¿Pero encargarte de él…? ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

Nos detuvimos en la puerta. Aquella vez, cuando le cogí las manos, le hice daño.

—Eh, cuidado…

—Oh, perdona.

Pero no la solté.

Ella continuaba esperando una explicación.

—No me fío —le dije—. Deberías haber visto cómo se enfadó, ayer, después de que los parientes de Batalla le pegasen la paliza. Cómo me amenazó. Yo no me creo todo eso de la amistad y de que no hay rencores y todo eso que decís. No. Mira la que ha montado Lola. ¿Tú dirías que aún los tenemos a nuestro favor? Estoy deseando largarme de Venecia en el primer avión. Esa gente me da más miedo que Freddy Krüger. Iré a vigilar la casa de Marcantonio, en Murano. Sé dónde vive. Le seguiré. Controlaré qué hace.

O buscaba una razón para disuadirme. Por un momento, la vi meditabunda y dubitativa, como si ella también compartiera el resquemor y no le pareciese tan mala idea una acción preventiva.

—Pero no has dormido —dijo sin convicción—. Debes dormir…

—¿A estas horas? ¡No! No tengo ningunas ganas de volver a ese castillo maldito lleno de mujeres tatuadas que me pisan los huevos. No, ni soñarlo. Ya me echaré la siesta.

—No me gustaría que te metieras en otro lío…

—¿Otro lío? No…

—Acabarás odiándome si te metes en otro lío por mi culpa…

—No. Seré prudente… ¿En qué lío quieres que me meta? Le seguiré sin que se dé cuenta. Me he convertido en un experto.

Me miró a los ojos, con gratitud infinita. Sonreía como sólo ella sabe sonreír.

—Bueno… —repitió—. Si es lo que quieres… Yo entre tanto vigilaré a Lola.

Ya no pude reprimirme más. Solté los labios y me lancé a un beso inevitable, al mismo tiempo que caía sobre mí todo el cansancio provocado por el esfuerzo que me había costado llegar a aquel lugar y aquel momento. Le puse una mano en la nuca y la otra detrás del hombro para atraerla hacia mí y convencerla de la necesidad imprescindible de aquel beso. Ella se dejó. Cerró los ojos. Y, cuando yo me había asegurado de que los había cerrado, también los cerré. Le acaricié los labios con la punta de la lengua.

Fue una sensación de felicidad comparable a la que habría experimentado en aquellos momentos si me hubiese dejado caer sobre la cama y me hubiera abandonado al sueño.

Un rayo de sol cayó sobre nosotros, por sorpresa. No

necesitábamos más calor. Nunca me he sentido tan impotente, en todos los sentidos.

Nos separamos.

La vida renacía a nuestro alrededor.

O sonrió para demostrarme que le había gustado. Me guiñó un ojo, dio media vuelta y caminó presurosa hacia una de las calles estrechas que desembocan en la plaza de San Marcos.

Yo ya sabía que debía tomar el *vaporetto* hacia Murano en la estación de San Zaccharia, más allá del puente de los Suspiros.

Sight.

Me fui tarareando.

—*Tu non sai che cosa sia…*
l'amore

22

SORPRESA

Abrí los ojos de repente.

¿Me había dormido?

El sol me deslumbraba, me ponía arenilla en los ojos. La brusquedad del sobresalto me recordó que tenía entre los muslos un paquete muy frágil y muy sensible.

¿Me había dormido? Miré el reloj, asustado. Igual Marcantonio ya había salido de su casa, se me había escapado.

No: demasiado temprano para un holgazán como él.

Yo era el indigente sucio que cabeceaba sentado en un portal, cerca de la plaza de Murano donde Marcantonio tenía su *palazzo*. Tenía las piernas flexionadas y los antebrazos apoyados en las rodillas, de manera que se me veían muy bien los cortes en el dorso de la mano, cortes recientes y mal curados que sugerían una noche muy agitada, probablemente de alcoholemia y otros vicios. Era consciente de que mi cabello alborotado tenía el aspecto de un estropajo de esparto polvoriento que adquiría cuando estaba sucio.

Me sentía sucio.

Paseé para espabilarme.

De pronto, se abrió la puerta del *palazzo* y Marcantonio entró en escena. Me pareció que había dormido bien y que se había duchado y me dio mucha envidia. Parecía muy peligroso, tan enérgico y recién estrenado en comparación conmigo, amodorrado, maltrecho, entumecido y con una campana de bronce entre las

piernas.

Como era previsible, se encaminó a la parada del *vaporetto* que yo ya conocía, llamada Colonna. Mientras aguardaba, me había comprado una gorra y unas gafas de sol en la primera tienda de *souvenirs* que había abierto y con un poco de pegamento, unas tijeras de un *mini-kit* de costura y un retal de los bajos de mis pantalones negros improvisé un bigote grotesco que no podía engañar a nadie que me viera de cerca pero que, a la distancia, debía despistar a Marcantonio.

Al volver una esquina, atrajo mi atención una lancha negra y reluciente, como de charol, con letras plateadas que decían *Gull*. Un hombre negro muy alto y corpulento, de aspecto brutal, caminaba por cubierta y se agachaba para hablar con alguien que salía del camarote. Éste era un hombre mayor, de calva brillante y escaso cabello blanco alrededor, con el rostro curtido y cubierto de arrugas. De momento, no fui consciente de lo que veía y sólo cuando doblé otra esquina y ya no podía detenerme y volver atrás para asegurarme, mi cerebro entorpecido me advirtió de que aquellos dos hombres eran el tío Reyes y su fiel Roque. Yo conocía muy bien a Roque, era inconfundible. Había sido camarero y guardia de seguridad en el bar musical que O tenía en Ciutat Vella cuando nos conocimos. Después, cuando el bar se incendió, lo fichó el tío Reyes.

¿Qué hacían, allí, el tío Reyes y Roque?

No podía ser casualidad. Y eran ellos, seguro, no me había confundido.

Mientras esperábamos el *vaporetto* procuré mantenerme a espaldas de Marcantonio, desplazándome hacia un lado u otro según sus movimientos. Siempre con una mano delante de la cara, o fingiendo que hablaba por el móvil, o mordiéndome las uñas, o rascándome la nariz, por si las moscas.

Dejé que subiera él primero en la embarcación y yo fui tras él, un poco encogido, detrás de las espaldas atléticas, inmensas como muros de un matrimonio de turistas nórdicos. Marcantonio y el matrimonio colosal se quedaron en el exterior, gozando del airecillo de la travesía, y yo me colé hacia el interior, desde donde podía observar sin ser visto.

Bajamos en algún punto del Gran Canal y Marcantonio se metió

en la confusión de un laberinto de callejas, puentes, muelles y encrucijadas. Iba muy deprisa y, para seguirlo a la misma velocidad, yo tenía que pegar unos saltitos que no me favorecían nada. El bigote postizo e improvisado y la gorra, donde ponía y llevaba incorporado un pequeño ventilador, porque en la tienda no tenían ningún otro modelo, me creaban una angustiosa sensación de inseguridad. Sólo me faltaba la cojera.

Marcantonio iba hablando por el móvil. Gesticulaba con el brazo larguísimo que tenía libre, con tanta vehemencia como si estuviese haciendo un mitin.

Repentinamente, miró por encima del hombro, como si tratara de localizarme. Di un paso a un lado para refugiarme en un portal.

Cuando salí del escondite, Marcantonio ya no estaba. Sólo un movimiento brusco, un revuelo de ropa y velocidad doblando la siguiente esquina.

Me di tanta prisa como pude, con gran dolor de mi entrepierna. Se me había disparado el corazón con la alarma de ser descubierto y me pasó por la cabeza la posibilidad de una trampa. Marcantonio me había amenazado. Teníamos cuentas pendientes. Después de que su negocio con Paco Batalla se fuera al cuerno, nada garantizaba que no estuviera conspirando contra nosotros.

Paranoias.

Siguiendo sus pasos, con miedo de tropezarme con una sorpresa desagradable, me enfrenté a un callejón sin el menor interés turístico, inhóspito y sucio, que desembocaba en un canal por donde cruzaba perezosa una góndola cargada de enamorados. Poca gente a la vista: tres turistas con cámara fotográfica que querían inmortalizar la góndola, el borracho panzón con el jersey deshilachado que se hurgaba la nariz, el joven de elegancia patricia que hablaba alegremente por el móvil…

Visión fugaz de Marcantonio entrando en el portal de un viejo caserón. Seguí corriendo hacia allí, llegué precipitadamente y me sorprendió que la puerta estuviera abierta. Casi me metí de cabeza sin pensar. Me detuve en el último instante poniendo las manos en los montantes graníticos de la puerta y, de momento, el contraste de la penumbra con la luz exterior impidió que viera nada.

Entonces, alguien me pegó un empujón brutal en la espalda y me vi proyectado en medio de la tiniebla, en medio de una pelea

enloquecida al mismo tiempo que se cerraba la puerta y la oscuridad se hacía aún más espesa.

Tomé conciencia de que unas voces gritaban asustadas, que la estancia estaba llena de violencia, tropecé con un cuerpo muy sólido y fui a dar contra la pared, y una manaza me agarró de la camisa y me devolvió al centro del jaleo.

En el instante siguiente, los ojos se me habituaron a la penumbra y empezaron a discernir lo que pasaba y los oídos concretaron el significado de los sonidos y las voces.

Un tipo con la cabeza rapada, de ojos estrábicos, agarraba por el cuello al hombre de la barba gris y la gorra de lana, que me miraba con unos ojos tan abiertos que casi iluminaban el estrecho espacio en que nos encontrábamos. Otro rapado, sin cuello, tenía el brazo muy estirado y encañonaba a Marcantonio con una pistola. Y todos estaban pendientes de mí, que debía de poner una cara de bobo insuperable.

—¿Y éste?

—¡Venía siguiendo *il Bidonaro*! —dijo el hombre que me había empujado, el borracho panzón del jersey deshilachado—. ¡Ha llegado, ha metido la nariz, lo ha visto todo!

—¡No he visto nada, no he visto nada! —aullé.

Al mismo tiempo que Marcantonio descubría mi presencia:

—¿Qué *coglioni* haces tú aquí?

Desde hacía unos días, todo el mundo me formulaba la misma pregunta.

El de la pistola gritaba *Ti amazzo, ti amazzo!* como un mal actor que quisiera demostrar que acababa de volverse loco.

—¡El *telefonino*! —gritó el que sujetaba al hombre de la barba gris, cómo se llamaba… Saladdí.

El borracho panzón que tenía detrás se quiso asegurar de que yo no le atacaría mientras él se hacía con el móvil de Marcantonio y, con una manaza grande como mi espalda, me aplastó contra la pared.

—*Telefonino!* —oí que exigía—. *Telefonino!*

—¡Y al *giovanotto* también! *Anche il giovanotto!*

El *giovanotto* era yo. El monstruo aprovechó que me tenía amorrado a la pared para registrarme los bolsillos y quitarme el móvil. Estuvo a punto de tocarme los huevos y eso sí que no se lo

hubiera perdonado.

—Eh, cuidado, que yo no tengo nada que ver —me oía gemir.

Al mismo tiempo, sin embargo, me invadía la sospecha. Paranoias. Me preguntaba quién era la víctima más importante de aquel asalto y no descartaba que pudiera ser yo mismo.

¿Una *performance* del amigo Marcantonio?

Siguieron unos instantes de duda.

—¿Y ahora qué hacemos con éste? —preguntó el histérico de la pistola.

—¡Soltad al *giovanotto*! ¡Soltadlo! —imploró la voz de Saladdí, despavorido, en un tono frenético que acentuaba la sensación de peligro extremo.

—¿Cómo es que está aquí?

Se mostraban cada vez más incómodos y enfurecidos y, por lo tanto, cada vez más peligrosos.

—Venía siguiendo *il Bidonaro* —explicaba de nuevo el hombre del jersey amarillo y deshilachado—. No he podido pararle.

—¿Me venías siguiendo a mí? —me preguntó Marcantonio, ofendido—. ¿Qué haces con ese bigote?

—… Lo ha visto todo. Ahora, ya nos ha visto.

El pistolero histérico apuntó hacia mí la pistola.

—*Ti amazzo!*

—¡No! —gritó Saladdí.

En ese momento distinguí el cuchillo que el hombre estrábico mantenía contra su cuello.

—¡No! —se sumó Marcantonio instintivamente—. ¡Él también sabe! ¡Él también lo sabe todo!

—¡Yo no sé nada! —se me escapó.

—¡Lo sabe todo! —insistía Marcantonio—. ¡Y si ahora lo matáis, perderéis una oportunidad de saber dónde está la Clavícula de Salomón!

Los dos asaltantes que tenía a la vista no sabían qué hacer. El hombre que inmovilizaba a Saladdí con el cuchillo debía de ser el jefe de los tres y tomó una determinación. Tenía la cara picada de viruela y un ojo desviado.

—Lo consultaremos con *la Signora*.

—*La Signora* nos castigará cuando vea que le complicamos la vida.

—¡Vamos, va, vamos!

El bizco de la viruela abrió con el pie una puerta que tenía a su derecha. Unos escalones bajaban hacia lo que en otra ciudad sería un sótano. Allí, conducían a una especie de embarcadero al aire libre, donde nos esperaba una lancha de siete metros con poderoso motor Evinrude.

Había un cuarto hombre a bordo. Uno de pelo rizado, mal afeitado, arrugado y canalla. Vestía de negro. Los rapados también vestían jersey de cuello alto y pantalones negros, como él. Una especie de uniforme. El borracho panzón desentonaba con su jersey amarillo deshilachado y aquella pinta de alelado sin iniciativa ni ganas.

Primero bajó el picado de viruela con Saladdí, sin separar el cuchillo de su cuello, como si le considerase el más peligroso de todos. Después hicieron pasar a Marcantonio y yo fui detrás. El histérico me clavaba la pistola en mitad de la espalda.

—¡Tú también! ¡Abajo!

No entendía que yo no podía correr.

Me horrorizaba pensar que a alguien se le pudiera acudir pegarme una patada en los huevos.

Embarcamos.

El tripulante peludo y canalla abrió la puerta que conducía al camarote e hizo un gesto enérgico para hacernos entrar.

El picado de viruela, Saladdí y el cuchillo entraron los primeros. A la fuerza, también entramos Marcantonio y yo y, por último, el histérico de la pistola. Cerraron la puerta.

Era el camarote de los hermanos Marx.

Pensé: «Ahora, la canoa se pondrá en marcha y habrá una sacudida, perderemos el equilibrio y será el momento de abalanzarme sobre el que tiene la pistola y quitársela. Nosotros somos tres, ellos sólo dos…».

—Si hacéis ningún intento de escapar, le cortaré el cuello a este piojoso —dijo el estrábico—. Y recordad que fuera tenemos un par de amigos armados.

Lo que se suele decir en estos casos. El cine y la televisión son una excelente escuela que nos ha ilustrado muchísimo sobre el tema.

La lancha se puso en movimiento, y se produjo una sacudida y

tuvimos que recurrir al apoyo de muebles y paredes para no caer, pero nadie hizo ningún intento de escapar.

—Venga, tú primero —dijo el histérico de la pistola, que estaba detrás de mí.

Me agarró las manos, me las puso a la espalda y noté cómo me las sujetaba con esa clase de cinta adhesiva que se utiliza para hacer paquetes. Una vuelta, y otra, y otra, y otra, muy fuerte. A continuación, después de aquel ziiiip espeluznante que hace esa cinta cuando tiras de ella, me arrancó de la cabeza la ridícula gorra del ventilador y me vendó los ojos. Una vuelta y otra, y otra.

La gallina ciega.

Me empujó, caí de lado sobre un sofá mullido y allí me quedé, con la inmovilidad miedosa y definitiva que caracteriza a los ciegos.

23

EL SECRETO

Pensaba: «Van por mí. Esto es una *performance* de Marcantonio y ya me tienen. La venganza de Marcantonio».

Volví a oír el ziiiip de la cinta unas cuantas veces, y protestas y órdenes y pisadas y forcejeos que indicaban que estaban atando y cegando a Saladdí y a Marcantonio.

—Sólo buscábamos a dos —dijo la voz aguda del histérico—. Si hacéis alguna tontería, podemos matar a uno como escarmiento. Sin problemas. Y lo tiramos en el canal. Nadie nos reñiría, ¿lo entendéis?

Oí un silencio definitivo.

—Marcantonio —dije—. ¿Esto es cosa tuya?

—¿Cosa mía?

—¿Una de tus *performances*?

—No seas ridículo.

—Oídme —dijo Saladdí con la voz deformada por el terror—. Yo soy el único que conoce el secreto. No lo he revelado a nadie. Soltad a estos otros dos. No los conozco de nada. No saben nada.

—¡Cállate! —un ladrido.

Silencio.

—Yo mataría al *giovanotto* —dijo otra voz.

—¡Que os calléis! —otro ladrido.

Más silencio. Sólo el ruido del motor de la lancha, las sacudidas de navegar a toda velocidad. Y, quizá, la respiración del pánico, el

bochorno de aquella estancia demasiado pequeña, demasiado cerrada y mal aireada.

Yo pensaba que ya tendría que estar atando cabos, sacando conclusiones, preparando algún plan de fuga, pero mi mente estaba en blanco. Estaba muy cansado. Me rendía. Cerré los ojos bajo la cinta adhesiva y se me ocurrió que incluso era capaz de dormirme.

—¿Alguien puede explicarme qué coño está pasando? —grité de repente.

—Si hay que explicarte lo que está pasando —dijo la voz grave y agresiva de Marcantonio en castellano, supongo que para evitar que nos entendieran nuestros captores—, significa que no tienes nada que hacer en esta barca. Quiere decir que eres prescindible y, si eres prescindible, prescindirán de ti.

Me callé. Entendí que, al decir que yo sabía algo, Marcantonio me estaba salvando la vida. Era más fácil callar.

Todo parecía muy bien montado, muy convincente.

—Yo soy el único que sabe dónde está la Clavícula de Salomón —gimoteó Saladdí otra vez—. Y ahora me torturarán para que se lo diga.

—Pues díselo antes de que te torturen —sugirió Marcantonio, harto de él.

—¡No, no! ¿Lo ves? Por eso no quiero decírtelo a ti. Tú se lo venderías por dinero. ¡Tú eres tan vendido como ellos! Si te lo hubiera dicho, se lo contarías todo. Esta gente me ofreció quinientos mil euros a cambio del secreto, y los envié a la mierda. Después, me ofrecieron setecientos mil, y volví a enviarlos a la mierda. Llegaron a ofrecerme un millón de euros, ¡y los envié a tomar por culo! Qué fácil lo tendrían contigo, si te lo hubiera dicho… —y volvía a suplicar, enloquecido—: ¡Oídme, de verdad: soltad a estos dos, que no saben nada, que no os dirán nada…!

—¡Cállate! *Stai zitto!*— le decían.

La lancha disminuía la velocidad, el motor pasaba del rugido a suave ronquido. Estábamos atracando.

Alguien abrió la puerta del camarote y la presencia enorme de los secuestradores hizo aún más asfixiante el pequeño espacio.

—*Via, via!* ¡Vamos! ¡Deprisa!

Me agarraron de la camisa y me pusieron en pie de un tirón. Tropecé con los escalones, me di un cabezazo contra el dintel de la

puerta. Miles de manos me iban toqueteando para guiarme, ahora a la derecha, ahora recto.

—¡Ahora cuidado…! —tropecé y, por la manera como me agarraron y por el grito que pegaron, deduje que había estado a punto de caer al agua—. Cuidado, *coglioni!*

Pisábamos tierra firme.

—*Avanti, avanti, avanti!*

Dimos cinco pasos y enseguida nos encontramos con una puerta estrecha que conducía a un interior frío y maloliente. Chocamos los unos con los otros, otro instante de confusión. Nos hicieron bajar unas escaleras, cinco, seis, siete, unos diez escalones. El suelo era resbaladizo y allí también se produjeron movimientos bruscos, gritos de alerta.

—Quítales las vendas de los ojos, que todavía nos vamos a matar —exclamó la voz que mandaba.

Fue doloroso. Aquellos bestias no tenían manías y arrancaron la cinta adhesiva de un tirón seco que, de pasada, nos depiló cejas y pestañas.

Pero no protestamos. No nos atrevimos, por no hacer enfadar los raptores y provocar males peores.

Miré alrededor, igual que hicieron Marcantonio y Saladdí, y nos localizamos los unos a los otros. Parecían tan perdidos ellos como yo. Entonces, me fijé en que Saladdí tenía las orejas muy grandes y despegadas de la cabeza. Le vi viejo, débil y pálido. Podía caer fulminado de un ataque cardíaco de un momento a otro.

Continuamos avanzando por un interior oscuro, de paredes desconchadas y con grietas. Un pasadizo estrecho por donde se circulaba con dificultad porque estaba entorpecido por una serie de puntales metálicos que evitaban el hundimiento del techo. Estábamos en una casa en ruinas, en demolición o en reconstrucción.

Al final del pasadizo, encontramos una mesa, una silla, una bombilla que colgaba del techo y una puerta estropeada pero sólida y provista de una cerradura antigua con enorme llave de tija. Uno de esos cerrojos que soportan impertérritos el paso de los siglos.

El pistolero histérico pasó al frente de la comitiva, arrimándonos a todos contra la pared, abrió aquella puerta y dio un cabezazo imperioso.

El hombre que yo tenía detrás me dio un golpe en el centro de la espalda y fui a dar contra Marcantonio, y él contra Saladdí, y los tres entramos así, dando traspiés y apoyándonos los unos en los otros, en una habitación pequeña como un armario. La puerta se cerró ruidosamente y una mano firme hizo girar la llave en la cerradura.

No había ventana, sólo la iluminación de una bombilla desnuda envuelta en telarañas, y una pila de periódicos muy antiguos sujetos con alambres en un rincón, y cañerías que iban del techo al suelo y emitían sonidos repugnantes, como eructos tóxicos.

Saladdí se dejó caer sentado sobre la pila de periódicos y se puso a llorar.

—Me matarán —decía—. Me matarán.

Atados como estábamos, no podíamos ponerle una mano en el hombro para infundirle ánimos. Tampoco disponíamos de muchos ánimos para infundir.

—… No podré soportar la tortura. Hablaré. No, no hablaré. Me matarán. ¡Dios mío!

—No, hombre, no —balbucía Marcantonio, que no sabía qué decir. Me miraba como instándome a que yo también dijera algo estimulante.

—Me matarán. ¡Están a punto de torturarme para que les diga dónde está la Clavícula de Salomón!

—Saladdí… —murmuró Marcantonio—. Si te matan y no les has dicho nada, nadie encontrará nunca esa joya. Si me lo dices a mí, habrá una oportunidad de salvar la esmeralda.

—Si te torturan a ti —sentenció el hombre de la barba gris, casi sin aliento—, les dirás lo que sabes.

—No, no se lo diré —respondió Marcantonio sin convicción.

—O, peor aún, les venderás el secreto.

—¡No, no, claro que no! —se resistía Marcantonio.

—Pero te engañarían. Si les dices dónde pueden encontrar la joya, te asesinarán y la tendrán gratis. Gli Scelti son así.

Yo procuraba mantenerme al margen, como espectador distante capaz de analizar la situación para conseguir controlarla, pero en aquel momento no pude contenerme:

—Gli Scelti! —exclamé, sarcástico y destructivo, muy enfadado —. ¿Ahora queréis convencerme de que estos bárbaros que nos han

atrapado pertenecen a una secta que domina el destino del mundo?

Marcantonio se volvió hacia mí:

—¡Gli Scelti existen! Tanto si te gusta como si no, existen y están aquí, en la habitación de al lado. Y se disponen a interrogar a este hombre para que les revele dónde está la Clavícula de Salomón…

—¿Quién es éste? —preguntó de repente Saladdí, desconfiado, como si acabara de descubrir mi presencia.

—Un conocido de una novia mía celosa, que venía siguiéndome. Un fisgón. Un mierda. ¡Y quítate de una vez esa mierda de bigote que te cuelga! ¿De qué vas?

No podía quitarme el trozo de tela de debajo de la nariz: tenía las manos atadas a la espalda.

—¡Maldita sea! —protesté, muy nervioso.

—… Y, como tú y yo no sabemos dónde está la Clavícula de Salomón, nos matarán. Porque no les servimos para nada —yo todavía cabeceaba, ensimismado en mi incredulidad—. Y, si quieres esperar la muerte tranquilamente diciéndote que todo esto es imposible, es tu problema, ya te apañarás —varió el tono. Se le veía desesperado de verdad—: Óscar, yo utilicé a Gli Scelti para engañar a Paco Batalla, pero si él se lo tragó es porque sabe que son una realidad, había oído hablar de ellos y yo le demostré su existencia con documentos históricos incontestables. Documentos auténticos que datan de 1776, año de su creación…

—Tranquilo —le detuve.

—Son gente poderosa —insistía, desesperado, convencido de lo que decía— que aspira a dominar el mundo, por encima de los políticos y de las ideologías, sólo les interesa el poder y el dinero. Y ya casi lo han conseguido. Hasta ahora, ya son dueños de las fábricas de armamento y, por tanto, de todos los ejércitos del mundo y, como consecuencia, todo el narcotráfico.

—Está bien —decía yo, agobiado—. Ya basta…

—La Clavícula ya les daría poder supremo para dominar las creencias y las convicciones de los pueblos, el mismo núcleo de las religiones. Entonces, ya lo dominarían todo: el mundo material y el mundo espiritual.

Dijo Saladdí:

—… He enviado a mi familia lejos, a un sitio donde nunca puedan encontrarla, para que no me amenacen con matarla. Y

ahora me han pillado a mí. Pero nunca les diré el secreto. Nunca.

—¡Está bien! —les corté—. Si hay que creérselo, no hace falta perder más tiempo con discursos.

Marcantonio volvió a dedicarse al hombre de la barba gris.

—Saladdí… Si te matan y no has hablado, esa joya se quedará donde está, a disposición de cualquiera que la encuentre. Yo no la podré vender, Saladdí. Me tienen tan atrapado como a ti. Me podrán sacar el secreto a golpes, como a ti, ¿es que no lo ves?

Saladdí lloraba.

—No hay salida —sollozaba.

Yo utilizaba la paranoia como un refugio. Si conseguía convencerme de que todo era un montaje, me sentiría seguro porque eso significaría que no corría auténtico peligro. Pensaba: «Si todo es una conspiración, ¿qué se supone que esperan de mí? ¿Qué tengo que decir? ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué me quieren quitar?». No se me ocurría nada. No había respuesta para estas preguntas.

—Saladdí —insistía Marcantonio—: hay una posibilidad. Una posibilidad muy cruel, muy dura…

El hombre de la barba gris estaba tan desesperado que no parecía que pudiera entender nada.

—Si se te llevan… Cuando se te lleven… Mientras estén entretenidos contigo, quizá nosotros tengamos una oportunidad de escapar.

—¿Escapar? —el otro abrió mucho los ojos y estuvo a punto de echarse a reír, incrédulo.

—Es la única oportunidad. Si no podemos escapar, habremos perdido, se acabó, estaremos como estamos ahora.

—¿Escapar? ¿Escapar cómo? Si podéis escapar vosotros, también puedo escapar yo…

Marcantonio miró a su alrededor, escudriñando cada rincón de la pequeña habitación. Cada detalle. Gran parte de la habitación estaba inmersa en absoluta oscuridad. Por las rendijas de la puerta entraba más luz que la que desparramaba la bombilla encerrada en una reja y envuelta en telarañas.

—Las cañerías —dijo. Se refería a las cañerías que eructaban en la pared del fondo—. A lo mejor, golpeando rítmicamente las cañerías de desagüe podríamos atraer la atención de algún vecino de la finca…

Saladdí lo descartó con actitud derrotista. Marcantonio me miró para transmitirme su angustia.

—Sería una jugada a largo plazo —opiné—. Antes de que el vecino se hubiera molestado por el ruido y hubiera ido a comprobar de dónde procedía, y hubiera levantado una queja, y se hubiera hartado y hubiera avisado a la policía…

—… Ya habrían acabado conmigo y vendrían a buscaros a vosotros.

—¿Y qué pasaría si las rompemos? Si rompemos las cañerías. No sería muy difícil. Provocaríamos una inundación…

—¿Con las manos atadas a la espalda? —criticó Saladdí mientras negaba con la cabeza.

Al tiempo que yo añadía:

—… Aguas fecales y repugnantes llenando la habitación. Ya me imagino a los tres cubiertos de porquería de pies a cabeza…

Marcantonio pegó un puntapié en el suelo.

—¡Pues decid vosotros algo!

—Los alambres —dije. Me miraron. Me expliqué—: Los periódicos sobre los que está sentado Saladdí están sujetos con alambres. Con ellos, podemos cortar la cinta y liberarnos las manos…

Saladdí abandonó su asiento de un salto, como si estuviera ardiendo. Tanto él como Marcantonio fijaron la mirada en el paquete de periódicos viejos y los alambres que los unían. Los extremos de algunos alambres estaban de punta.

—Es una idea.

—¡Eh, Óscar! —Marcantonio me miró con admiración.

Se precipitó sobre el paquete, se puso de espaldas a él y buscó a tientas las puntas erizadas. Empezó a contorsionarse, muy concentrado en lo que hacían sus manos.

—¡Ya puedo! —decía—. ¡Ya puedo! Clavo el alambre a la cinta. Ahora —hacía muecas, mostraba los dientes, sonreía, cerraba los ojos—. Corto. Tengo que cortar. Sí. Nos desatamos. Podemos escapar, Saladdí, ¿te das cuenta?

Esperamos un instante. Pero tardaba demasiado. Saladdí y yo dividíamos nuestra atención entre el ajetreo de un Marcantonio convulso y la puerta. Y tardaba y tardaba.

—Lo conseguiré. Lo conseguiré. Ya lo estoy consiguiendo —de

vez en cuando, con un grito o una blasfemia, nos daba a entender que se había clavado un alambre en la mano—. Pero puedo, podré, puedo. Ya es mío.

Después de un jadeo cada vez más acelerado, orgásmico, estuvo a punto de proferir un alarido victorioso. Se limitó a un discreto soplido:

—¡Ya! —hizo fuerza con los brazos, mucha fuerza, y vimos que los iba separando hasta que, zac, tuvo libres las manos. Se volvió hacia Saladdí—: ¡Se puede! ¿Ves cómo se puede?

Y Saladdí, automáticamente, le miró con unos ojillos lacrimosos y angustiados, inolvidables y dijo:

—Hay un individuo que se llama Mantovani, en la calle de la Bonaccia, junto al palacio Fortuny. Tiene una carpintería, un taller de restauración de muebles. Y, en la carpintería, un escritorio *bureau* del siglo XVIII de apariencia muy modesta. En el escritorio, hay un cajón secreto, y en el cajón secreto está escondida la Clavícula de Salomón.

24

UN TRUCO MUY VIEJO

Se arrepintió inmediatamente de haberlo dicho. Sus ojillos desvalidos permanecieron clavados en los ojos inexpresivos de Marcantonio como si temiera que éste de repente se manifestara como una trampa de Gli Scelti, el Gran Dragón en persona quitándose la máscara.

—Te lo he dicho porque tenéis la oportunidad de escapar. Porque no podrás venderles el secreto. Porque, si no escapas, estás tan muerto como yo. Los dos estaréis tan muertos como yo.

Unos pasos contundentes llenaron el pasillo, cada vez más cerca y, antes de que tuviéramos oportunidad de prepararnos, nos ensordeció el catacrac brutal de la llave antigua al girar en el cerrojo.

—No —dijo el viejo.

Marcantonio puso las manos atrás.

—¡No se lo digas! —susurró.

Todos tres estábamos horrorizados, sin aliento, sudorosos, temblorosos. El pánico llenó la habitación. Y eso no se puede fingir.

Tanto Marcantonio como yo retrocedimos hasta la pared del fondo para evitar confusiones. El pistolero histérico y el de la jeta picada de viruela irrumpieron en la habitación con determinación despiadada, agarraron a Saladdí por los brazos y lo arrastraron hacia fuera.

El pobre hombre ya lloraba a gritos y no era capaz de articular

ninguna palabra coherente. Se negaba a caminar y abandonó la estancia arrastrando los pies. La puerta se cerró como una lápida de panteón que oculta la fosa por sorpresa.

Marcantonio y yo nos quedamos solos.

—¿Y ahora? —me preguntó—. ¿Qué hay que hacer?

—Déjame que me desate.

Se apartó de la pila de periódicos y me dejó sitio. Hice fuerza para separar las manos, tensando al máximo la cinta que unía las muñecas. Busqué a tientas la punta del alambre y la clavé en la cinta adhesiva.

Marcantonio me miraba interrogante.

—¿Cómo conociste a este Saladdí? —pregunté, muy serio y muy frío.

—¿Ahora quieres que hablemos de eso?

—Te recuerdo que te dedicas a estafar a la gente. Quiero estar seguro de que toda esta mierda no es una de tus *performances*.

—¡No seas ridículo! ¿No ves que me estoy cagando en los pantalones?

Era verdad: estaba muerto de miedo. No fingía.

—¿Cómo conociste a este Saladdí?

Hizo un gesto de impaciencia y empezó a hablar muy deprisa.

—Hace un año que busco libros de magia, y estudio las leyendas de Venecia para construir la *performance* de Paco Batalla. He hablado con mucha gente, anticuarios, antropólogos, historiadores, libreros de viejo, he visitado a charlatanes y curanderos para obtener material. Saladdí oyó hablar de mí y me vino a ver…

Lo interrumpió un chillido espeluznante, un «¡noooo!» que procedía de algún lugar no muy lejano del edificio y que nos encogió el corazón. Noté que se me erizaban los pelos de la nuca.

—¡Oh, Dios mío!

—Continúa.

—Saladdí… Decía que tenía un documento magnífico, y me lo mostró. Un libro del siglo XIX, una especie de descripción y transcripción del *Liber Mutus de* alquimia. Éste es un libro que sólo contiene dibujos y que se considera esencial en la Cábala, en el proceso alquímico e incluso en la nigromancia. El libro de Saladdí era una descodificación de los símbolos que alguien había hecho aplicando una clave concreta, y esa clave sólo puede ser la

Clavícula de Salomón. Saladdí siguió la pista del propietario del libro hasta llegar al autor, que por fuerza tenía que poseer la esmeralda. Y ayer me dijo que ya la había encontrado, que ya lo sabía…

—¿Y tú se lo dijiste a alguien más?

—Yo… —se quedó boquiabierto. Quería decir que no, porque sabía lo que significaba un sí—. No… Bueno, sí. Un historiador amigo mío, que me ha ayudado mucho durante este tiempo…

—¿Podríamos suponer que ese historiador tenía conexiones con Gli Scelti, verdad? —le endiñé, acusador.

—¿Conexiones con…? —Marcantonio apartó la vista y se apoyó en la pared. El historiador se lo contó a Gli Scelti y por eso hoy Gli Scelti los habían secuestrado. Y a mí de rebote—. ¡Oh, Dios mío!

¡Chac! Se rompió la cinta. Tenía las manos libres. Corrí hacia la puerta. Ya estaba convencido de que realmente corríamos peligro y quería salir de allí inmediatamente. Espié por una de las rendijas. Fuera, el borracho panzón del jersey amarillo estaba sentado en la silla y había apoyado los brazos y la cabeza sobre la mesa, como si se dispusiese a dormir.

Los alaridos inarticulados de Saladdí se convirtieron en un murmullo agónico, una retahíla de «¡No, no, no, no!» suplicantes.

Una voz autoritaria se dejó oír, en italiano:

—¡Es inútil que grites! Nadie te oirá. ¡Ya sabes lo que queremos saber! ¡Canta de una vez!

—¡No, no, no!

Marcantonio exclamó:

—Lo dirá. Y nosotros seremos los siguientes. Deducirán que nos lo ha dicho y nos lo preguntarán y nos torturarán.

Iba de un lado a otro de la celda, enloquecido.

—¿Qué hacemos, Óscar? ¿Qué hacemos?

—¡Y a mí qué me cuentas! ¡Tú eres el estafador ingenioso y astuto! ¡Tú sabrás!

Al mismo tiempo que decía estas palabras, se me ocurrió; me vino un providencial recuerdo de infancia. La adrenalina agudiza el ingenio, y los chillidos de Saladdí fuera de la habitación ya hacía rato que habían abierto todas las compuertas de nuestra adrenalina, que ahora nos inundaba los cuerpos como una riada furiosa.

—¡No, no, no!

—¡Ya lo tengo! —dije—. Los alambres. El papel de periódico.

Me abalancé sobre el paquete de periódicos y empecé a luchar para desatar las viejas publicaciones. Marcantonio me contemplaba estupefacto.

—¿Qué haces? ¿Pero qué haces?

—Un sistema muy elemental —iba diciendo yo—, una chiquillada que leí en un libro de Enid Blyton cuando era pequeño. La cerradura es antigua y la llave grande, de tija, está dentro de la cerradura. Alambre y papeles de periódico. Y el guardián de la puerta duerme.

Temblaba tanto que los dedos no me hacían caso, nada me salía a la primera, me corté con el alambre y, por fin, los periódicos se esparcieron por el suelo aparatosamente.

Los gritos del hombre de la barba gris, al lado, me crispaban los músculos y me provocaban sobresaltos entorpecedores, me estaban volviendo loco.

Mientras pasaba unas hojas de periódico por debajo de la puerta, en la vertical de la cerradura e iba instruyendo a Marcantonio sobre mis intenciones, él no podía prestarme atención. Iba diciendo:

—Saladdí nunca podrá soportar tanta tortura, morirá pronto, quizá antes de haber revelado dónde se encuentra la Clavícula de Salomón…

Le exigí silencio con un «¡chist!». Con el alambre, empecé a empujar la llave a través de la cerradura. Marcantonio calló y contuvo la respiración. Pegó el ojo a una rendija de la puerta para controlar al guardián, que tenía el rostro hundido en el brazo doblado, sobre la mesa.

—Duerme —susurró.

Yo iba presionando la llave despacito, muy despacio, con precisión, para que no saltara disparada y cayese más allá de la alfombra de papel.

Empujé, empujé, empujé, hasta que la llave dio el salto.

Clac.

Cayó sobre los papeles de periódico.

Y no rebotó, ni hizo mucho ruido. El borracho panzón no se movió. Marcantonio y yo nos miramos triunfales. ¡Sí!

Tiré del papel de diario hacia el interior de la habitación,

despacio, siempre muy despacio, exasperantemente despacio, y los dos pudimos ver con entusiasmo febril, casi delirante, que la llave avanzaba hacia dentro por debajo de la puerta.

Nos mirábamos incrédulos. No sabíamos si reír o llorar. Teníamos los ojos anegados y teníamos que hacer esfuerzos para no aullar de alegría y abrazarnos como si nuestro equipo de fútbol acabara de meter un gol.

La llave, en mi mano, me transmitió fuerzas y poderes maravillosos.

Ya sólo teníamos que neutralizar al ogro guardián.

Metí la llave en la cerradura y la hice girar con muchísimo cuidado, milímetro a milímetro.

Clac.

La fiera estaba dormida, con la cabeza y los brazos sobre la mesa, la silla inclinada y apoyada únicamente sobre las patas delanteras.

Cataclac.

El hombre no se movía. Marcantonio y yo intercambiamos una mirada de inteligencia. «¿Vamos?». «¡Vamos!».

Salí yo primero del calabozo sin el menor crujido, sin respirar, sin permitir siquiera que me latiese el corazón, y me dirigí al pasadizo que debía llevarnos a la libertad. Marcantonio consideraba, sin embargo, que antes de salir de allí todavía debíamos cumplimentar una última formalidad. Me volví para meterle prisa y vi que se iba colocando sigilosamente a la espalda del guardián.

Paralizado de miedo y de nervios, le preguntaba por señas: «¿Pero qué haces?».

Entonces, el borracho panzón se despertó. Levantó la cabeza despacio, perezoso, y clavó en mí sus ojos adormecidos. Le sorprendió verme en plena exhibición de mímica, moviendo brazos, cejas y boca.

Él también abrió mucho los ojos, y arqueó las cejas, y empezó a articular un grito de alerta.

Pero detrás de él Marcantonio agarró la silla por las dos patas traseras y, después de contar mentalmente hasta tres, una, dos, y pegó el fuerte tirón que desencadenó el cataclismo.

El borracho panzón cayó sentado en el suelo al mismo tiempo

que el respaldo se le clavaba en la nuca y le proyectaba el rostro contra el borde de la mesa. Se oyó un golpe espeluznante, un grito sobrenatural, y Marcantonio, horrorizado por el estruendo, levantó la silla por encima de su cabeza y la descargó sobre el monstruo con todas sus fuerzas. La silla se hizo pedazos entre sus dedos.

Los dos salimos disparados en dirección contraria al lugar de donde provenían los gritos agónicos de Saladdí.

Recorrimos el pasadizo oscuro apuntalado con columnas metálicas que impedían el hundimiento del edificio. Encontramos unas escaleras ascendentes, reconocíamos el recorrido que antes habíamos efectuado a tientas. Todavía no se oían voces detrás de nosotros cuando llegamos delante de la puerta.

La empujamos y cedió.

Salimos a un exterior luminoso, que nos cegó, nos encontramos en un embarcadero pequeño de un canal muy estrecho y solitario.

—Corre, corre —gritaba Marcantonio, muy asustado, casi pisándome los talones.

Sólo había una salida: unas escaleras que subían hasta un callejón lleno de basuras.

Durante un buen rato, el pánico guió nuestra huida por un laberinto de vías estrechas y sombrías, plazuelas vacías y pobres, sucias, y encrucijadas desconcertantes, hasta que desembocamos en una calle llena de gente, una calle fabulosa repleta de gente despreocupada, una multitud de turistas embobados, de curiosos bienintencionados, de ciudadanos de Venecia y del mundo.

25

ESCRITORIO BUREAU DEL SIGLO XVIII

La primera señal indicadora de mi vuelta al mundo real fue la constatación de la falta de móvil. De los pensamientos «Tengo que llamar a O» y «Tengo que llamar a la policía», saqué el común denominador «Tengo que llamar», e inferí «No puedo llamar» al recordar que me habían quitado el móvil.

Es una putada que te quiten el móvil con toda la agenda de teléfonos.

Después de eso, resucitaron las reminiscencias del dolor de los bajos y el cansancio galáctico de una noche en blanco y demasiadas emociones a la vez, y tuve que detenerme, exhausto.

Marcantonio, en cambio, corrió unos metros más allá. Aún tenía cuerda.

—¡Hay que llamar a la policía! —grité.

Se detuvo, dio media vuelta, vino a mi encuentro y me agarró de la camisa, tan maltratada y estropeada en las últimas horas, para obligarme a correr de nuevo.

—¡Corre! ¡Corre! ¡No te pares!

No corrí, porque no podía, pero hice un esfuerzo por caminar a prisa.

—¡Tenemos que llamar a la policía! ¡Necesitamos un teléfono! ¿No hay teléfonos públicos, por aquí?

Estaba mirando a mi alrededor dispuesto a pedirle el móvil a un transeúnte y repitiendo que teníamos que llamar a la policía cuando

Marcantonio me interrumpió arrugándome un poco más la camisa y estampándome la espalda contra la pared.

—Llamarás a la policía y ¿qué les dirás? —me preguntó, llenándome la cara de salivilla.

—¡Están torturando a un hombre! —repliqué—. ¡Quieren matarle!

Pero Marcantonio no esperaba mi respuesta. Continuaba hablando:

—Irás a ver a la policía ¿y qué les dirás? ¿Qué les dirás? ¿Les hablarás de Gli Scelti y la Clavícula de Salomón? ¿Y por qué no de Spectra, o de Goldfinger, o de Satanás en persona? ¿Qué les vas a decir? ¿Y dónde les dirás que tienen que ir a buscarlos? ¡Si ni yo mismo sé en qué punto de Venecia estamos!

Miré en la dirección de donde veníamos y, efectivamente, no habría sabido decir cuál era la calle, o *strada*, o *via*, o *fondamenta*, o *salizzada* que nos había conducido hasta allí.

—… ¿Y crees que Gli Scelti nos estarán esperando allí? Se habrán esfumado. Te encontrarás explicando una historia increíble a la policía, en una casa abandonada, sin ninguna prueba de lo que estarás diciendo. Quedarás como un imbécil. Y, además, debes tener mucho miedo de esa gente. Más vale que se olviden de nosotros.

—¿Pero y Saladdí?

—¿Qué Saladdí?

—¡Lo están matando! ¡Están matando a un hombre!

—¡Ya está muerto! ¡Ya no podemos hacer nada por él! Y Gli Scelti ya no estarán en aquel edificio abandonado. ¡Habrán levantado el campo! Habrán vuelto a sus vidas normales, correctas, burguesas, por encima de toda sospecha.

Mi mutismo y mi inmovilidad ya eran bastante explícitos. No necesitaba más argumentación para tenerme bajo control. Marcantonio se apartó de mí asqueado por tener que tratar con imbéciles integrales como yo. Y, cuando ya me relajaba e iba normalizando las constantes vitales, volvió contra mí, enfurecido. Aquella vez no me tocó, pero yo pegué la espalda al muro de todas formas por si acaso.

—Además —reanudó—, parece que no te has enterado de que tenemos la posibilidad de ganar un millón de euros. Ah, ¿no lo tienes presente? ¿Dónde tenías la cabeza cuando Saladdí nos

hablaba de un millón de euros? —remarcó, para que no se me volviera a borrar de la memoria—: ¡Tenemos la oportunidad de ganar un millón de euros! —y, a continuación, sin pausa—: ¿Llevas dinero encima?

—¡No! —dije, rotundo.

—¿Cuánto dinero llevas?

—No llevo dinero.

—¿Tarjeta de crédito?

—No tengo dinero, no tengo tarjeta de crédito. Soy músico y, desde que hemos llegado a Venecia, no he cobrado ni un céntimo todavía.

—¡Estoy hablando de un millón de euros! —iteró, incrédulo. Bruscamente me dejó por inútil y exclamó—: ¡Tienes razón! ¡Necesito un *telefonino*!

Junto a nosotros pasaba una chica que estudiaba su móvil con mucha atención, tal vez leyendo o escribiendo un SMS. Marcantonio le cortó el paso.

—¿Me permites el *telefonino*, tengo que hacer una llamada urgente…

La chica lo esquivó con una finta sumamente ágil y pasó de largo, asustada.

Al siguiente peatón, Marcantonio le abordó con un billete de veinte euros en la mano. Era un señor calvo, con gafas.

—Por favor, señor, tengo que hacer una llamada urgente. ¿Me podría dejar el *telefonino*? Le pagaré la llamada. ¡Le doy veinte euros si me lo deja!

Tampoco tuvo suerte. El hombre interpuso entre los dos un brazo que igual podía ser una barrera que una amenaza, y continuó caminando. Marcantonio era un mendigo que corría de una parte a otra de la calle, mendigando una llamadita por el amor de Dios. Tuvo suerte al quinto intento, con un sacerdote de sotana.

Le dejó el teléfono y le aceptó los veinte euros «para la parroquia».

—¿Lola? —oí que decía Marcantonio—. ¡Necesito pasta! Lo que te contaba ayer. La Clavícula, sí. Es verdad, es un hecho. Aquel que te dije, Saladdí. Todo más que demostrado. ¡Pero necesito efectivo inmediatamente, tanto como tengamos en casa! —Lola debía de

preguntarle cuánto dinero quería. Él no dudó ni un segundo—: ¡Cien mil! Calculo que como mínimo necesito cien mil.

Lola ahora le comunicaba que se había vuelto loco. Incluso yo me quedé helado al oírlo.

—¡Pues lo que tengamos en casa! ¿Cuánto tenemos? —Lola se lo dijo—. ¡Y lo que puedas conseguir! ¡Pues tráelo! ¡Y pasa por un cajero automático! Trae todo lo que puedas. Yo también pasaré por mis cajeros. Ah, y ven con la lancha. No sé dónde estamos… —se dirigió al capellán propietario del móvil—: ¿Dónde estamos ahora, exactamente?

—En Dorsoduro, cerca de la basílica de Santa Maria Dalla Salute. Aquello de allí es el Rio di San Vio.

—¡Vale! —Marcantonio se situó—. Ven con la lancha por el Gran Canal y nos recoges en el Campo Di San Vio, junto al palacio Barbarigo. ¡Y no pierdas tiempo! ¡Es un negocio de un millón de euros, Lola! ¡De un millón de euros!

Devolvió el aparato al sacerdote, que le preguntó muy interesado:

—¿Un negocio de un millón de euros?

Parecía interesado en participar.

—Hoy no, padre. Hoy no vendo acciones de esta sociedad —le dijo Marcantonio.

Me agarró de la manga para arrastrarme, pero me resistí.

—No, espera, Marcantonio, estoy muy cansado. Prefiero ir a la pensión…

Volvió a arrugarme la camisa para llevarme a un rincón donde no molestáramos a los transeúntes.

—Tú vienes conmigo —sentenció—. Te necesito para cargar un mueble —abrió la boca—. Además, no me fío. Aún me estoy preguntando qué hacías tú allí, cuando Gli Scelti nos han secuestrado.

Traté de resistirme:

—¿Pero qué quieres que haga yo, en este estado?

—¿Qué quiero que hagas? —soltó una risa de loco—. ¿Por tu participación en un millón de euros? ¿Por un, digamos, uno por ciento de un millón de euros? ¡Quiero tu alma! ¡Como mínimo, tu alma! «Al mejor contenido del alma, se le añade más y más materia rara. ¡Cuando obtenemos lo mejor de este mundo, le damos el

nombre de locura y mentira! ¡Los magníficos sentimientos que nos llenaron de vida se quedan anquilosados en el caos del mundo!», como decía el *Fausto* de Goethe.

Abrí la boca de nuevo. Me salió al paso, sonriente aún y muy seguro de sí mismo.

—Te puedo obligar. Ahora mismo te puedo clavar la rodilla en los *coglioni*.

—¡No! —se me escapó.

—Y no trates de huir porque, mientras tengas hinchados los bajos, yo corro más que tú.

Era verdad. Era evidente. Me sentí desarmado. En sus manos.

Me agarró del brazo y me arrastró por la calle consigo. Enseguida se supo situar. Sólo nos detuvimos para que sacara dinero de un par de cajeros automáticos de diferentes bancos.

Acto seguido, echamos a correr.

No supe reconocer ni disfrutar de los sitios por donde pasábamos. Cuando los transitas a toda velocidad y pendiente del qué pasará, llega un momento en que todas las calles medievales te parecen iguales. Diríamos que tu propia historia contemporánea va más de prisa que las mil historias antiguas que te esperaban en las esquinas, y pasas de largo sin darte cuenta de nada, y dejas a los caballeros andantes, las brujas y las princesas con un palmo de narices.

Desembocamos, por fin, en una de las plazas del Gran Canal, entre dos magníficos *palazzi*. En un embarcadero, nos esperaban Lola y una lancha.

O había roto aquel rostro de porcelana blanca. Los estragos de la paliza convertían a Lola en la novia de Chucky con un solo ojo verde, grande y luminoso, que desparramaba odio a su paso. El otro ojo estaba cerrado e hinchado y la mandíbula, deformada, le torcía un poco la boca. Vestía un jersey de manga larga y cuello alto que le ocultaba los tatuajes y un mono azul, de tirantes, como de mecánico de coches antiguo.

Me miraba mal.

—¿Él tiene que venir?

—Lo necesitamos para cargar un mueble —dijo Marcantonio—. Y lo quiero tener cerca y controlado.

Subimos de un salto a la lancha que ya tenía el motor en marcha

y arrancó bruscamente de manera que nos hizo caer sentados en los asientos de popa.

Lola me miró de pies a cabeza, entreteniéndose un instante a medio camino. Parpadeó de manera que aquel sencillo movimiento de ojo era la amenaza más pavorosa que nunca me habían dedicado.

—¿Cuánto dinero traes? —le soltó Marcantonio.

—Nueve mil.

—Yo seis mil.

—¿Con quince mil haremos?

—Espero que sí. Si no, se lo podemos pedir a Lucio. ¿Tienes *telefonino*? A mí me lo han quitado. Déjame llamar a Lucio.

Lola le prestó el aparato.

—¿Y nuestro espónsor preferido, Paco Batalla?

—Está quemado, de momento.

Retuve el dato. Paco Batalla quemado, de momento.

Marcantonio llamó a Lucio. Yo cerré los ojos. Me abandoné a la fatiga por un instante. Se me ocurrió que ya no me interesaba nada de lo que hiciesen aquellos dos sinvergüenzas, pero enseguida abrí los ojos diciéndome que sí, que sí me interesaba, claro que me interesaba.

El ruido del motor y el cansancio que me agobiaba y el uso por parte de Marcantonio y Lola de un italiano coloquial y vertiginoso me impedían seguir la conversación palabra por palabra, pero los gestos y las expresiones de los rostros me permitían reconstruirlo de lejos, de muy lejos, desde mi estado de somnolencia. Por lo visto, ya podían contar también con el dinero de Lucio. Ya se había movilizado en algún lugar de la ciudad.

Marcantonio contaba lo que nos había ocurrido, y Lola me miraba, y él me miraba, y a mí todo me daba igual.

Era como un sueño. O como una pesadilla.

La Clavícula de Salomón. La esmeralda escondida dentro de un *bureau* del siglo XVIII, propiedad de un individuo llamado Mantovani. Comprarían el mueble y después venderían la esmeralda a Gli Scelti por un millón de euros. Marcantonio no creía que la esmeralda tuviera poderes mágicos, pero bastaba con que lo creyesen aquellos fanáticos. Un millón de euros. Negocio redondo.

Se abrazaban, muy amorosos. Se besaban.

Se me ocurrió que no vivimos en un mundo muy complicado sino en un mundo sencillo habitado por gente rara capaz de complicarse y complicarte mucho la vida. Serás feliz mientras te mantengas lejos de la zona de influencia de esos individuos. Tan sencillo como eso.

Después de un paseo turístico por el Gran Canal, que no disfruté en absoluto, penetramos por un canal más pequeño junto a un edificio que quizá un día fue suntuoso y ahora era gris y deteriorado, y llegamos cerca de un *palazzo* que me sorprendió porque se llamaba Fortuny.

—¿Fortuny? ¿Como Mariano Fortuny?

—Es Mariano Fortuny —confirmó enseguida Marcantonio, tan erudito—, pero probablemente no el que tú conoces, el pintor del siglo XIX, sino su hijo, que vivió aquí toda su vida. Éste era escenógrafo.

Lola se quedó cuidando de la lancha. Le dio el *telefonino* a Marcantonio, por si la necesitaba. Él y yo saltamos a tierra y, a paso vivo, como siempre, abriéndonos hueco entre paseantes sin prisa e ignorando las joyas arquitectónicas que nos salían al paso a cada esquina, desembocamos en una calle donde un hombre y una mujer empujaban un mueble que iba sobre una plataforma con ruedas.

Parecía un escritorio *bureau* del siglo XVIII.

26

CINCUENTA MIL EUROS Y NO SE HABLE MÁS

El hombre era delgado y huesudo y parecía agobiado por los acontecimientos. La mujer que tenía al lado quizá era uno de esos acontecimientos abrumadores, más alta y gruesa que él, molesta por tener que hacer el numerito en mitad de la calle.

Marcantonio echó a correr para reunirse con ellos.

—¡Eh! —dijo—. ¿Este escritorio es un *bureau* del siglo XVIII?

El hombre y la mujer le miraron con visible hostilidad.

El mueble, lo que en casa llamaríamos un secreter, era de madera oscura con el barniz muy rayado, con incrustaciones doradas y tiradores y cerraduras de bronce muy sucio.

—¿Usted es el *signore* Horazio? —le preguntó la mujer.

—¡No! —dijo el hombre—. ¡No es el *signore* Horazio!

—¿Usted es el *signore* Mantovani? —replicó Marcantonio. Se corrigió—: *II signore e la signora Mantovani?*

—¡Sí! —dijo la mujer.

—Me han hablado de este escritorio y me han dicho que lo vendían.

—Ya no —dijo el *signore* Mantovani.

—¿Ya no? —Marcantonio no estaba dispuesto a aceptar un no como respuesta.

—No, porque ya está vendido.

—¿Ya está vendido? —desolación absoluta.

—Sí —intervino la mujer—. ¿Por qué se cree que lo tenemos en la calle? ¿Se cree que sacamos a pasear los muebles, de vez en cuando?

—Ya está vendido —insistió Mantovani—. Tenemos que llevarlo hasta el muelle.

—¡No tendríamos que llevarlo tú y yo hasta el muelle! —protestó su mujer—. ¡Tendría que transportarlo el que lo ha comprado! ¡A mí me duele la espalda!

—Pero el que lo ha comprado no está aquí…

—¿Cuánto les han pagado? —preguntó Marcantonio.

—Hemos pedido veinte mil euros.

Una chispa de esperanza.

—¿Han pedido?

—Sí, es lo que hemos pedido.

—¿… Pero aún no se lo han dado?

—Hemos cerrado el trato por teléfono. No hace ni media hora.

—Cobraremos ahora, cuando llegue el comprador…

—… Y arrastre él, en persona, este mueble hasta el muelle —sentenció la mujer.

—¡Treinta mil! —dijo Marcantonio.

—¿Cómo dice?

—Que yo le doy treinta mil ahora mismo y me lo llevo ahora mismo, sin que ustedes tengan que arrastrarlo a ninguna parte.

El marido y la mujer se miraron.

—Yo no puedo hacer eso —dijo Mantovani.

—¿Por qué no? —respondió la mujer.

—¿Por qué no? —se añadió Marcantonio—. Es evidente que el comprador no viene, no ha venido, los ha plantado. Cuando llegue, si llega, que lo dudo, le dicen que se han equivocado, que ya tenían apalabrado el mueble, por ejemplo, que su mujer ya había vendido el mueble y no se lo había dicho. Como este comprador llegará cuando yo ya me lo haya llevado, si es que llega, serán hechos consumados. Y usted gana diez mil euros más.

La mujer de Mantovani dio un paso adelante:

—¿Trae aquí los treinta mil? ¿En efectivo?

—Traigo quince mil —dijo Marcantonio, al mismo tiempo que metía la mano en el bolsillo—. Pero el resto lo tendré dentro de un momento.

—Entonces… —dijo Mantovani.

Pero Marcantonio ya tenía el dinero en la mano y ya lo ponía en manos de la señora Mantovani, que fue incapaz de rehusarlo.

—¡Treinta y cinco! —gritó mi acompañante, muy nervioso—. ¡Treinta mil por el mueble y cinco mil por el derecho de preferencia! Si viene ese hombre y les ofrece treinta mil, recuerden que yo he llegado a los treinta y cinco mil —muy agitado, colorado como un tomate, se volvió hacia mí, casi tembloroso—: ¡tú no te muevas de aquí! ¡Que nadie se lleve este escritorio! ¡Es mío! ¡Vuelvo enseguida!

Echó a correr, sin mí y sin esperar mi opinión sobre el tema. Desapareció entre la multitud de turistas.

Me quedé plantado ante el matrimonio, que contaba los quince mil euros que Marcantonio les acababa de entregar.

Marcantonio nunca llegaría a tiempo. No creía que aquel tal Lucio que tenía que prestarle dinero dispusiera de una cantidad tan elevada, y ninguna sucursal bancaria le daría tal cantidad en efectivo contrarreloj. Yo dudaba de que aquella compra en mitad de la calle pudiese acabar bien de ninguna de las maneras.

Un poco violento, me interesé por el escaparate de una tienda de *souvenirs* que había al lado e hice una señal a los Mantovani, como pidiéndoles permiso para meterme en el café de la esquina, y me tomé el café maldiciendo mi suerte y, sobre todo, maldiciendo la suerte de Marcantonio y, entonces, cuando ya me parecía que Marcantonio estaba tardando demasiado y empezaba a pensar en largarme y pasar de todo, se presentó el Comprador.

El Comprador, con mayúscula, porque iba muy bien vestido, muy bien peinado, usaba gafas y me pareció que Marcantonio nunca podría competir con su poder adquisitivo.

—Ah, les ruego que me perdonen, pero se me ha hecho tarde. Creí que los encontraría en el muelle…

—Es que este mueble pesa mucho, ¿sabe usted? —le recriminó la *signora* Mantovani.

—No sabe cuánto lo lamento. Pero no se preocupe. Yo me haré cargo de él, de aquí hasta el muelle…

Me acerqué. El Comprador sacaba un talonario. Mantovani y la mujer me miraban indecisos.

—El señor Gardona —intervine con todo el aplomo de que fui

capaz y utilizando el apellido de Marcantonio con el convencimiento de que así lo hacía más respetable— ha comprado un derecho de opción preferente. Y ha pagado.

—Es cierto —dijo el señor Mantovani.

—En efectivo —puntualicé.

—Es cierto —ratificó la señora Mantovani.

El Comprador me miró como se mira a las personas despreciables e increpó al *signore* Mantovani.

—¿Pero qué significa esto? ¿Que ha vendido mi mueble? ¡Pero si me lo había vendido a mí! Por teléfono me han dicho que me lo reservaban. Es una ignominia. Yo contaba con su palabra, habíamos hecho un trato. Si me hubieran dicho que se trataba de una subasta, habría venido prevenido…

El matrimonio tartamudeaba:

—No, sí, ya lo sé, no se lo tome así, es que por teléfono, no teníamos ninguna seguridad…

Pero, al fin, el Comprador tenía mucho interés por el escritorio y no estaba dispuesto a discutir allí, en medio de la calle, por una tontería. De manera que estaba dispuesto a firmar un talón por cuarenta mil euros.

El matrimonio Mantovani me miró.

—Con un talón —les hice notar—. Mi amigo se lo ha pagado al contado. Y traerá el resto al contado.

—Sólo traerá treinta y cinco mil, al contado —objetó la mujer.

—¡Un momento! —intervenía el Comprador indignado—. Pero ¿esto qué es? ¡Esto no es serio! ¡Este escritorio es mío! Me lo habían prometido, y por un precio determinado. Llego ahora y me dicen que vale el doble, de acuerdo, estoy dispuesto a pagar el doble. ¿Qué más tengo que hacer? ¡Tenga mi talón de cuarenta mil y permítame que me lleve el mueble!

Entre tanto, el hombre de las gafas había extraído el talonario del interior de la chaqueta, había rellenado y firmado un talón y Mantovani ya alargaba el brazo, lo aceptaba.

Yo tendría que haberme retirado, pero no lo hice.

—¡Un momento!

El talón y la mano de Mantovani quedaron suspendidos en el aire. Se me ocurrió que, en el instante en que uno y otra entraran en contacto, Marcantonio habría perdido su oportunidad. Agarré el

talón de un manotazo.

—¡Sólo pido que esperen al señor Gardona! —grité—. ¡Él también tiene derecho a ser escuchado!

El Comprador se puso muy nervioso. Aullaba:

—¡Devuélvame ese talón! ¡Devuélvame ese talón!

A ningún vendedor le gusta ver un comprador tan enfurecido, y menos en medio de la calle, en una situación tan extraña. Por eso Mantovani se sumó a la reclamación:

—¡Devuélvale el talón! ¡Devuélvale el talón!

Si no lo devolvía inmediatamente, avisarían a la policía y, no sé por qué, yo no quería que avisaran a la policía. Lo devolví al Comprador, pero éste ya se había lanzado y no tenía marcha atrás.

—¡Qué derecho ni qué derecho! —me replicaba braceando como un bailarín de jotas, agitando el talón como si fuera una bandera—. ¡Ese Gardona, o como se llame, no tiene derecho a nada! Y esta situación es intolerable. Yo creí que usted era una persona seria, señor Mantovani, pero como veo que es un mercachifle, no quiero tener tratos con usted. ¡Ya está! ¡Que le aproveche su *bureau*!

… E hizo el gesto de romper el talón. Mantovani chilló «¡No!» y le arrebató el papelito de las manos justo a tiempo. Ya estaba: el talón en poder del vendedor. La venta se había consumado. Y en ese mismo instante se presentó Marcantonio sudoroso por la carrera y con una sonrisa triunfal.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó—. ¡Treinta y cinco mil!

—Demasiado tarde —le dije en italiano, porque sabía decirlo en italiano. *Troppo tarde*.

—*Tarde??*

—Cuarenta mil y ya los han pagado —le puse al corriente de la situación. Con una aclaración final—: Con un talón.

Marcantonio fulminó con una mirada asesina al excitado Comprador, se volvió hacia el desconcertado vendedor e hizo un esfuerzo por conservar la sonrisa triunfal.

—Cincuenta mil —dijo—. En efectivo y ahora mismo.

—No —dijo el Comprador sin mover la boca, perdiendo color en la cara, con el tono de «No me podéis hacer esto».

Mantovani le miró esperando a que subiese la oferta.

No la subió.

—No —repetía—. No, no, no.

—¿Cincuenta mil? —se interesaba la propietaria del mueble—. ¿Los tiene aquí? ¿En efectivo?

—Los tengo aquí, en efecto, en efectivo —Marcantonio ya buscaba en el interior de la chaqueta y ya sacaba un sobre de medida
DIN
A4 doblado en dos y muy voluminoso—. Treinta y cinco, que con los quince que le he dado, suman cincuenta mil. Y no se hable más.

Con gesto mayestático, entregó el sobre a Mantovani.

—¡Cuéntelos! —le ordenó.

Mantovani abrió un poco el sobre y miró el interior con ojos desorbitados. Los globos oculares estuvieron a punto de caer dentro del recipiente de papel. Se le cortó la respiración.

El Comprador superó todos los límites de la indignación. Levantó la barbilla, volvió a exponer su opinión de que aquello no era nada serio y se fue, muy digno pero un poco despeinado, descompuesto y con la mirada extraviada.

Siguió un ritual muy violento. Mantovani no acababa de fiarse de nosotros y contó el dinero, y Marcantonio no se fiaba de Mantovani y le exigió un recibo. Todo pudo hacerse allí en medio de la calle, utilizando el escritorio como escritorio, bajo la mirada curiosa de los turistas que, en aquella ciudad, ya no se sorprendían de nada.

Veinte minutos después, Marcantonio y yo transportábamos el escritorio *bureau* del siglo XVIII hacia el Gran Canal donde nos esperaba Lola con la lancha. Cargamos el mueble y pusimos proa de nuevo hacia la isla de Murano.

Penetramos por unos canales estrechos hasta llegar a un rincón donde se podía atracar junto a una puertecilla que resultó perteneciente al *palazzo* de Marcantonio. Imaginé que en aquel sitio, ahora semejante a una alcantarilla, siglos atrás desembarcaban de las góndolas los aristócratas dueños de la mansión, con mucha movida de estandartes, alfombras, pendones, criados y trompetas. Ahora era un rincón triste, maloliente y solitario.

Marcantonio y yo cargamos el trasto hacia el interior, bajo la supervisión muda y severa de Lola. Llegamos los tres hasta el vestíbulo, tropezando unos con otros en las puertas, y los tres introdujimos el escritorio en la sala llena de maniquíes disfrazados,

que sólo le faltaba aquel mueble para acabar de saturarse.

—¿Lo dejamos aquí? —supliqué.

—No, no, sigamos, sigamos —nos animaba Marcantonio.

Continuamos avanzando, golpeándonos con una estantería, con la mesa del centro, con una silla. Yo derribé un maniquí, que derribó otros dos más con el efecto dominó, antes de llegar donde nos conducía el dueño de la casa ignorando mis protestas.

Accedimos a lo que sin duda había sido la capilla del *palazzo*. Había un ábside, un altar y, en las paredes, hornacinas que un día debieron de contener imágenes de santos. En la pared principal, aún quedaba la sombra de un Cristo monumental que alguien había retirado. El espacio, no muy grande, estaba invadido por escaleras plegables, una bicicleta, botes de pintura y utensilios de pintar paredes, cajas de botellas de cerveza, cuadros apoyados en las paredes y vueltos de espalda a nosotros, un montón de colchones y un baúl frigorífico grande como un sarcófago.

—Aquí —dijo Marcantonio.

—¿Se supone que aquí dentro está la esmeralda de Salomón? —preguntó Lola quizá con un principio de alarma.

—En un cajón secreto —certificó Marcantonio, muy seguro.

—Vaya —dijo ella—. Con tantos cajones y cajoncitos, y ornamentos y embellecedores, será un trabajo de paciencia y filigrana.

—Seguramente —dijo Marcantonio—. Tráeme el hacha.

27

MARCANTONIO CON UN HACHA

Daba miedo.

Antes, Lola y él habían extraído todos los cajones del escritorio. Los tres grandes de abajo, y los nueve pequeños de arriba. Después, habían desmontado los anaqueles que se encontraban junto a los cajones de arriba, y habían hurgado en los huecos resultantes, arañando hasta el último rincón, y habían golpeado toda la madera con los nudillos y un martillo, buscando algún sonido revelador.

Yo los contemplaba hundido sobre los colchones que hacían la función de butaca. Adormilado, agobiado por una relajación embriagadora, me sentía muy lejos de los afanes y turbulencias de Marcantonio y Lola. No analizaba lo que veía. Sólo remotamente empezaba a intuir el final de la peripecia.

En un momento dado, desde mi nirvana, percibí un ruido en otro punto del *palazzo*.

—¿Habéis oído? —exclamé.

Lola y Marcantonio no oían nada más que el fragor producido por la ebullición de sus cerebros. Su atención, su ser, su vida, estaban centrados exclusivamente en el mueble que se les iba desmenuzando entre las manos.

A continuación, con la ayuda de un gran destornillador, Marcantonio había arrancado la plancha de madera de detrás para descubrir las vísceras de un mueble que no revelaba nada nuevo. Con un serrucho, cortó los listones para comprobar si estaban vacíos

por dentro. No lo estaban. Y, por fin, Lola le puso el hacha en las manos y, enloquecido, febril, delirante, borracho de frustración, Marcantonio empezó a descargar aquella herramienta sobre la antigüedad con furor homicida.

Con los ojos encendidos y la mandíbula rígida y torcida, parecía el Asesino del Hacha en pleno ataque de psicopatía.

Más ruidos en la casa.

Más de una persona.

Voces.

Alguien cuchicheaba exigiendo silencio.

Más de una persona.

—¡Eh, escuchad! —grité—. En la casa hay alguien.

—¡Calla! —gritó Marcantonio mientras golpeaba con el hacha de manera salvaje.

Ya hacía rato que yo me olía el final del cuento, y supongo que ellos dos también y por eso se iban volviendo más y más locos. El hacha hendía la madera al azar, hacía saltar astillas de donde nunca hubiera podido haber un escondite secreto. Marcantonio ya debía de estar convencido de que no lo encontraría pero se mostraba ansioso por vengarse del maldito cachivache. Lola gritaba, le estimulaba, le insultaba a punto del llanto. Ambos se desahogaban con el mueble, haciendo leña de sus esperanzas, sudando y llorando y maldiciendo y dejándome a mí para el postre.

Pero, al final, cuando se cansaron, clavaron sus ojos en mí, y yo les miré y entre nosotros tres flotó la premonición de una desgracia.

—Hijo de puta —dijo Marcantonio, aparentando una tranquilidad infinita—. Has sido tú.

—¿Eh? —dije sin convicción suficiente, echándome las manos a la bragueta.

—Es cosa suya, seguro —dijo Lola.

El hacha, en manos de Marcantonio, era enorme. Y yo estaba hundido en los colchones, incapaz de ponerme en pie de un salto como me hubiera gustado.

—Hijo de puta —repitió Marcantonio, levantando un poco más la voz—. ¡Tú me has traído a esta trampa!

—¿Pero de qué hablas?

—… Tú has negociado con esos estafadores que hemos encontrado en mitad de la calle…

—Eh, no me fastidies…

—… Por el amor de Dios, negociando con cincuenta mil euros en mitad de la calle, ¿cómo no me he dado cuenta?

—¡Cincuenta mil euros! —subrayó Lola.

—¡No es verdad! —insistía yo, sin esperanzas de que me creyeran.

Lola, Marcantonio y el hacha se interponían entre yo y la puerta.

—Qué fácil ha sido escapar de Gli Scelti, ¿verdad? Los periódicos y los alambres, ¡qué oportunos! Y la llave, aquella cerradura tan antigua, ¡qué fácil! Y tú, tan astuto, lo sabías todo, ¿verdad? ¡Sabías cómo hacerlo!

Es curioso cómo se te pueden olvidar todas las palabras y los argumentos cuando te encuentras en una situación como ésa, cuando tienes tan claro que eres inocente, cuando sabes que debe de haber miles de pruebas para evidenciar tu inocencia, cuando estás convencido de que tú eres el cuerdo y los locos son los otros.

Sin palabras.

—¡La Clavícula de Salomón! —aulló Marcantonio con amargura, con la rabia de un King Kong colgado del Empire State—. ¡La Secta de los Elegidos! *¡La Signora!* ¡El hijo de puta de Saladdí torturado! ¡Todo mentira, hijo de puta!

Las pupilas de sus ojos chispeaban dirigiéndose inquietas a cada rincón de la capilla, como si estuvieran leyendo allí la verdad de la vida. Y Lola, a su lado, era como el animal de presa dispuesto a lanzarse sobre mí para finalizar la tarea de emasculación sin anestesia.

—¡… Sólo queríais recuperar los cincuenta mil euros del tío Reyes!

—¡Los que le quitamos en Tánger! —añadió Lola, al caer en la cuenta.

—¡Cincuenta mil euros! ¡Cómo no he caído antes! Precisamente cincuenta mil euros, ni uno más ni uno menos. Saladdí y los secuestradores, y aquella casa en ruinas, y las supuestas torturas, y Mantovani y la mujer en mitad de la calle, que debían de estar esperándonos a propósito, y el puto comprador regateando…

Cada palabra podría haber sido un hachazo. Por suerte, no lo fue y, antes de que Marcantonio pudiese pasar de las palabras a los hechos, se produjo el milagro.

Detrás de él y de Lola, el hueco de la puerta se llenó con la oscuridad de un ser fantasmal cubierto con hábito de monje negro, con capucha ancha que dejaba su rostro en sombras.

Procuré no variar la expresión de mi rostro, cosa no muy difícil porque tenía paralizado todo el cuerpo, pero Marcantonio debió de notar algo porque se volvió de golpe, y entonces ya eran dos los monjes negros, y Lola también se volvió y gritó, y ya eran tres los monjes negros que iban ocupando la capilla, y Marcantonio quiso levantar el hacha por encima de su cabeza, pero lo hizo sin la menor convicción porque los monjes iban armados, con dagas y con mazas de combate medievales, de ésas con bolas de hierro al final de una cadena, y uno de ellos ladró, brusco y disuasorio:

—¡Tira el hacha! ¡Tírala!

Y continuaban entrando monjes, cinco, seis, uno de ellos armado con una gran espada.

—Tira el hacha, tírala.

—Pero qué es esto… —escupió Marcantonio sin aliento.

Y nada más. No salió nada más de sus labios. Sólo «Pero qué es esto», y tiró el hacha al suelo, y abrazó a Lola.

—Un momento, un momento —decía Lola, al borde del llanto.

Yo me había puesto en pie y temblaba pegado al muro.

Las presencias fantasmales se habían multiplicado hasta siete, número cabalístico, siete monjes que se fueron colocando en fila, silenciosos como ectoplasmas, bloqueando la única salida mientras Marcantonio y Lola, petrificados, retrocedían hasta los colchones de donde yo me había retirado.

La antigua capilla se había llenado de claustrofobia.

Ni Marcantonio, ni Lola ni yo sabíamos cómo reaccionar. No se puede replicar con naturalidad a una invasión como aquélla.

—Por favor —dijo el dueño de la casa, con voz rota.

Del grupo de siete fantoches, se destacó uno que levantó una mano enguantada de negro y, al erguir la cabeza, tanto la parte inferior del rostro, que no ocultaba la máscara negra, como el grosor de la muñeca, delataron que se trataba de una mujer. También fue reveladora la voz que, de repente, llenó de ecos los rincones de la capilla.

—¿Buscabas esto, Marcantonio Gardona?

En la palma del guante negro brillaba el verde fulgor de una

gran esmeralda.

Marcantonio y Lola estaban en éxtasis.

—*Signora?*— sollozó él, pasmado—. ¿La Clavícula?

—Gli Scelti? —gimió ella.

28

SIETE SCELTI

—¡Has tenido que destruir un mueble antiguo valorado en cincuenta mil euros —decía en italiano la voz campanuda de la sacerdotisa— para descubrir que siempre habías tenido la Clavícula a tu alcance!

—¿A mi alcance? —exclamó Marcantonio con la boca seca.

—¿Creías de verdad que toda la sabiduría de todos los grimorios del mundo podía encontrarse resumida en las letras que caben en esta piedra?

El puño negro se cerró sobre la esmeralda que, al desaparecer, dejó la sensación de que alguien había apagado una luz.

—Has confundido tus mentiras con la realidad, Marcantonio Gardona. Has leído mal los libros de la Sabiduría. ¡La Clavícula existía en tu afán de trascendencia! —la voz de la mujer se impuso con una fuerza espeluznante, y Marcantonio cerró la boca, impresionado, y estrechó un poco más a Lola, que temblaba—. ¡La Clavícula no es nada material, pobre infeliz! La esmeralda mágica no es una piedra física, igual que la piedra filosofal de los alquimistas no era el fósforo, ni el mercurio, ni el granito, ni ningún otro mineral concreto. La piedra filosofal era la misma búsqueda, el proceso de investigación, la sabiduría consiste en buscar la sabiduría, y tu Clavícula de Salomón no era nada más que tu afán de encontrarla. Te elegimos, Marcantonio Gardona, porque sabíamos que en tu espíritu existía esa necesidad de perfección. Te

pusimos la trampa de Saladdí, te llevamos a la celda de donde podrías escapar gracias a tu ingenio, te pusimos a prueba y la superaste. Huiste, como esperábamos, y castigaste al animal, como queríamos —hizo una pausa, dejando en suspensión un silencio plúmbeo como el que flota en las catedrales en plena homilía. Se podían oír las respiraciones profundas y enfermizas de Marcantonio y Lola. Y quizá también la mía—. Tal como esperábamos, cuando conociste su existencia, corriste en busca de tu Clavícula de Salomón, dispuesto a sacrificar cualquier cosa para obtenerla. Y la has obtenido. Te has jugado por ella todo lo que tienes. Te has jugado la vida. Lo has hecho y aquí estás, a punto de ser admitido en la Hermandad de Gli Scelti.

Las palabras impactaron de tal manera en Marcantonio que cabeceó bruscamente como si acabara de recibir un puñetazo.

—¿Admitido? ¿En la…?

—¿Y yo? —exclamó Lola, angustiada—. ¿Y yo?

Pasó por mi cabeza reclamar mi parte, también, «¿Y yo?». Al fin y al cabo, era yo quien había abierto la puerta de aquella celda, quien había propiciado la fuga de Marcantonio y quien había participado en el regateo para obtener el *bureau*.

Pero no dije nada. Porque yo no hacía un año que vivía inmerso en aquellas supersticiones, porque yo todavía me mantenía un poco alejado de aquel mundo de conspiraciones y podía considerar la situación con un poco de objetividad. Y no me creía absolutamente nada de lo que estaba viendo y oyendo.

Me resultaba asombroso comprobar que el embaucador podía tragarse un anzuelo como aquél tan fácilmente. Desde entonces, he pensado mucho sobre ese fenómeno. No hay nadie más fácil de engañar que un embustero, probablemente porque vive instalado en la confusión indiferenciada de la mentira, convencido de que la verdad es relativa, de que puede embaucar a todo el mundo porque, en el fondo, todo es posible. El estafador, víctima de su propia omnipotencia.

—Marcantonio Gardona —clamaba la mujer en italiano, en un tono trascendental que anunciaba la culminación de aquel ritual— no sería nadie sin Dolores Volkovich, y Dolores Volkovich no sería nadie sin Marcantonio Gardona. Lo sabemos. Está escrito. Los dos serán acogidos como hermanos. Y ahora, os deberéis echar en el

suelo, poneros de bruces con los brazos en cruz y besar el pavimento, cerrar los ojos y repetir las palabras rituales y litúrgicas…

Marcantonio y Lola no se lo hicieron repetir dos veces. Se pusieron de rodillas, apartaron a manotazos las astillas que cubrían el suelo, se hicieron un lugar entre los restos de *bureau* del siglo XVIII, se echaron y se crucificaron con los ojos cerrados y los labios contra el serrín.

Se quedaron muy quietos y expectantes.

—Pero antes —clamó otro vozarrón femenino en italiano—: ¡que abandone la capilla el intruso! ¡No queremos testigos para nuestros secretos arcanos!

Me movilicé sin rechistar. Hacía rato que quería abandonar la escena y sólo necesité que me lo indicasen de palabra y por señas. Avancé hacia el grupo de monjes. En el último instante, sin embargo, miré atrás para retener una última visión de aquellos dos individuos excepcionales, Marcantonio y Lola, Lola y Marcantonio, echados en el suelo con los brazos abiertos y los labios en contacto con el polvo. Una última mirada sin rencor. Me preguntaba cómo era posible que, con todo su bagaje cultural acumulado, la capacidad de Marcantonio de recitar el *Fausto* de Goethe de memoria, y sus experiencias como estafador, y las mil aventuras vividas por los dos aquí y allá, al final pudieran acabar amorrados al suelo, esperando que alguien les dictara las palabras mágicas que debían cambiarles la vida. Por fin, me abrí paso entre los hábitos negros que olían a naftalina y salí de la habitación mientras la voz fanática continuaba con un extraño discurso en latín:

oraculi Pythii Et mutum, inquit, intelligo te non loquentem exaudio! Dei auras sonum expectante? Quomodo ergo oratio lonae de imo uentre ceti per tantae bestiae uiscera ab ipsis abyssis per tantam aequoris molem ad caelum potuit euadere?

Los otros dijeron:

—¡Amén!

—*Ora…*

Llegué a la sala de maniquíes disfrazados donde mis amigos habían obtenido el vestuario para la comedia. Las armas medievales, evidentemente, las habían sacado de la panoplia que O tenía sobre la chimenea de su habitación, en la pensión donde nos

alojábamos.

La imaginación era cosa de O Zabala, la única que poseía toda la información necesaria para organizar la representación, y las voces, la interpretación y el idioma italiano pertenecían a las gemelas, estudiantes de arte dramático, con conocimientos de latín incluidos.

Me preguntaba qué debía de haberles contado O Zabala a Pepín Orango y a todos los demás para que se avinieran a ayudarla en aquella pantomima pero, antes de llegar a ninguna respuesta, los oficiantes empezaron a salir en un mutis apresurado y me rodearon y me arrastraron con ellos.

—Vamos, vamos —susurraban.

Arrastrado por aquel tsunami de túnicas negras y risas ahogadas, «por aquí, por aquí», hicieron que me perdiera por un laberinto de pasadizos y escaleras. Por un momento, temí que fueran auténticos hermanos de la maldita congregación que me manipulaban y me guiaban hacia la muerte. Pero sólo fue un instante de delirio. Por el camino, se fueron sacando ropas y antifaces y, cuando salimos al exterior deslumbrante, me encontré, tal como esperaba, con la compañía de Pepín Orango, Ovidi Aliaga y Jordi Cerdaña. Enseguida, las mellizas Ana y Nan y O Zabala cerraban el desfile.

Habíamos salido a aquel rincón del canal que parecía una alcantarilla, donde habíamos descargado el escritorio *bureau* del siglo XVIII. Por allí rodeamos el *palazzo* y recorrimos zonas nada transitadas antes de recuperar el contacto con la civilización, lejos del lugar de los hechos, de manera que era muy difícil que nadie nos pudiera relacionar con la experiencia esotérica que acababan de vivir Marcantonio y Lola.

Por el camino, O me puso la mano en el hombro y me dio un apretón reconfortante.

—¿Cómo estás, valiente?

—¿Cómo estoy? —le repliqué con sorna, fingiendo un rencor benevolente—. Podrías habérmelo dicho, ¿no?

Nuestras miradas intercambiaron mensajes telepáticos. Todo lo que yo sabía en aquel momento, lo que O sabía que yo sabía, lo que Marcantonio había adivinado en el momento en que se había sentido estafado, ¿quién más podía haberle engañado?, ¿quién tenía una cuenta pendiente con él?, ¿quién tenía con él una cuenta pendiente precisamente de cincuenta mil euros?

O me puso mi móvil en las manos.

—Toma, esto es tuyo, ¿no?

Después de todo, no había perdido la agenda con todos los contactos.

Caminábamos alegremente bajo el sol de Murano siguiendo un camino que yo ya conocía. Jordi Cerdaña y las dos gemelas delante. O Zabala, con una mueca, me pidió discreción, porque Pepín Orango y Ovidi Aliaga ya se rezagaban para abordarnos, cargados de curiosidad morbosa.

—¿En qué líos te metes, Óscar? —exclamó Pepín—. ¡En qué líos! ¿Es verdad que querías estafar a ese pobre hombre?

—¡Que no! —intervino Zabala con el tono de quien ha contado algo mil veces a una pandilla de tontos que no prestan atención—. Óscar se unió a ese hombre porque quería ver cómo preparaba una estafa. Ahora, el estafador se ha encontrado con que le habían estafado y ha creído que era cosa de Óscar…

—De Óscar y de ti, Zabala, no me enredes —gritaba Pepín, muy alborotado—. Porque ese hombre hablaba también de ti, Zabala…

O Zabala sonreía, eludía el interrogatorio del contrabajo diciendo «… porque sabe que nos conocemos, porque yo los presenté…» y avanzaba con paso bailarín, frívola, despreocupada, triunfal. Se había salido con la suya.

—¿Y cómo es que tú conoces a un estafador italiano, Zabala?

—Eso es cosa de mi vida privada.

—¿Y tú por qué te metes en estos follones, Óscar? —se interesaba Ovidi—. ¿Por qué querías conocer a un estafador?

—Por curiosidad —decía yo—. Porque me gusta. ¿O no os ha gustado, a vosotros, participar en todo este montaje para sacarme del trago?

—¡Ya lo creo! —se reían Pepín y Ovidi a coro—. ¡Jo, tú, Óscar, ese tío se lo ha tragado todo!

Los restaurantes ya servían comida a los turistas. Los puentes y canales de la isla parecían reproducciones en miniatura de los del centro de la ciudad. Las austeras fábricas de vidrio, a derecha e izquierda, recibían con los brazos abiertos a los forasteros consumidores.

—¡Y cómo la hemos preparado! —contaba Pepín, buscando protagonismo—. Viene Zabala y nos dice «Que tenemos que salvar a

Óscar, que se ha metido en uno de sus líos. —Le decimos—: ¿De qué va?». «Se ha hecho amigo de un estafador y ese estafador está loco y es peligroso y puede darle alguna sorpresa desagradable». ¡Y efectivamente, tío! ¡Efectivamente!

—¿Pero se puede saber por qué te metes en estos líos, Óscar? —insistía Ovidi.

—No lo sé —me defendía yo como podía—. O le conocía y yo quería conocerle. ¿Por qué no le preguntas a O de qué le conocía y por qué le conocía?

—A mí déjame, que me debes un favor y de los buenos —se alejaba O juguetona.

Llegamos a la estación del *vaporetto* donde había ya una multitud colorida de representantes de todas las naciones que se habían cansado de visitar fábricas y comprar artesanía de vidrio y estaban impacientes por ir en busca de aventuras y nuevos horizontes.

Montamos un poco de jaleo alrededor de los paneles de anuncio para comprobar qué número teníamos que tomar para ir al centro, donde queríamos comer, pero enseguida reanudamos la cháchara.

—Pero yo todavía quiero saber el porqué de esta manía de la aventura, Óscar —repetía Ovidi, incansable—. ¿Por qué meterte en estos líos? ¿Qué habría pasado si no hubiésemos estado allí para ayudarte?

—¡Está bien! —cedí por fin—. Para terminar de una vez… ¡Es que quiero escribir un libro!

—¿Un libro?

—¡Sí, señor!

—¿Qué clase de libro?

—¡Uno que se titulará *Los estafadores, los asesinos del hacha y la madre que los parió*!

Estallaron en risas. Todo el mundo nos miraba. Jordi Cerdaña y las mellizas se nos acercaron preguntando «Qué, qué» y Ovidi y Pepín se lo contaron, «… y la madre que los parió», y aquello incrementó la hilaridad del grupo, que supongo que estaba liberando la tensión acumulada durante la aventura. Y cuando Jordi Cerdaña quiso traducir mi chiste a las gemelas, la cosa aún fue más divertida, porque no encontraba la fórmula conveniente, *«la madre che ha parito lei!», «Parito?», «Parito, di parire, come si dice?»*, y

ja, ja, ja.

Fue entonces cuando, un poco distanciado del grupo, tuve una intuición extraña que borró de golpe la sonrisa cómplice que intercambiaba con O Zabala.

El grupo. Alguna cosa sucedía en el grupo que no me gustaba nada.

Y, por si fuera poco, de reojo distinguí una lancha que salía majestuosa de un canal y tenía que pasar cerca de la estación del *vaporetto* para dirigirse al centro. La lancha, negra y reluciente, como de charol, con letras plateadas que decían *Gull*, desveló aquella visión olvidada que, en un momento dado, me había estremecido de pies a cabeza.

A bordo de la embarcación, iban el enorme y negro Roque, que había trabajado en el bar de O Zabala, y aquel otro hombre mayor y desaliñado, con gorra de capitán de barco. El tío Reyes.

No podía ser casualidad.

La lancha se alejaba. Ya quedaba oculta detrás del *vaporetto* que llegaba. La gente se apiñaba para subir a él, nuestros amigos se alborotaban, Pepín, Ovidi, Jordi Cerdaña, las mellizas, volvamos a contar, Pepín, uno, Ovidi, dos, Jordi Cerdaña, tres, Ana, cuatro, Nan, cinco… Y Zabala, seis.

Me volví hacia O Zabala. Era evidente que ella también había visto la lancha y a su ocupante. Había palidecido.

—O…

—Que… —la mirada extraviada reflejando un corazón en vilo, a punto de estallar en un grito de angustia.

Quizá yo no debiera haber continuado hablando. Quizá no hacía falta.

—Antes, en el *palazzo* de Marcantonio, erais siete personas disfrazadas.

—¿Siete?

—Sí. Os he contado. Siete. El número mágico.

—¿Siete?

—Y ahora sólo cuento seis. Sois seis. Pero había siete.

—Imposible —dijo con un hilo de voz.

—Si alguien hubiese entrado en el *palazzo*, si hubiese visto cómo os disfrazabais, podría haber hecho lo mismo y mezclarse con vosotros. Todos enmascarados. Quizá no os habríais fijado.

—Imposible —no quería ni pensarlo.

—¿Imposible?

Fijó la vista en mí.

—¿Era el tío Reyes? —preguntó.

—Sí.

—Oh.

Los otros ya habían montado en el *vaporetto*.

—¡Eh, subid!

—No —dijo Zabala—. Id, id.

Se sentó en la zona de espera. Me senté a su lado.

—Id, id.

—¿Pero qué pasa? —preguntaban ellos de lejos.

—¿Qué te pasa, O?

—¿Pasa algo?

El empleado del transporte veneciano ya desataba el amarre, el motor ya aumentaba el volumen, la hélice impulsaba la nave y se alejaban, los diez ojos de nuestros amigos mirándonos con preocupación, O Zabala encogida de dolor en el asiento, reprimiendo las emociones, rígida, soportando a duras penas el contacto con mi mano que quería ser tranquilizadora, la mirada perdida…

Hasta que el *vaporetto* ya estuvo lo bastante lejos, y consideró que su amor propio estaba salvaguardado, y pudo abandonarse al llanto, porque delante de mí se lo podía permitir, delante de mí sí, porque yo era Óscar, conmigo era otra cosa, conmigo no debía tener secretos. A mí podía abrazarse y podía esconder la debilidad en mi hombro, tal vez yo fuera la única persona en el mundo a quien le estuviera permitido oír sus sollozos, que podía sentir la humedad de sus lágrimas y su saliva a través de la tela de la camisa.

—No quería —decía—. No era eso, no era eso, Marcantonio, Lola, no era eso, no tendría que haber pasado, yo no quería, no tendría que haberlo hecho, Marcantonio, Lola…

Y yo lo entendía todo. Perfectamente.

29

JIMMY JAZZ

Aquel sábado, una semana después de nuestro debut en el Hotel des Bains, O y yo llegamos juntos a la última actuación. Hacía horas que paseábamos por la ciudad inverosímil, hablando y hablando, reconstruyendo la historia, dando y pidiendo explicaciones y, sobre todo, vueltas y vueltas alrededor de la responsabilidad y participación de O Zabala en el trágico desenlace.

—No tuve nada que ver, Óscar. Te lo juro.

Porque entonces ya sabíamos que estaban muertos. Antes de que nos lo dijera Paco Batalla.

Cuando llegamos al Cipango, el dueño del local estaba apoyado en una mesa, demacrado y con los ojos encendidos de haber llorado. La policía había ido a verle.

Habían encontrado a Marcantonio Gardona y a Lola Volkovich en una de las estancias del *palazzo* de Murano, rodeados de los restos de un mueble antiguo destrozado a hachazos. Ambos de bruces, tal como los habíamos dejado nosotros, con sendos tiros en el cráneo que les habían causado la muerte instantánea.

La policía sabía que eran estafadores y conocían a gente del ambiente donde se movían. Alguien de ese ambiente les dijo que estaban esquilando a Paco Batalla y que hacía pocos días que la familia Batalla había descubierto la estafa y habían ido a buscar a Marcantonio para administrarle un correctivo. En el *palazzo* había una agenda y varios documentos que demostraban la estrecha

vinculación reciente existente entre Marcantonio Gardona y Paco Batalla, y por eso la policía había ido a verle inmediatamente y le había interrogado.

No habían podido acusarle de nada porque Paco Batalla disponía de una sólida coartada, pero conocer la noticia a través de la frialdad y brusquedad de unos policías que le consideraban sospechoso le afectó mucho. Aunque le hubieran estafado, por increíble que parezca, Paco Batalla le había tomado mucho afecto a Marcantonio. Se había dejado seducir por su vitalidad y su sentido del humor. Era lo más parecido a un amigo que Paco Batalla tenía en Venecia.

Enseguida llegaron Pepín, Ovidi, Jordi Cerdaña y las gemelas.

—¿Qué ha pasado, O?

—¿Qué te pasaba antes?

—¿Dónde os habéis metido?

—¿Qué pasa?

De momento, aplazamos las explicaciones y nos pusimos a trabajar.

—Venga, acabemos de una vez, que es nuestra última actuación en Venecia. Hoy pongámonos con ganas.

Jazz.

—¿Preparados?

Un, dos, un-dos-tres y…

Empieza el piano para abrir la puerta tranquilamente como quien prende las luces de una sala muy bonita y acogedora, y enseguida mi saxo pone el ritmo para que cante una O Zabala desganada:

The poilce walked in for Jimmy Jazz
I said, he ai'nt here, but he sure went past
Oh, you're looking for Jimmy Jazz…

O Zabala lo había adivinado en cuanto vio al tío Reyes y a Roque en la lancha negra. ¿Qué hacían allí? ¿Qué podían estar haciendo? Sólo cabía una explicación posible: habían ido a ajustar las cuentas a Marcantonio y Lola.

Durante el día, O Zabala se cansó de repetir «Qué idiota, ¿cómo no se me ocurrió?, tendría que haberlo imaginado, qué idiota».

Después de encontrarse con Marcantonio y Lola, hacía una semana, O Zabala se había puesto inmediatamente en comunicación con el tío Reyes. Le informó de que Lola estaba viva, de que todo el asunto de Tánger, tres años atrás, había sido un montaje para eliminar al reyezuelo llamado el Pequeño y para poner a Muzzammil en su lugar. La habían engañado a ella y, de rebote, la pareja de estafadores se había quedado con cincuenta mil euros del narcotraficante barcelonés.

—Te los debo —le dijo O por teléfono—. Los recuperaré para ti. Sólo necesito que me eches una mano, porque aquí no conozco a nadie. Te devolveré los cincuenta mil que te quitaron y les golpearé donde más les va a doler: serán los estafadores estafados.

Ingenua O Zabala, que creía que el tío Reyes se iba a quedar de brazos cruzados y dejaría que actuara ella sola.

¿Ingenua O Zabala?

¿Realmente no imaginó las consecuencias de aquella llamada telefónica? ¿Realmente el tío Reyes la mantuvo al margen?

Según ella, el tío Reyes propició el encuentro de O Zabala con el mafioso Beppe Cerbone para que éste le proporcionara el personal y la infraestructura necesarios para desplumar a Marcantonio. Tal vez O Zabala debería haber sospechado algo cuando Beppe Cerbone dijo que corría con todos los gastos, incluido el mueble antiguo que debía ser destrozado, para que los cincuenta mil euros resultantes fueran a parar íntegramente a manos del tío Reyes.

Y O Zabala llevó adelante aquella *performance* —para utilizar la expresión cínica de Marcantonio—, con la alegría inocente que proporciona la perspectiva de una venganza blanca y fría como la nieve. Se reía de antemano sólo de imaginar la cara que se le pondría al estafador al verse estafado.

Ésta es la balada de Jimmy Jazz, el delincuente simpático, travieso, admirable, inocente, perseguido injustamente por la policía. Y por sorpresa entraba yo como segundo narrador, para hacer oír mi voz:

Sattamassagana for Jimmy dread
Cut off his ears and chop off his head
Police came looking for Jimmy Jazz, Jazz, Jazz…

Sonreía O Zabala al sentirse acompañada, sonreía el público sorprendido, sonreían los otros componentes del Signo de los Cuatro, y me animaban a continuar. «No te cortes, Óscar, adelante».

Continuábamos cantando juntos, Zabala y yo, muy juntos en todos los sentidos.

So if you're gonna take a message cross this town
Maybe put it down somewhere over the other side
See it gets to Jimmy Jazz…

Durante aquel largo día de conversación, mientras comíamos, protesté:

—¡Permitiste que me secuestraran! ¡Me hiciste pasar un trago espantoso!

—Fuiste voluntariamente, Óscar. Incluso te quise disuadir.

—No me dijiste que el tipo de la barba gris, Saladdí, trabajaba para ti…

—¡No podía decírtelo!

—Al contrario. Me dijiste que trabajaba para Marcantonio y que te había dado la esmeralda falsa…

—No podía decírtelo, Óscar. Y tú insististe e insististe, e incluso dijiste que te gustaba la aventura. Y, como es natural, yo lo dispuse todo para que nadie te hiciera daño, y para rescatarte después de las manos de Marcantonio.

—Seguro que pensaste que yo te sería muy útil para desviar las sospechas de Marcantonio —dije resentido—. Mis reacciones de sorpresa, de miedo, de angustia, el ansia de huir, la determinación de llamar a la policía, todo era demasiado auténtico y sostenido para ser fingido, demostraba que yo no tenía nada que ver con todo aquello. Y, como Marcantonio me relacionaba inevitablemente contigo, si yo no tenía nada que ver, tú tampoco…

—Pero yo no te obligué a ir, Óscar.

—Te habría agradecido mucho que no me hubieras engañado.

—No te engañé…

—… Que me hubieras avisado.

—Entonces, no habrías hecho bien tu papel y tu aventura no habría servido para nada. Ya te dije que, cuando preparas una operación de este tipo, hay cosas que no se pueden decir a

cualquiera.

—Yo no soy cualquiera. Yo no soy cualquiera —me quejé en voz baja.

—No. Tú no eres cualquiera. Y por eso, con más razón, te lo oculté.

—No vuelvas por enésima vez con eso del niño burguesito de la izquierda del Ensanche.

En aquella ocasión, fue ella quien inició el beso. Sonrió, me acarició la mejilla y vino al encuentro de mis labios.

Entro de nuevo con el saxo, fingiendo un lamento, pero se me escapa la risa por las comisuras de los labios, y no pierdo de vista a la pianista, de reojo, y ella sabrá por qué, y si alguien se quiere tomar en serio este tema, ya se apañará.

Y recito en inglés, haciéndome el chulo, para placer del público:

—La poli ha venido y ha preguntado «¿Dónde está Jimmy Jazz?» / Y yo les digo «Chicos, no lo sé, pero no hace mucho que ha estado por aquí», / Eh, estáis buscando, Oh, looking for Jimmy Jazz…

you're

¿Ingenua O Zabala?

—… Quería arrancarme el fantasma de Lola que me había acompañado durante tantos años. Lo que no sé es qué más me he arrancado, aparte de ese fantasma. Igual que un tirón brusco del esparadrapo puede ser doloroso, porque sé lleva el vello, o incluso la costra de la herida, que abre de nuevo la llaga y causa la hemorragia, quién sabe el daño que me ha hecho esta violenta sacudida…

—¿Te has arrancado el fantasma —dije, suspicaz— de manera violenta?

—No te lo creas, si no quieres, Óscar —replicó, muy seria, visiblemente incómoda—, pero yo no he tenido nada que ver. El tío Reyes ha actuado sin mi conocimiento.

Me lo creí enseguida. Porque había asistido a su conmoción cuando descubrió la presencia del tío Reyes en Venecia, y también porque me lo quería creer, pero la sospecha era inevitable y ella no sabía cómo disiparla definitivamente.

Se me hizo patente, sobre todo, más tarde, cuando tuvo que contárselo todo a Pepín, Ovidi y Jordi Cerdaña. Naturalmente,

cuando Paco Batalla les comunicó la muerte de Marcantonio y Lola, les sobresaltó la evidencia de que eran los últimos que habían visto vivas a aquellas personas justo antes que el asesino.

Era espeluznante pensar que el sicario se había disfrazado con ellos, como ellos, y mezclado con ellos sin que se dieran cuenta y, cuando habían dejado a las víctimas besando el suelo, se había quedado rezagado pistola en mano. Y resultaba muy fácil pensar que tal vez O Zabala hubiera organizado aquel montaje no para salvarme a mí, sino para propiciar la actuación del verdugo.

Se miraban unos a otros, inquietos.

—Pero O…

—No tuve nada que ver —repetía O con aplomo—. Os lo juro. No se me ocurre cómo puedo convenceros. Sólo puedo daros mi palabra.

Naturalmente, no podíamos acudir a la policía para decirles lo que sabíamos porque ellos no se conformarían con la palabra de O. Ellos no dudarían ni por un momento que O Zabala, y nosotros, estábamos implicados en los asesinatos.

Y ahora es O Zabala quien dice eso de:

Sattamassagana for Jimmy dread
Cut off his ears and chop off his head
Police came looking for Jimmy Jazz, Jazz, Jazz…

Y yo me añado, cada vez más payaso, silabeando muy presuntuoso. Y, a continuación, con el saxo juguetón, con unas pocas notas insistentes, invito al público a moverse, a sumarse a la broma.

Teníamos que creer que la llamada de O Zabala había puesto en marcha la venganza del tío Reyes, la auténtica venganza. Y, mientras ella preparaba el secuestro de pacotilla, y la representación de la casa en ruinas, y la huida, y el proceso de regateo y compra del escritorio *bureau* del siglo XVIII, mientras sucedía todo esto, el tío Reyes y Roque habían llegado a Venecia y habían esperado con paciencia que llegara el momento de ajustar las cuentas con Marcantonio y Lola. Porque nadie engaña al tío Reyes impunemente.

Esperaron que Marcantonio aforase los cincuenta mil, y que

estos cincuenta mil fueran a parar a manos de O. Y entonces actuaron.

Entonces, según la versión de nuestra pianista, el asesino habría entrado en el *palazzo* de Murano y, por casualidad, por una de esas casualidades que nos complican la vida hasta la extravagancia y la locura, el asesino se encontró al grupo de amigos que venían a salvarme disfrazados de Scelti. Habían transportado las armas medievales desde la pensión y se habían colado en el *palazzo* gracias a una llave que Zabala había conseguido furtivamente durante la semana de preparación, en previsión de una contingencia como aquélla.

Aquél era el punto débil de la argumentación que O Zabala quería que creyésemos.

Aquélla era la historia que yo quería creer. Tenía la sensación, sin embargo, de que Pepín y Ovidi preferían la otra versión, como si prefirieran tocar con una pianista sin escrúpulos, asociada con la mafia, el narcotráfico y la muerte. Jordi Cerdaña no, porque aquel último día Jordi Cerdaña no estaba para nada ni para nadie. Sólo se podía concentrar en la despedida de una de las gemelas, agarrándole muy fuerte las manos y mirándola a los ojos.

Pepín y Ovidi hacían muecas, fingían escalofríos, sí, pero en el fondo se sentían muy importantes. De pronto, la proximidad de O les hacía la vida mucho más excitante. Decían «Es muy fuerte» pero después se miraban y se les escapaba una risa de satisfacción. Era la culminación del viaje que habíamos emprendido aquel día, en Ciutat Vella, cuando O Zabala nos encontró y nos arrastró a su local. Tocábamos *On the sunny side of the street* y ella nos había sacado de aquel rincón soleado de la calle para hundirnos en la oscuridad de la mazmorra desde donde interpretábamos el *Please Mr. Jailer*, el mundo en que Lola Volko obtenía todo lo que se proponía, el mundo en que todos acabaríamos siendo unos alegres *Jimmy Jazz* fugitivos de la justicia.

Y, poco a poco, se enloquece el tema. Ahora, el público ya da palmadas y se ríe abiertamente. Deletreo: *Jimmy Jazz*, ¿es que no sabéis cómo se escribe?

—*J-a-zee zee j-a-zed zed*

J-a-zed zed Jimmy Jazz
And then it sucks, he said, suck that!

Cantamos los dos al mismo tiempo, O Zabala y yo, yo y O Zabala, los dos, más unidos que nunca.

El domingo por la mañana, Paco Batalla nos pagó tres mil quinientos euros, setecientos por cabeza; nos dio los billetes de avión de vuelta, seis, contando el asiento para el contrabajo de Pepín; nos deseó buena suerte con un apretón de manos y lo dejamos atrás, pálido y agobiado por la desgracia de ser sospechoso de un doble asesinato.

En el taxi acuático que nos llevaba al aeropuerto, O Zabala nos comunicó que había más. No pensaba entregar aquellos cincuenta mil euros al tío Reyes, dado que el tío Reyes ya se había cobrado su propia venganza. Ella consideraba aquel dinero como una compensación por tantos años de angustia que Lola Volko la había mantenido convencida de su muerte. Tocábamos a diez mil euros por cabeza. Eso significaba diez mil setecientos euros por una semana de (malas) actuaciones en el Cipango de Venecia.

Días después, más tranquilos, comentaríamos que no estaba nada mal. Y nos reiríamos.

Al fin y al cabo, O Zabala se los había ganado a pulso.

Era una mañana de domingo soleada, muy mediterránea. El taxi saltaba sobre las olas, y yo me preguntaba cómo habría quedado la relación entre O y yo después de lo que habíamos vivido. Me empeñaba en pensar que formábamos un dúo, un buen equipo, y trataba de adaptar mi voz inexperta a la brillantez de su voz.

Puse mi mano sobre la suya.

O Zabala salió de sus pensamientos con una especie de sobresalto y me dedicó una sonrisa.

Y retiró la mano, como para impedir que yo me fuera a creer lo que no era. Pero me sonrió y me guiñó un ojo.

Volví la mirada hacia las casas huidizas y náufragas de la ciudad inverosímil.

Pepín, Ovidi y Jordi Cerdaña se habían fijado en el detalle de la mano y se reían socarrones y cómplices.

Ellos qué sabían. *You know what love is…*
don't

Formábamos un buen equipo: El Signo de los Cuatro.

Y, para aislarme, tomé el libro de Carofiglio y lo abrí para que me ayudase a huir de allí. *Testigo involuntario*.

Enseguida me sentí bien acogido por aquellas páginas. Eran cómodas como una cama mullida, cálidas como unas mantas limpias y maternales, el autor hablaba con naturalidad y sinceridad de mundos que le importaban mucho y nos introducía en la atormentada vida de un hombre que acababa de romper su relación sentimental y que, poco a poco, se iría restaurando al mismo tiempo que restauraba su vida profesional y contribuía a solucionar los problemas de los demás.

Es lo que tiene la literatura: caí dentro de aquel libro y, acompañando a las historias inventadas, logré olvidar las historias reales que viajaban a mi lado.

Ya tendría tiempo de volver a la verdad cuando lo considerara oportuno.

Por el momento, mi amigo era el protagonista de la novela, se llamaba Guido Guerrieri y todo lo que tenía que decirme a través de Gianrico Carofiglio me parecía apasionante.

Sattamassagana for Jimmy dread
Cut off his ears and chop off his head
Police came looking for Jimmy Jazz.

ANDREU MARTÍN FARRERO (Barcelona; 9 de mayo de 1949) es un novelista, guionista de cómic y de cine español, especializado en novela negra y novela infantil y juvenil.

Comenzó a escribir guiones de tebeos desde muy joven, continuando esta labor en las editoriales Bruguera y Grijalbo tras licenciarse en Psicología en 1971.

A lo largo de su carrera, además de guiones para tebeos, Martín ha escrito teatro, guiones de televisión y cine, ha trabajado como director cinematográfico y ha colaborado en numerosos periódicos y revistas como por ejemplo Destino, Cambio 16 y El Jueves entre otras.

Es bien conocido por su personaje Flanagan, en sus publicaciones de novelas policiacas juveniles escritas en colaboración con Jaime Ribera.

Es autor de novelas policiacas tanto para jóvenes y adultos, destacando por títulos como Con los muertos no se juega, *Cabaret Pompeya* o en su faceta juvenil, No pidas sardina fuera de temporada o Todos los detectives se llaman Flanagan.

En 2001 obtuvo el premio La sonrisa vertical con Espera, ponte así

y en 2002 fue el ganador del XXXIV Premio Ateneo de Sevilla por su novela Bellísimas personas. También ha sido galardonado con el Premio Hache y ha sido homenajeado en numerosos eventos y convenciones dedicadas al género negro.